

DEVOCIONES VARIAS

MARÍA ANA ÁGUEDA DE SAN IGNACIO

Codirección y edición

Clara Ramírez

Claudia Llanos

Selección y transcripción
paleográfica

Carolina Narvárez Martínez

*Saludo tu Ser Divino, que es
luz increada, luz criadora, lumbre que
alumbra, fuego que abrasa.*

La colección Escritos de Mujeres siglos XVI al XVIII tiene como propósito poner a disposición del público lector, en cuidadas ediciones, las obras que escribieron las mujeres de aquella época. Recuperamos valiosas aportaciones a nuestra tradición cultural hasta ahora poco conocidas. Las autoras incluidas pertenecieron a diversos estratos sociales y tenían variados estados civiles, y los temas de cada texto son diversos, así como sus formatos. La mayoría de los escritos son de puño y letra de las autoras, aunque algunos son copias o textos dictados a terceros.

Devociones varias de María Ana Águeda de San Ignacio es el quinto volumen de esta colección. Es un devocionario pensado para guiar el rezo diario de las monjas dominicas recoletas, escrito dentro de los cánones más estrictos de la ortodoxia católica. Propone un modelo de amor para todas las mujeres de entonces, que tiene ecos aún hoy. Se trata de un amor incondicional, inspirado por el dolor y el martirio, que incita sentimientos apasionados de devoción y de entrega, movidos por la conmiseración. El modelo es el amor de las monjas a Cristo, ejemplo para la esposa perfecta, la madre abnegada, la amante entregada.

DEVOCIONES
VARIAS
MARÍA ANA
ÁGUEDA
DE SAN IGNACIO

Descarga más libros de forma gratuita en la página del [Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación](#) de la Universidad Nacional Autónoma de México



Recuerda al momento de citar utilizar la URL del libro.

COLECCIÓN ESCRITOS DE MUJERES
SIGLOS XVI AL XVIII

DIRECCIÓN

Clara Ramírez
Claudia Llanos

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Jonathan Girón Palau

DISEÑO DEL LOGOTIPO

Israel Pretel, a partir de una obra de Ana P. Palacios

INTEGRANTES DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN ESCRITOS DE MUJERES

Daniela Pastor, Diana Barreto, Carolina Narvárez, Jonathan Girón,
Christiane Benhumea, Carmen Aquino, Mariana Abreu, Rebeca González,
Fernanda Guerrero, Ociel Adame, Sari Meléndez, Amanda Valencia.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN
Escritos de Mujeres Siglos XVI al XVIII

DEVOCIONES VARIAS MARÍA ANA ÁGUEDA DE SAN IGNACIO

Codirección y edición

Clara Ramírez

Claudia Llanos

Selección y transcripción

paleográfica

Carolina Narváez Martínez



iisue

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

México, 2019

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: María Anna Águeda de San Ignacio, madre, 1695-1756, autor. | Ramírez, Clara Inés, editor. | Llanos, Claudia, editor. | Narváez Martínez, Carolina, editor.

Título: Devociones varias / María Ana Águeda de San Ignacio ; codirección y edición, Clara Ramírez, Claudia Llanos ; selección y transcripción paleográfica, Carolina Narváez Martínez.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2019. | Serie: Colección Escritos de Mujeres siglos XVI al XVIII ; volumen V.

Identificadores: LIBRUNAM 2032370 | ISBN 978-607-30-2646-8

Temas: Iglesia Católica - Oraciones y devociones - Obras anteriores a 1800. | Ejercicios devotos - Obras anteriores a 1800. | Literatura devocional - Obras anteriores a 1800.

Clasificación: LCC BX2186.M365 2019 | DDC 242—dc23

Este libro fue sometido a dos dictámenes doble ciego externos conforme a los criterios académicos del Comité Editorial del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM.

Coordinación Editorial
Bertha Ruiz de la Concha

Cuidado de la edición
Edwin Rojas Gamboa

Edición digital
Jonathan Girón Palau

Primera edición: 2019

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, México, D. F.
<http://www.iisue.unam.mx>
Tel. 56 22 69 86

ISBN (PDF): 978-607-30-2646-8

ISBN (Colección): 978-607-02-5304-1



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Hecho en México

ÍNDICE

9	PRESENTACIÓN
13	CRITERIOS DE TRANSCRIPCIÓN DE DOCUMENTOS
15	INTRODUCCIÓN
23	DEVOCIONES VARIAS
133	ÍNDICE ONOMÁSTICO

PRESENTACIÓN

La quinta obra de nuestra colección es una ruptura y una continuidad respecto de los escritos editados antes. Es ruptura, porque se trata de una obra teológica escrita dentro de los cánones ortodoxos de la iglesia católica. Es un devocionario pensado como una guía para rezar, para pensar y para hablar con la divinidad cristiana. Es un rezo diferente al de las místicas de fusión carnal, como Isabel Manuela de Santa María, ya publicada en esta colección, porque no se trata de una comunicación con la deidad en el amor, sino de una devoción que surge de la empatía provocada por el dolor. Está dirigida a las monjas dominicas recoletas, quienes incluían estas devociones en sus ejercicios espirituales diarios. Sin embargo, significa una continuidad porque, al igual que los otros textos de la colección, la obra de María Anna Águeda de San Ignacio¹ es la constancia del poder y del alcance de las palabras de las mujeres, quienes actúan tanto dentro como fuera del convento.

La importancia de la obra de María Anna Águeda de San Ignacio queda demostrada por haber sido impresa y ampliamente difundida dentro de la iglesia católica. *Devociones varias...* conoció dos impresiones, una en 1758 y otra en 1791.² Al parecer, el

¹ El nombre de la autora figura con una variante importante y digna de consignar; Jennifer L. Eich transcribe su nombre como María Anna, mientras que en el impreso de Austin se asienta María Ana. Para la transcripción hemos seguido el nombre anotado en el impreso utilizado para este libro.

² María Anna Águeda de San Ignacio, *Varias devociones*, 1758. *Idem*, *Devociones varias*, 1791. Aunque hay diversas colecciones de datos sobre la vida y la obra de la autora, el estudio más completo escrito hasta hoy sobre nuestra autora fue hecho por Jennifer L. Eich, *The other Mexican muse: sor Maria Anna Águeda de San Ignacio, 1695-1756*, 2004. También de esta misma investigadora existe un artículo sobre la mística durante el siglo XVIII novohispano, donde

devocionario fue compuesto a partir de otro texto de la misma autora, *Maravillas del divino amor...*, impreso también en 1758. En la publicación de los escritos de María Anna es importante la figura de su biógrafo, el jesuita José Bellido.³ Él publicó, junto con la biografía, fragmentos de las obras de María Anna, antes de que estas se editaran. Se sabe que otro escrito de la autora, *Meditaciones de la sagrada pasión...*, se reimprimió en la Bibliotheca Mexicana de los hermanos Eguiara y Eguren, en 1775.⁴

La obra de María Anna fue de las predilectas entre los jesuitas durante la primera mitad del siglo XVIII, y ellos pudieron haber sido los artífices de su difusión pocos años antes del decreto real de la expulsión de la Compañía de Jesús de todos los territorios de la monarquía española. Al margen de la necesidad de un estudio más sistemático sobre por qué fueron los jesuitas quienes ponderaron sus obras, sin duda la promoción de los textos de la monja recoleta por parte de la Compañía contribuyó a su fama.

El devocionario de María Anna está escrito como una preceptiva, como un camino a seguir para las formas de oración y de devoción hacia la imagen de Jesús adolorido, martirizado y vapuleado por sus enemigos; muestra la parte humana de la divinidad cristiana, la de la piel sensible que ha sufrido las torturas del castigo a su rebeldía contra los romanos. La imagen adolorida y sufriente de Cristo es la previa a su crucifixión; María Anna retoma reiteradamente los diversos pasajes bíblicos del castigo infligido y de la agonía para incitar así a una devoción apasionada y entregada, movida por la conmiseración. María, la virgen, está presente todo

María Anna Águeda de San Ignacio es la figura destacada: “The mystic tradition and Mexico: sor María Anna Águeda de San Ignacio”, 1996, pp. 19-32.

³ La obra *Vida de la Venerable y Muy Reverenda Madre María Anna Águeda de San Ignacio...* fue impresa el mismo año de 1758 en la imprenta de la Bibliotheca Mexicana, cuya propiedad era en ese momento de los hermanos Juan José y Manuel Joaquín Eguiara y Eguren. Sobre dicha imprenta, véase Benjamín Fernández Valenzuela, “Prólogo”, 1986, p. XI.

⁴ J. J. Eguiara y Eguren, Bibliotheca Mexicana, t. 5, p. 417.

el tiempo; la madre de Cristo es ejemplo de devoción, resignación y entrega incondicional. Las tareas de María son descritas por la monja recoleta como ejemplo de las virtudes de una madre-esposa amantísima y dispuesta a los más grandes sacrificios por su hijo. La autora fija un modelo de mujer entregada y sufriente, que tendrá mucho éxito en el siglo XIX y que no había aparecido con tanta fuerza en los otros textos hasta ahora publicados por nuestra colección de Escritos de Mujeres de los siglos XVI al XVIII.

Empero, María virgen deja de ser una imagen pasiva, pues protagoniza, de la mano de su hijo, todos los pasajes de sufrimiento y dolor; los hace suyos y se entrega a las lágrimas que como bálsamo servirán para fusionar sus sentimientos con los de su hijo lastimado. María Anna Águeda de San Ignacio destaca la entereza de María, mujer, madre y acompañante que se entrega incondicionalmente a Jesús: así rescata a la Virgen como el máximo ejemplo de devoción y amor. El motivo central del devocionario es la entrega total de la Virgen, tal como se esperaría de cualquier monja-esposa de Cristo. Si Teresa de Ávila logró que las autoridades eclesiásticas reconocieran la pureza innata de las mujeres como una razón para la comunicación mística con Dios, María Anna Águeda de San Ignacio muestra la fuerza que da a las mujeres su capacidad de amor incondicional, el mismo que practicó María como madre.

En contraste con otro título de nuestra colección, *De conciencia*, de Isabel Manuela de Santa María, quien emplea como camino hacia la divinidad la mística erótica, María Anna Águeda de San Ignacio establece otra forma de acercamiento a Dios, en la figura de Cristo, a partir de la entrega absoluta al martirio. Sufrir en carne propia aquello que en mayor cantidad padeció Jesús es la muestra del amor incondicional. Tenemos entonces dos caminos de perfección: por una parte la entrega corporal erótica con Jesús y la Virgen, y por otra, la ascensión del martirio como práctica amatoria para alcanzar la unión con la divinidad. En ambos casos se premia la fusión: hacer del cuerpo propio, el

de las místicas, el vehículo para la devoción y entrega absoluta. Ambas autoras escribieron durante el siglo XVIII; sin embargo, mientras la obra de Isabel Manuela fue requisada por el Tribunal del Santo Oficio, la de María Anna se convirtió en doctrina ortodoxa. Sirvió como promotora de las ideas sobre el amor de las monjas a su esposo Cristo, y quizá tal vez sobre el amor de las mujeres a sus hijos, maridos, padres, tíos o hermanos: la incondicionalidad para, al fin y al cabo, llevar los dolores ajenos como propios y minimizar los padecimientos que cada monja o cada mujer pudieran tener con el fin de alcanzar el ideal de devoción, abnegación y sufrimiento.

Presentamos en este volumen V de la colección de Escritos de Mujeres siglos XVI al XVIII a una autora cuyo discurso enunció aquello que de una monja se esperaba que hiciese y dijese. Cumplía con el canon espiritual de la iglesia romana. Tal vez por eso su obra se editó, tuvo amplia difusión y fue aceptada por los hombres. Muchos estudios deben hacerse sobre la obra de María Anna Águeda de San Ignacio, pues arrojarían luz sobre la relación de las mujeres escritoras con el entorno literario de la época. Por el momento, cumplimos con nuestro compromiso de presentar una edición cuidada de esta obra para que a partir de ahora esta autora pueda formar parte de nuestro acervo cultural.

La colección de Escritos de Mujeres siglos XVI al XVIII nos dota de referencias a una tradición histórica donde las mujeres hemos tomado la palabra. Recuperamos escritos de mujeres que generaron conocimiento. Nos sumamos a los esfuerzos que se han dado en las últimas décadas y que ha logrado dar entidad a personalidades antes ignoradas como Hildegarda von Bingen, Hadewijch de Amberes, Christine de Pizan, Margarita Porete y muchas otras. En México, también circularon escritos de mujeres que son relevantes para reconocer nuestro pasado como escritoras.

*Clara Ramírez
Claudia Llanos*

CRITERIOS DE TRANSCRIPCIÓN DE DOCUMENTOS

Hemos preservado en lo posible la manera en la que el texto salió de las manos de la escritora, por lo que hemos respetado las grafías originales, si bien modificamos algunas según los criterios siguientes:⁵

- Las grafías *r* o *s* largas se transcriben por *r* o *s*.
- Se mantiene la grafía *ç*.
- Se simplifican las consonantes dobles intervocálicas al interior de palabra *-ff-*, *-pp-* y *-tt-*.
- Las consonantes dobles iniciales *ss-* y *rr-* se simplifican.
- Las grafías iniciales *ch-* y *th-* se transcriben por *c-* y *t-*.
- La grafía *ph* se cambia por *f*.
- La *-R-* mayúscula al interior de palabra se transcribe *-rr-*.
- La grafía *u* con valor consonántico se transcribe como *v*, al tiempo que la grafía *v* con valor vocálico se ha transcrito como *u*.
- En caso de palabras repetidas o con aparentes errores se anota después de éstas el término [*sic*], entre corchetes.
- Se incluye entre corchetes cualquier palabra sugerida por la editora o el editor para la cabal comprensión del texto.
- Cuando aparecen palabras tachadas, se suprimen, y se da cuenta en nota del texto tachado.

⁵ A pesar de que cada documento aporta la información necesaria para construir las normas de transcripción, hemos seguido los criterios sugeridos en las siguientes obras: Agustín Millares Carlo y José Antonio Mantecón, *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, 2 vols., Barcelona, El Albir, 1975. José Antonio Pascual, “La edición crítica de los textos del Siglo de Oro: de nuevo sobre su modernización gráfica”, en Manuel García Martín (coord.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, 2 vols., Salamanca, Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia. Estudios Filológicos, 252), 1993; vol. 1, pp. 37-58.

- Se desatan las abreviaturas, y se anotan las letras que se agregan en cursivas.
- La palabra abreviada *Xto* y sus derivados se ha remplazado por *Cristo* o sus correspondientes. Asimismo, la grafía Joseph se ha transcrito como José.
- Se separan o se unen las palabras, según nuestro uso actual.
- Se moderniza el uso de mayúsculas y minúsculas.
- Se moderniza la acentuación. En el caso de la *y* con uso vocálico, llevará tilde cuando el caso lo requiera.
- Se moderniza la puntuación.

Debido a la índole del texto, las distintas maneras de nombrar a Jesús, así como de su madre María, han sido escritos con inicial mayúscula. El vocativo oh se ha respetado en su grafía y aparece como O!

INTRODUCCIÓN

Carolina Narváez Martínez

María Anna Aguilar Velarde fue una religiosa recoleta dominica del Monasterio de la Gloriosa y Esclarecida Virgen Santa Rosa de Santa María, fundado en la ciudad de Puebla en el siglo XVIII. Su nombre como profesa fue María Anna Águeda de San Ignacio, y bajo ese nombre aparecen sus obras. Nació el 3 de marzo de 1695 en Atlixco, al suroeste de la ciudad de Puebla, en México, y murió el 25 de febrero de 1756. Fue hija de Pedro de la Cruz y Aguilar y de Micaela Velarde. Tuvo cuatro hermanos y tres hermanas, de las cuales la mayor y la menor murieron siendo niñas. En 1714, con 19 años de edad decidió formar parte del beaterio de Santa Rosa donde comenzó su trabajo espiritual y su larga trayectoria como escritora y teóloga. María Anna Águeda de San Ignacio se convirtió en priora del convento en 1741 y permaneció en dicho puesto hasta su muerte, acaecida en 1756.

El 22 de mayo de 1739 se obtuvo la bula papal de Clemente XII donde se concedió al beaterio de Santa Rosa la categoría de Convento de Religiosas Recoletas de Santo Domingo. Un año después, el 12 de julio de 1740, el convento fue fundado oficialmente, proceso en el cual la monja de Atlixco tuvo especial relevancia.

En 1740, María Anna Águeda de San Ignacio fue elegida abadesa del convento, lo cual muy seguramente le facilitó el desarrollo de su vocación como escritora. Vale la pena anotar que tuvo varios oficios en el convento y que su conocimiento de la vida en claustro fue producto de las importantes funciones que desempeñó: procuradora, secretaria, tornera, enfermera y maestra de novicias. La escritura fue la labor predominante que desempeñó en el convento. Los textos escritos en los que trabajó dan

cuenta de su conocimiento y de sus habilidades para esta labor; variedad de temas inspiraron su escritura. Sabemos que escribió cuatro tratados sobre mística y temas teológicos, así como guías espirituales para las compañeras de su orden religiosa. Indudablemente, el liderazgo de Anna de San Ignacio se orientó hacia la construcción de una tradición espiritual para las mujeres, pues varios de sus textos fueron guía para la conducción de la fe y para la cercanía de estas con Dios.

De entre las obras de la religiosa poblana, se editaron las siguientes: *Maravillas del divino amor: selladas con el sello de la verdad*, en 1758; *Oratorio espiritual*, en 1774; *Meditaciones de la sagrada pasión: de gran provecho para las almas*, en 1775; *Varias devociones*, en 1758, y *Devociones varias*, en 1791.

María Anna Águeda de San Ignacio ha sido estudiada ampliamente, a diferencia de las otras escritoras de nuestra colección; conocida como la “otra musa mexicana”, ha inquietado por haber llevado a imprenta más de 10 obras en su vida y por el número de ediciones que se han realizado de algunas de ellas; tan sólo el texto *Maravillas del divino amor...* cuenta con cinco ediciones a las que se sumaron tres de *Devociones varias*, todas impresas en Puebla durante el siglo xviii.⁶

En esta ocasión les presentamos un texto reimpresso en 1791, de 209 fojas, cuyo original fue encontrado por Claudia Llanos en la Biblioteca Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin. Es un cuaderno impreso en octavo y la cubierta es de pergamino. El impreso, paginado de origen, no señala sin embargo en qué año pudieron haberse escrito estas devociones. El contenido consta de siete partes, y la primera es “Meditaciones muy provechosas para oír misa”; la segunda, “Oración a la Santísima Trinidad”, y la tercera va precedida por una página sin numerar,

⁶ Jennifer L. Eich, investigadora estadounidense, realizó una exhaustiva investigación sobre María Anna Águeda de San Ignacio, en 2004. Al parecer, fue esta investigadora quien le dio el mote a la monja dominica de “la otra musa mexicana”. Véase J. L. Eich, *The other Mexican...*

donde se ve la imagen de Cristo crucificado, y lleva por título: “Modo fácil y provechoso de saludar y adorar los sacratísimos miembros de Jesucristo señor nuestro, en su santísima pasión”. Llama la atención que este apartado está escrito en masculino.

La cuarta parte del devocionario es “Devoción a la santísima Virgen María, en honra de su purísima leche”; la quinta, “Ejercicios de tres días que hacen las rr.mm. en su convento de Santa Rosa de Santa María”, la que consta de varios subapartados organizados según la hora del día. El sexto apartado se titula “A mayor honra y gloria de Dios nuestro señor, leyes de amor divino que debe guardar la fiel y amante esposa de Cristo, para ser a los ojos de su esposo más graciosa, grata y agradable”. La séptima y última parte lleva por título “A mayor honra y gloria de Dios, oratorio espiritual, compuesto por la venerable y muy reverenda madre Sor María Ana Águeda de San Ignacio, a petición de una religiosa del convento del máximo doctor *San Gerónimo*, su amada hija”.⁷

La obra de la monja recoleta comunica de manera directa y clara, a través de ejercicios de disciplina religiosa, un método de oración y contrición para acercarse a Dios. La oración, el silencio y el dolor darán como resultado la fusión con la divinidad, descrita esta como masculina, un ser posible de ser amado como esposo y compañero. En la unidad total con Dios, el sufrimiento es un puente para la cercanía espiritual, al reconocerlo como un fragmento del amor espiritual y al mismo tiempo como camino; además, el sufrimiento es un recordatorio de entrega a Jesús encadenado, encarcelado y asesinado. Las experiencias de penitencia de la monja para alcanzar la limpieza del alma pasaban por ayunos continuos. El uso de diversos silicios se recoge en el texto *Devociones varias*, al igual que en el escrito de José Bellido, biógrafo de la autora, quien describe el uso de alfileres que emplea la monja como parte de su búsqueda por mortificar la carne, búsqueda de lazo con Jesús y sus sufrimientos

⁷ Para la transcripción paleográfica de algunos fragmentos se contó con el apoyo de Sari Meléndez Barrera.

En *Devociones varias* la escritora expresa una religiosidad en donde la experiencia mística no se enuncia hacia el amor absoluto, hacia el todo, sino concretamente hacia la hipóstasis de Dios en Cristo. Con María Anna Águeda de San Ignacio nos enfrentamos a un recorrido por un Dios encarnado en Jesús, hombre cuyo cuerpo tangible fue escenario de dolores que experimenta la carne y que transforman el alma; por esa razón, consideramos a esta escritora como una referencia teológica respecto de la corporeidad de Dios, tal como se concebía en el México del siglo XVIII. Cabe anotar que la corporalidad expresada por la monja dominica no es la única que se encuentra en México, pues otras escritoras, religiosas novohispanas, también lo hicieron.

Devoción es el término con el que podemos referirnos al acto de entregarnos totalmente a una experiencia; la devoción del amor a Dios, como muestra la religiosa recoleta, es observable en este texto que presentamos: *Devociones varias* expresa en sus letras la alianza de amor necesaria para unirse a Dios y enseña a otras religiosas cómo mantenerla y estrecharla merced a la experiencia del misterio, de la oración y de lo sagrado.

El camino para agradar a Dios está compuesto de oración, de silencio y de gratitud, los cuales deben ser tenidos en cuenta todo el tiempo de la oración para lograr el total deleite de Dios. Jesús, como personaje protagónico del texto, es depositario de las descripciones sobre lo ocurrido en su cuerpo momentos antes de su muerte, cuyas imágenes tienen como fin transmitir emociones desconcertantes en las que es posible asir el dolor físico.

María Anna Águeda de San Ignacio, como parte de su camino espiritual, sugiere establecer especial comunicación con la virgen María, por lo que instaura entre nosotras, de manera palpable, una referencia de autoridad femenina en la que la escritora reverencia la labor de María como maestra de instrucción del amor hacia Dios, y como modelo a seguir para la entrega total. El mérito de Anna es concebir a María madre como protagonista; María no solo es la madre de Cristo, sino también la esposa de

Dios y, por tanto la amante perfecta, la que mejor conoce a estas dos divinidades y la que más potencial tiene para la enseñanza del amor místico. Representa, en todo caso, una figura de autoridad que facilitaría la comprensión del camino hacia Dios.

La tradición religiosa de mujeres retomada con empeño por María Anna resulta indudable por el tipo de textos que escribió y por la permanente presencia de la virgen María en *Devociones varias*. En la obra, la monja hace evidente su lectura de Santa Catarina de Siena, a quien considera un ejemplo para su propia vida espiritual y mística.⁸ El camino abierto por las mujeres escritoras como maestras y como instructoras es notable en el texto que ahora presentamos, y nos permite ubicar este cuaderno como una guía práctica por seguir.

Las devociones expresadas por María Anna Águeda de San Ignacio van dirigidas tanto a Jesús como a María, de quien la dominica resalta la devoción que la madre tiene a su propio hijo. Tal vez por eso el tipo de fusión con lo divino que experimenta María Anna Águeda de San Ignacio se logra a través de recordar la vida de Jesús, sobre todo aquellos momentos en los que el llamado hijo de Dios enfrentó la muerte para la salvación de las personas, según la doctrina cristiana. Es importante en la vida de la monja cómo, desde muy pequeña, tuvo especial contacto con María, y su madre ofreció en un ritual de entrega a su hija para que fuera totalmente adoptada por María: “Yo renuncio al derecho de madre que tengo sobre esta criatura y lo traspaso en

⁸ José Bellido, *Vida de la VMRM María Agueda Anna de San Ignacio. Primera Priora del religiosísimo Convento de Dominicas Recoletas de Santa Rosa de la Puebla de los Angeles*, 1758. José Bellido (1700-1783) fue jesuita. Nació en Granada, España, e ingresó en la Compañía de Jesús en abril de 1718. Terminó sus estudios en México. Enseñó filosofía en Oaxaca y teología en Guadalajara; fue maestro de novicios. Fue procurador de la orden en Madrid y en Roma. A su regreso a México, fue rector del Colegio del Espíritu Santo de Puebla. Cuando se publicó el decreto de expulsión de los jesuitas del reino español, Bellido era prefecto de estudios mayores del Colegio de San Ildefonso de Puebla. Murió en la ciudad de Bolonia, en la actual Italia. En *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 1964, t. I, p. 412.

ti para que desde ahora tú seas su madre y como tal la cuides. Ya no tengo cuidado sobre ella, porque todo te lo dejo a ti”.⁹

Ha sido importante encontrar en esta inmersión en la creación de la religiosa recoleta el texto que José Bellido escribió en 1758 en razón de la vida y la obra de la monja. La admiración que muestra el sacerdote por María Anna Águeda de San Ignacio, a quien le reconoce su “gigante ingenio”, muestra una vez más la autoridad de las mujeres en ámbitos espirituales, y nos recuerda, al mismo tiempo, que la lucha por el reconocimiento de su protagonismo es parte de una revisión exhaustiva del pasado.

Las expresiones de admiración por parte de quien escribió el prólogo a la biografía, el fraile Juan de Miqueorena,¹⁰ acentuaron la imagen de persona admirable y propiciaron la aceptación de la monja recoleta, y de manera extensiva reconoce al recopilador de su vida, el jesuita José Bellido.

El calificador del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición aprobó el texto escrito por la monja dominica dejando ver que su obra se correspondía con los pensamientos de la Iglesia del momento; aquello nos remite a la idea de que la producción literaria de la escritora cumplía con la ortodoxia católica, y se volvía parte de las obras de fe fundamentales para aquel entonces.

José Bellido también refiere con admiración la trayectoria como escritora de María Anna Águeda de San Ignacio, quien atravesó los muros del convento para convertirse paulatinamente en una referencia escritural obligada para la época. *Devociones varias* fue un texto que pasó por la revisión y por la aprobación de la Compañía de Jesús en Nueva España y se dictaminó como

⁹ *Ibid.*, p. 68.

¹⁰ Fray Juan Agustín de Miqueorena o Miquiorena nació en Puebla. Fue maestro en teología de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; además fue comendador de los conventos de Zacatecas, Atlixco y Puebla; fue también regente de estudios, definidor y provincial de la provincia de la visitación de la Nueva España y calificador del Santo Oficio de la Inquisición. En José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, 1819; t. II, p. 275.

un texto libre de censura, lo cual permitió su circulación, pese a ser escrito por “el sexo mujeril [...] que padece muchas nulidades [...]”,¹¹ según opinaba su biógrafo.

La recuperación de textos escritos por mujeres entre los siglos XVI al XVIII es una travesía de nunca acabar. Los archivos se despliegan secretamente a los ojos de historiadoras empeñadas en encontrar a las mujeres en el falso silencio del pasado; poco a poco reconocemos la tradición de conocimientos y saberes intelectuales y cotidianos que han hecho parte de la cultura de las mujeres desde aquellos siglos, donde su protagonismo era casi nulo. El presente texto es una muestra más de la relación vital que las mujeres establecieron con la escritura a través de la experiencia mística. Es una mística que es amor, pero en este caso en sufrimiento y restricción, mientras que en otros casos se presenta como amor gozoso.

Esperamos que nuestras lectoras y lectores se complazcan tanto como nosotras al descubrir un pasado habitado por mujeres misteriosas e inteligentes que dan un giro a la historia del pensamiento. Está usted en toda la libertad de determinar si hay o no raíces feministas en estas prácticas de escritura.

Cuando se reconoce este tipo de autoras y se las investiga en el pasado como escritoras consagradas, se rompe el mito de la lejanía entre las mujeres y la escritura. La mirada de María Anna Águeda de San Ignacio puede ofrecernos antecedentes de premisas culturales que organizan la sociedad occidental actual, como el de la esposa perfecta, la madre abnegada, así como la entrega total de las mujeres al poder masculino; estas figuras estructuran el texto que presentamos a continuación y dejan ver una realidad aparentemente lejana, pero que puede concebirse como un alimento a la tradición espiritual y a la concepción del amor que ha rondado nuestros tiempos. Acercarse a la obra de María Anna Águeda de San Ignacio para conocerla y comprenderla puede facilitar las rupturas necesarias con los cánones tradicionales del amor y de la creencia, cualquiera que éstas sean.

¹¹ *Ibid.*, p. 40.

MARÍA ANA ÁGUEDA DE SAN IGNACIO

DEVOCIONES VARIAS⁸

[PORTADA]

Devociones varias, compuestas por la venerable y *muy reverenda* madre sor María Ana Águeda de San Ignacio, priora y fundadora que fue del Sagrado Monasterio de Recoletas Dominicanas de Santa Rosa de Santa María de esta ciudad de la Puebla de los Ángeles. Sacadas de la vida y obras de la misma venerable madre. Reimpresas y unidas en este quaderno para su más fácil uso, a expensas de varios bienhechores.

MEDITACIONES MUY PROVECHOSAS PARA OÍR MISA

[1]

Inter sale la misa, o al ir a oírla, ha de considerar el alma con encendidos afectos cuánto fue deseada de todas las gentes y de los santos padres la venida de nuestro amabilísimo Redentor. ¡Qué de suspiros y ansias les costó! Y con solo la memoria de que había de venir, se encendían y abrasaban en su divino amor:

⁸ María Águeda de San Ignacio, *Devociones varias, compuestas por la venerable y muy reverenda Madre Sor María Ana Águeda de San Ignacio, priora y fundadora que fue del sagrado monasterio de recoletas dominicanas de Santa Rosa de Santa María de esta ciudad de la Puebla de Los Angeles. Sacadas de la vida y obras de la misma venerable madre. Reimpresas y unidas en este cuaderno para su más fácil uso a expensas de varios bienhechores.* En la oficina del Real Seminario Palafoxiano de dicha ciudad de la Puebla, año de 1791, 262 pp. Texto localizado en la Biblioteca Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, con la clasificación GZ282.57 AG92. En la Biblioteca Nacional de México, en el Fondo Reservado, se encuentra un ejemplar de la obra, digitalizada y disponible para su descarga.

- y mirándole de lejos, con todo participaban de su resplandor. Enardézcase el alma, que esto considera, pues en la misa que va a oír ha de baxar de los cielos el mismo Señor; qué tan de cerca
- [2] le ha de gozar, y qué en su misma alma y corazón le ha de reci // bir o sacramental o espiritualmente. ¡O, y cómo debe disponerse con contrición, con avivar la fe y la esperanza para tratar con tan soberana Magestad el negocio de su salvación, y la caridad inflamándose en el amor de un Dios tan amante y fino, que por nuestro remedio hace tantos viages del cielo a la tierra, cuántas son las misas que se dicen en todo el mundo! ¡O, estupendo amor; o, caridad de Jesucristo! ¿Cómo no se nos derriten los corazones a vista de esta fineza? ¡Para la primera venida tanta dilación, que dexaste pasar más de quatro mil años, estando todos los patriarcas y profetas clamando, ansiando, pidiendo y suplicando porque baxaras; tanto, que eras el deseado de las gentes: y ahora (¡o, bien infinito!), cada día tantos viages y venidas, que nos es tan
- [3] fácil el gozarte! // ¿Tan bien te fue entre nosotros en la primera venida, que tanto repites el visitarnos? ¡O, cómo levanta de punto para nuestro conocimiento el considerar a lo que veniste y lo que padeciste, porque manifiesta el infinito amor y misericordia tuya para con tus criaturas; pues parece no quedaste satisfecho con la tormenta de tu pasión, sino que quieres representarla tan repetidamente, baxando tú mismo a ofrecer, aunque incruento, el mismo sacrificio, para que vean los hombres cuánto gustaste de remediarlos con tus tormentos y muerte dolorosísima! ¡O, alma mía! Si esta fineza y misericordia no te mueve, no te entenece y ablanda, ¿qué te moverá? ¡O, qué duro es mi corazón, Jesús amantísimo, pues no se deshace! Piensa, alma mía, lo que hubieran hecho los santos padres si hubieran podido gozar de la venida del Salvador con la facilidad que tú ahora le tendrás
- [4] en la misa. ¡Qué disposiciones, qué prevenciones, qué ardores no tuvieron! Pues un rey David saltó y danzó de placer ante una figura de este divinísimo sacramento que encerraba la arca. Mira cómo los Santos Reyes, por ver la estrella que anunciaba su ve-

nida, dexaron sus reynos y salieron a buscarle, caminando hasta lograr el verle y adorarle. ¡O, Dios mío y Señor, qué ventura es la mía, que me es tan fácil el tenerte no solo presente, sino que has de entrar en mí y unirme a ti! ¿Y con todo esto no te he de desear? ¡O, amor mío suavísimo y dulcísimo! Quisiera juntar en mí todos los deseos y ansias con que los santos padres te esperaron. Oxalá y te deseara como mi señora, la santísima Virgen María deseaba tu ve //nida. Ven ya, ¡o, mi Dios, mi Redentor, mi Salvador! Ven, ven; llegue la hora de verte y de adorarte; baxa de esos cielos, conviértase el pan en tu cuerpo y el vino en tu sangre, por virtud de las palabras de la consagración, para que cojamos los frutos abundantísimos que nos tienes prometidos; para que nos renueves y des nueva vida de gracia por medio de la participación de tan divinos misterios; para satisfacerte y obligarte a que uses con todas tus criaturas de tu liberalísima misericordia. Venid justos a este santo sacrificio a perficionaros; venid pecadores a justificaros; venid afligidos a consolaros; venid pobres a enriqueceros; venid necesitados a remediaros. ¡O, Señor y Dios mío! Yo me incorporo y uno con todos los ángeles y santos, y con la reyna de todos; María santísi // ma, para que me ayuden a reverenciarte y adorarte en este tremendo sacrificio, y que te den el agradecimiento y las debidas gracias que yo no acierto a darte. Oxalá que todos me den su amor para amarte yo como deseo y se lo pido. Me uno con toda la Iglesia santa, mi madre, para oír en su nombre esta misa y ofrecerte este sacrificio por todos sus hijos. Quisiera asistir con la reverencia, amor y dolor con que asistió mi señora la Virgen María al santo sacrificio de la cruz. Deseo oír quantas misas se han dicho y dirán en la iglesia de Dios. Me gozo y alegro de tener que ofrecerte un sacrificio, por el qual te pido te dignes a aceptarlo en satisfacción de los pecados del mundo, y concedernos una justa emienda de todos ellos. Así sea. //

[5]

[6]

[7] [7] AL EMPEZAR LA MISA

Aquí has de considerar cómo fue preservada María santísima de toda culpa, para que de su carne virgen se vistiera el divino Verbo. Mira cuánto ama Dios la justicia y aborrece la culpa, pues si se hizo hombre fue en el vientre de María, a quien no tocó la culpa original, y se humanó para deshacer la misma culpa, y librarnos de la esclavitud del pecado volviéndonos a la gracia. No tuvo Jesucristo horror al vientre virgíneo, porque no estaba contaminado del pecado. Si tú, alma mía, quieres concebir espiritualmente a Jesús, aborrece la culpa, límpiase de ella con la contrición, promete a Dios la emienda [*sic*], y desea que esta concepción de Jesús en ti sea para participar de los frutos de la venida del hijo de Dios al mundo. //

[8] [8] AL INTROITO Y KYRIES⁹

Considera que luego que Dios se hizo hombre, estando en el sagrado vientre de su Madre purísima, fue a libertar al Bautista de la culpa, y santificar su alma. Pídele con afecto te visite y justifique, librándote de las malas inclinaciones y hábitos malos, dándote el don de perseverar hasta el fin en su gracia, valiéndote de la intercesión de María santísima, señor San José, el Bautista y Santa Isabel.

A LA GLORIA

Contempla el gozo y regocijo del nacimiento temporal de Jesucristo. Míralo como supremo sol de justicia desterrar las sombras del pecado y llenar de resplandores el mundo. Adórale y reve-

⁹ *Introito y Kyrie* son, respectivamente, la introducción y el primer movimiento musical de la misa.

rénciale con los ángeles, pastores y reyes. Ofre // cete a seguirle, [9]
imitarle y amarle con todas tus fuerzas. Pídele que renazca en
ti y en todas las almas. Suplica a María santísima le dé en sus
virginales pechos los corazones de todos, y que los rocíe con su
purísima leche. Desea anunciar este santo nacimiento a todos los
que lo ignoran. ¡O, amor divino! ¿Cómo, naciendo para todos,
hay tantos que no te conocen? ¡O, desgracia indecible! ¿Quién
pudiera volar por el mundo y comunicar esta feliz noticia a los
que no la tienen! Ea, fuego abrasador, inflama e ilumina a toda
criatura capaz de razón.

A LAS ORACIONES

Contempla cómo aquel tiernísimo infante para recibir el nom-
bre de Jesús derramó su sangre preciosa en la circuncisión, en [10]
señal de que // venía a ser redentor del mundo. ¡O, nombre de
Jesús, salud verdadera, dada de gracia a los hombres! ¡O, Jesús!
Sella con tan dulce nombre a toda criatura. Oxalá pudiera a
costa de mi sangre hacer que todos fueran siervos de Jesús, y
estuvieran guarnecidos con este poderoso escudo que libra de
todos los males, quita toda amargura y llena de dulzuras y de
todos los bienes.

A LA EPÍSTOLA

Contempla a Jesús presentado en el templo, que admite la pasión
profetizada por el santo Simeón. Mira cómo siendo conocido, al
punto fue perseguido, y huye en silencio a Egipto para derra-
mar allí sus divinas luces por espacio de algunos años. ¡O, Jesús
divino! ¿Así te reciben los hom // bres, persiguiéndote apenas [11]
nacido, y queriéndote quitar la vida de que pendía la eterna de
ellos mismos? ¡O, ceguera humana! ¡O, crueldad de la culpa!

Y ¡o, fineza de tu amor, que así disimulas y perdonas las ingratitudes y te vales de ellas para hacer mayores bienes! Ven, Señor, a mi alma, que te desea, y echa fuera de ella lo que te desagrada. Te pido, Señor mío, por todos los niños, que ninguno muera sin bautismo, y que conserves en tu gracia a los que la consiguen por tu misericordia.

AL PASAR EL EVANGELIO

Medita cómo volvió Jesús a Nazaret hasta los doce años de su edad. Ofrecele tu corazón para que more en él, y pídele que lo haga florecer con todas las virtudes.//

[12] AL EVANGELIO

Contéplale perdido de amores: cómo dexa hasta a su misma Madre por el bien de los hombres. ¡O, verdad eterna! Resplandeced en mi alma y en las de todas tus criaturas. Haced, Bien mío, que la luz del Evangelio se derrame por todo el mundo; conózcante y ámente todas las naciones. Ayudad a todos los que se emplean en la predicación del Evangelio: dadles tu espíritu para que logren copiosos frutos, y encaminen las almas al cielo que les ganastes [*sic*].

AL OFERTORIO

[13] Contempla a Jesús, que ofrece a su eterno Padre el sacrificio de vivir obediente a María santísima y a [*sic*] señor san José, y cómo retirado hasta los treinta años de su edad, exer //cita todas las virtudes, y se ocupa en continua oración por la salud de las almas. ¿Es posible, amor dulcísimo mío, que tanto trabajaras para

salvarnos y que nosotros rehusemos para nuestra salvación hasta lo más mínimo? ¿Que se nos haga de mal aún solo aplicar la consideración a lo que por nosotros padeciste? ¡O, malicia nuestra! ¡O, bondad y misericordia tuya!

AL LAVATORIO

Considera cómo salió Jesús de Nazaret para el desierto, encaminando sus pasos al río Jordán para ser bautizado. Mira, alma, en forma de pecador al Santo de los Santos por lavarte de la inmundicia de la culpa. Síguele al desierto: mírale ayunar, y ser tentado del Demonio, para enseñarte y dexarte vencidos los enemigos // gos. Dad, Señor, a todos los tentados fortaleza para vencer. Quebrantad de nuevo las fuerzas del infierno: romped sus redes y deshaced sus ardides, por tu infinita caridad. [14]

AL ORATE FRATRES¹⁰

Rogar a Dios que así como eligió a los apóstoles para sus discípulos, se digne también de admitirte a ti y a todas sus criaturas en su escuela para oír y aprender su doctrina y exemplos, siguiéndole e imitándole.

EN LAS ORACIONES SECRETAS

Rogar a Jesucristo que todos los milagros que obró en los tres años de su predicación los obre ahora en las almas, resucitando a

¹⁰ “Oren, hermanos”. “La forma de ‘orad, hermanos’, es la frase que precede a la oración sobre las ofrendas hasta el final de la Misa”. En *Ordenación general del misal romano*, Barcelona, Centro Pastoral Litúrgica (Dossiers cpl, 106) 2005, p. 65.

- [15] los muertos por la culpa, dándonos vista interior para que le conozcamos y nos conoz // camos, y oídos para oír sus divinas inspiraciones, sanándonos de todas las enfermedades de la alma [*sic*].

AL PREFACIO

Mira a Jesús entrar con triunfo en Jerusalén, y lo que de aquí se le siguió, que fue darle la muerte, por envidia, sus enemigos. Atiende a su ardiente caridad, pues antes de padecer nos dexó su cuerpo y sangre en el divinísimo sacramento. ¡O, fineza de Jesús, que sabiendo los ultrages que había de padecer sacramentado, no excusó quedarse para bien universal de su Iglesia, regalar a sus amigos y dar consuelo a los afligidos! ¡O, amor infinito, mal pagado y peor correspondido!

DE [*sic*] SANCTUS A LA CONSAGRACIÓN

- [16] Entra, alma, en el mar amargo de la pasión de tu Amado. Mírale // afligido orando y sudando sangre: antes que se la derramen sus enemigos, ya la vierte su ardiente amor. Mira cómo de su propia voluntad se entrega a la muerte, se dexa aprisionar, afrentar y maltratar. Síguele a las casas y pretorio en que fue acusado, juzgado y condenado a muerte. Atiende, con dolor y amor, cómo deshacen sus virginales carnes con el rigor de los azotes; cómo ciñen sus sienes divinas con muy punzantes espinas. Abrázate con sus tormentos; ofrécete a padecer de grado todo lo que se ofreciere por su amor. Pídele, por la sentencia de muerte que admitió, y por la cruz que con tanto tormento cargó sobre sus delicados hombros, execute en ti y en todas las almas una sentencia
- [17] de muerte mística, esto es, un morir a todos nuestros querer, // y que la naturaleza no impida a la gracia para seguir a Jesús con

la cruz todo el tiempo que fuéremos viadores,¹¹ hasta llegar a ser crucificados en ella, como lo fue el amantísimo maestro.

AL ALZAR LA HOSTIA

Contempla cómo fue levantado en la cruz tu Jesús amante. Vuela alma, vuela a la cruz de Jesús, fíxate en ella, éntrate por aquellos clavos que traspasan sus pies y manos: adórale, ámale, y agrádecécele su fineza y amor, por ti y por todos los mortales.

AL ALZAR EL CÁLIZ

Mira cómo se aparta del cuerpo sacrosanto de Jesús su precio // [18] sa sangre, a fuerza de tormentos. Mira cómo la derrama por sus llagas sacratísimas, en remisión de los pecados de todo el linage humano. ¡O, fuego de caridad de mi Jesús! ¡Cómo ardías en aquel deífico corazón! ¡O, llama que se mantiene sin apagarse con la multitud de aguas de ingratitudes, olvidos y desprecios de los hombres! Antes siempre se está oponiendo a nuestra tibieza y aplacando al Padre eterno. ¡O, Padre amantísimo! Mira este infinito fuego de amor de tu Hijo: acepta este sacrificio como aceptaste el de la cruz, y por él ten misericordia de los vivos y de los difuntos cuyas almas están en el Purgatorio. En el olor suavísimo de este sacrificio derrama sobre todos tus copiosas bendiciones.//

¹¹ Viador. Del lat. *viātor*, *-ōris* ‘caminante’. 1. m. Rel. Criatura racional que está en esta vida y aspira y camina a la eternidad. En *Diccionario de la lengua Española* (DLE), en línea, en <<http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=viador>>, consultado el 27 de septiembre de 2017.

[19] AL NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS¹²

Ruégote, amantísimo Jesús que, así como en el sacrificio de tu pasión y muerte fue tuya la afrenta, tormentos y dolores de tu santísimo cuerpo, y las angustias, congoxas y tristeza de tu santísima alma, y nuestra la honra, la salud, la vida y la gloria, ahora en este incruento sacrificio tengas por bien participarnos lo sangriento y doloroso de aquel, y que para ti sea toda la honra y gloria. Haz, Bien mío, que en todas las almas viva fresca la memoria de tu pasión y muerte, y todas refresquen en sí tu derramada sangre al asistir al santo sacrificio de la misa. Infunde en todos respeto, temor, amor, dolor de sus culpas, y propósitos de la emienda [sic]. Dale desprecio de las cosas de // esta vida, que tan en breve pasan, y un debido aprecio de las eternas.

AL PATER NOSTER¹³

Considera la oración que hacía Jesús a su Padre, entre los tormentos de la cruz, por todos sus redimidos. Oye con ternura cómo en las siete palabras que habló pide perdón para sus enemigos en la primera, y en la segunda da su reyno al ladrón. Oye cómo nos encomienda a su Madre: deshácete de dolor y amor. Pídele se acuerde de todos en su reyno, y nos dé gracia para ser verdaderos hijos de María. ¡O, Jesús!, encomienda y pon en las manos de tu Padre con tu espíritu el de todos los que te confesa-

¹² “Y a nosotros pecadores”, la última oración del canon de la misa. En *The concise Oxford dictionary of the Christian church*, 2013.

¹³ “Padre nuestro” (Mt 6:9-10; Lc 11:2-4). Los pasajes bíblicos hallados a lo largo de la obra han sido traducidos al español con versiones propias, las que han sido cotejadas con diversas versiones, tanto impresas como en línea, del texto religioso: *Sagrada Biblia*, 1979; *Biblia comentada*, 1994; *Bible Gateway*, en <<https://www.biblegateway.com>>. Agradecemos a Carmen Aquino por su colaboración para la búsqueda de las traducciones del latín.

mos, creemos y adoramos. Haz que perseveremos en fe, esperanza y caridad hasta el fin. //

[21] A LOS AGNUS¹⁴

[21]

Ruégote, amantísimo Redentor, que quites las imperfecciones a los justos, des verdadera contrición a los pecadores, luz de fe divina a los gentiles, y traigas a la paz de la Iglesia a todos los que están fuera de su gremio. Acábase, Señor, la idolatría y todo pecado. Oxalá pudiera yo deshacer todos los pecados del mundo, y evitar el que se cometan de nuevo.

AL CONSUMIR EL SACERDOTE [SIC]

Aviva y enciende, alma, tus afectos: mira si puedes morir a Jesús, y morir de amor. El amor le quitó la vida, tu amor le mató. ¡O, Jesús!, máteme el tuyo. Yo te ofrezco mi vida para darla mil veces por ti. ¡O, si en cada momento pudiera padecer toda tu pasión, y morir por tu // [22] amor! Deseo recibir tu espíritu, y recibirte dignamente en este sacramento. ¡O, si mi corazón fuera perpetuamente su sagrario! Pídote, Jesús amantísimo, por el último aliento de tu vida, ampara a los agonizantes para que mueran en tu gracia.

[22]

AL CONSUMIR EL CÁLIZ

Considera aquel divino pecho abierto, y partido aquel amante corazón con la lanza. Mira brotar aquellas fuentes de sangre y

¹⁴ “A los *corderos*”, debe de referirse a la parte final del rito de la paz en la misa, “*corderos de Dios*”. Sobre las partes de la misa, véase Galo Moret, *Instrucción religiosa*, 1962.

agua. Lávanos, Señor, con esta sangre y agua de todas nuestras inmundicias. ¡O, Padre eterno! Recíbela en satisfacción de todos los pecados del mundo, y dame licencia para dar sepultura en mi corazón al difunto cuerpo de mi dulcísimo Jesús. //

[23] A LAS ÚLTIMAS ORACIONES

Considera la victoriosa resurrección de Jesús, y cómo sacó del Limbo las almas de los santos padres. Pídele resucite en su iglesia santa aquel fervor primitivo; y que por el testimonio que dio, apareciendo resucitado varias veces en los quarenta días antes de su gloriosa ascensión, nos dé tanta gracia a sus fieles, que con las obras demos testimonio de la fe que profesamos.

*Al ite missa est*¹⁵

Considera como concluida la misión de Jesucristo, y dexándonos tan abundante el remedio, subió glorioso a los cielos, los dexó abiertos para los hombres y les preparó asientos según sus méritos. //

[24] A LA BENDICIÓN

Contempla la venida del Espíritu Santo; desea recibirle y pídele sus divinos dones.

¹⁵ “Al *iros, la misa ha terminado*” debe de referirse a la parte de la ceremonia donde se da por concluida la misa. Véase *The concise Oxford...*

AL ÚLTIMO EVANGELIO

Considera el amor inexplicable con que dexó encomendada a los apóstoles la predicación del Evangelio a toda criatura, sin excluir a ninguna, para que todos los que quisieran creerle fueran hijos suyos y herederos del reyno que nos ganó tan a costa suya. Pídele se extienda el santo Evangelio por todo el mundo, que todos lo crean y vengan al gremio de nuestra santa madre la Iglesia.

OFRECIMIENTO

¡O, eterno Padre! Padre de infinita misericordia, con la que nos diste // a tu dilectísimo Hijo para salud, vida y resurrección [25] nuestra: yo te ofrezco el mismo don que nos diste, a tu preciosísimo Hijo, su vida, pasión y muerte, y el infinito amor con que en la cruz se ofreció en sacrificio para redención nuestra. Aquel y este sacrificio te presento con quantos te han ofrecido y ofrecerán en la santa Iglesia hasta el fin del mundo, y con ellos los merecimientos de María santísima, mi señora, los de los santos, y las obras buenas que se han hecho y harán para mayor gloria y alabanza tuya; y porque de todas tus criaturas seas adorado, confesado, temido y amado, te las ofrezco con la misma intención y amor que tu Hijo santísimo, y con todos los afectos de su divino corazón. Aplácate, pues, Padre piadosísimo, y date por satisfecho de todas // nuestras deudas, así de los vivos como de las almas [25] del Purgatorio. Recibe también la honra que te damos, y la acción de gracias por todos los beneficios que de ti recibimos. Dale despacho a nuestras justas peticiones y colma de bendiciones a tu Iglesia santa; crezca, Señor, el número de los justos, y reduce a los pecadores todos a verdadera penitencia; sean convertidos a la fe católica quantos están fuera de ella, y haz que se cumpla tu voluntad santísima en toda la tierra, así como en el cielo, para que todos por tu infinita misericordia vamos [*sic*] a alabarte en la

eternidad de tu gloria, donde vives y reynas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Así sea.//

[27] *ORACIÓN A LA SANTÍSIMA TRINIDAD*

Beatísima Trinidad, alta, soberana y excelsa Magestad: yo vil gusanillo deseando dedicaros infinitos templos en que seáis adorada y alabada, invoco y convido a todos los espíritus celestiales, santos y santas del cielo, para que me ayuden a dedicaros en templos vuestros todas las almas que sabéis puedo consagraros para que habitéis en ellas como en casas vuestras; y os suplico, con todo el afecto de mi alma, las adornéis con todas las virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo; que grabéis y estampéis en ellas la pasión de Jesucristo, señor nuestro. Hermoséadlas, Bien mío, con vuestra fervorosa devoción, y que la tengan asimismo a María santísima y a los santos. Ruégoos, piadosísimo Dios, // uno y trino, que encendáis en estos vuestros templos las lámparas del fuego de vuestro divino amor y de los prógimos; resplandezcan con el candor de la pureza, y que siempre derramen suavísimo olor de santos ejemplos. Suenen en ellos, para vuestras debidas alabanzas, coros de música concertada de santos deseos y obras virtuosas. Fortalecedlos, Señor, con la sangre preciosa de Jesús y leche purísima de María santísima, para que jamás padezcan ruina alguna. Encomiendo su guarda a los ángeles y santos; y para que tengan una sólida firmeza, los pongo en manos de la santísima Virgen y baxo su amparo poderosísimo, para que como en ciudad de refugio sean defendidos de los enemigos y, creciendo en gracia, los habites en esta vida y en la eterna. Así sea. //

ACTO DE CONTRICIÓN

¡O, bondad sin término, Dios inmenso, Padre amantísimo! Que por tu infinita misericordia no quieras la muerte del pecador, sino que se convierta y viva: yo, el más miserable e infeliz de todos, postrado a tus pies con la mayor humildad que puedo y debo, y con la confianza que tú mismo me das, recurro a tu infinita // misericordia a pedirte perdón de mis enormes culpas. [30] Pequé mi Dios, yo lo confieso delante de ti y de la santa Iglesia: no hay criatura más ingrata, infiel y desconocida que yo. Pequé, Padre amabilísimo, y mis pecados son innumerables; pero me acoyo al mar insondable de tu piedad y abismo de tus misericordias. Pequé, pero ya me convierto a ti, tan arrepentido que quisiera no haber sido solo por no haberte ofendido. Pequé, pero me pesa sobre todo pesar, y quisiera juntar en mi corazón todos los dolores que han tenido y tendrán todas las criaturas, y convertirlos en dolor de mis pecados. ¡O, si se deshicieran mis entrañas, huesos y corazón! Oxalá y llorara todo el mar convertido en sangre por mis ojos. ¡O, Dios mío! ¡Quién pudiera tener infinito dolor de haberte ofendido, // solo por ser quien eres! [31] ¡O, si pudiera deshacer mis culpas, y desaparecerlas a tus ojos, aunque me multiplicaras el castigo y doblaras las penas! pero esto que a mí me es imposible, tu inmensa bondad lo puede hacer, por la sangre de tu Unigénito, que es cordero que quita los pecados del mundo. Yo te presento su mansedumbre, su amor, sus llagas, dolores y muerte de cruz, poderosa a obrar maravillas, en satisfacción de mis pecados. Y por el mismo amabilísimo Jesús, salud y vida de las almas, te pido me concedas no volverte a ofender. Ya no más pecar: muera yo mil veces, y pase mil infiernos antes de que reincida en culpa alguna. ¡O, gran Dios de las misericordias!

[32] No me niegues esta, por los llagados miembros de tu precioso Hijo, y los acerbísimos dolores de su purí // sima madre María santísima, mi señora. Amén.¹⁶

ORACIÓN PREPARATORIA A LAS SALUTACIONES

[33] Dios eterno y de infinita magestad: yo te adoro, alabo y glorifico por el admirable consejo de tu sabiduría, que por todas partes reboza amor, beneficencia y misericordia, tomando carne humana para redimirnos a costa de tantos tormentos que en ella padeciste. ¡O, Padre eterno y Señor mío! Recibe la satisfacción que por nosotros te ofrece tu mismo Hijo y Señor nuestro; míranos con ojos de misericordia, por su preciosísima sangre y por el corazón afligido de su santísima Madre. ¡O, dulcísimo Jesús, redentor amante nuestro! Que con tan encendida caridad admitiste la obediencia de tu eterno Padre para padecer // y morir por nuestro remedio. Por el martirio que te atormentó todo el tiempo de tu vida con el ardentísimo deseo de que llegara aquella hora de entregarte a tus enemigos para darnos vida con tu muerte, te suplico, en nombre de tu dolorosísima Madre, nos concedas que todos nos aprovechemos de tu santísima pasión, que seamos frutos de ella, y que vivamos embriagados y teñidos en tu preciosísima sangre. Amén.

ADORACIÓN A SU SANTÍSIMA CABEZA

[34] Adórote, alábote y glorificote sacratísima y venerable cabeza de mi amabilísimo Jesús, coronada y llagada con tan agudas y penetrantes espinas, que te hicieron brotar fuentes de sangre para limpiar el cuerpo místico de la Iglesia, tu amada esposa: yo // en

¹⁶ Algunas autorreferencias que la autora usa en este apartado y otros están en masculino en el original.

su nombre postrado te confieso por Dios y hombre verdadero, señor universal y rey supremo de toda las criaturas. ¡O, Dios mío! Manda, gobierna y reyna como señor absoluto en todas las voluntades, que yo deseo consagrártelas todas, y te encomiendo al sumo Pontífice, a nuestro Rey, y a todos los que son cabezas en el estado eclesiástico y secular, para que en todo acierten a obedecerte en sus gobiernos. Ofrézcode mi cabeza, con vivísimos deseos de que pases a ella esas punzantes espinas; ponlas, mi Bien, sobre mis ojos y sobre mi corazón. ¡O, amado Jesús mío! Yo te pido que a todas tus criaturas les des santos pensamientos, por tus agudos dolores y los que en este paso sintió tu santísima Madre, mi señora la Virgen María. Amén. //

*AQUÍ SE REZA UN PADRE NUESTRO, O UN CREDO:
Y LO MISMO SE HARÁ EN CADA SALUTACIÓN.*

[35]

A SUS SANTÍSIMOS OÍDOS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, amabilísimo Bien mío, tus divinos oídos, dignísimos de oír infinitas alabanzas y adoraciones; mas por nuestro amor, ¡qué lastimados y heridos con blasfemias, injurias, descortesías y agravios! ¡O, santísimo Señor y Dios mío! Yo adoro de tu ser divino la santidad infinita y tu inmensa benignidad, y te ofrezco quantas alabanzas te han dado y darán por toda la eternidad los ángeles y los hombres. Deseo enamorar tus santísimos oídos, y en cada momento decirte infinitos loores. ¡O, Padre eterno! Yo te rindo las gracias del recurso que nos diste por medio // [36] de tu unigénito Hijo para darnos audiencia y despachar nuestras peticiones. Oye Señor y Dios mío los alegatos de nuestro abogado Jesús y los clamores de su preciosa sangre, por los cuales te pido atiendas a los de la santa Iglesia, que continuamente te ruega por la conversión de los infieles y hereges, y reducción de los pecadores. Encomiéndote, ¡o, mi

[36]

Jesús benignísimo!, a todos los confesores, y te suplico les des gracia para encaminar las almas a la vida eterna, y santa libertad para desengañar a los que no llegan a sus pies con la debida disposición; y por lo que atormentaron a tu santísima Madre las injurias que padecieron tus divinos oídos, te suplico cierras los nuestros para que no oigamos las voces de nuestros enemigos, [37] Demonio, mundo y carne, y los // tengamos atentos para oír tus santas inspiraciones y llamamientos. Amén.

A SUS SANTÍSIMOS OJOS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Dueño amoroso de mi alma, tus hermosísimos ojos, lumbreras divinas y saetas amorosas que traspasan los corazones. Saludo tu ser divino, que es luz increada, luz criadora, lumbre que alumbra, fuego que abrasa. ¡O, luz de luz, Dios iluminador! Destierra las tinieblas que ocasionan las culpas en las almas, por el amor con que dexaste nublar las lumbreras de tus bellísimos ojos a fuerza de los tormentos de tu pasión. Encomiéndote, amado Dueño mío, a todos tus sacerdotes, guárdalos, Señor, como a las pupilas de tus ojos; y pues los pusiste por luz del mundo, haz que resplandezcan con santas obras para la común edificación de todos los //[38] fieles. Yo te ofrezco mis ojos, que sólo quiero tener para verte; y te suplico, por los columbinos ojos de tu santísima Madre, y por el dolor que sintió viendo los tuyos hinchados, ensangrentados, y casi ciegos del polvo y lágrimas, que apartes los nuestros para que no vean las vanidades del mundo, ni las faltas de nuestros prógimos. Amén.

A SU SACRATÍSIMA BOCA

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, suavísimo Dueño de mi alma, tus hermosísimos labios y lengua dulcísima. ¡O, boca divina!

Manifestadora de la verdad, de que diste testimonio y confundiste la ignorancia. Yo adoro tu sabiduría infinita y tu verdad eterna, Dios verdadero de Dios verdadero, fiel en tus promesas y palabras. Yo venero y saludo tu admirable doctrina y las // suavísimas palabras que salieron de tu sagrada boca, con incomparable fuego de ardentísima caridad para encender las almas y abrasar los corazones, derramando copiosa luz divina con qué alumbrar y enseñar nuestra ignorancia. Tus palabras son vida y sustento. ¡O, Señor! Dispón los corazones para que reciban dignamente tan fructuoso grano. Te encomiendo, mi Dios, a todos los predicadores, comunícales tu espíritu y zelo divino para que en bien de las almas sepan sembrar en ellas tu doctrina. Por la amarga hiel que gustaste yo te ofrezco mi boca, y te pido nos participes tus amarguras, librándonos a todos del vicio de la gula, y que guardes nuestras lenguas de todas las palabras que te desagradan, concediéndonos el santo silencio, por el dolor que sintió tu purísima Madre al ver tu // sacrosanta boca bañada en sangre y llena de amarguras. Amén. [39] [40]

A SU ROSTRO SANTÍSIMO

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Jesús amado mío, tu bellísimo rostro, cuyas mejillas blancas y coloradas son quadros de hermosas flores. ¡O, escogido entre millares, y hermoso entre todos los hijos de los hombres! ¿Quién afeó tu belleza, hiriendo, acardenalando y obscureciendo tu hermosísimo rostro? Yo adoro y saludo de tu ser divino la incomprehensible hermosura, que tiene admirados y suspensos a los cortesanos del cielo, ardiendo los serafines por verte. ¡O, qué pasmo, qué asombro es mirar ese graciosísimo rostro, que reverbera divinidad, escupido, abofeteado y afeado! ¡O, Amor! Amor hermoso, ¿cómo estás más para enamorar, quando más afeado, por comunicar // tu belleza a tu esposa, la santa Iglesia? Estampa, pues, ¡o, dulcísimo Esposo de [41]

mi alma!, en ella, y en todas, tu hermosísimo rostro. Encomiéndote a todos los que padecen afrentas por tu amor, y te ofrezco mi rostro preparado para padecer todas las que fueres servido. No permitas, Señor, que se afrenten los hombres de servirte, por el dolor que sintió tu afligidísima Madre viendo eclipsada la resplandeciente hermosura de tu divino rostro. Amén.

A SU SANTÍSIMO CUELLO

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, deseable y amable Jesús mío, tu santísimo cuello, abrumado con la cadena de mis culpas, ahogado y fatigado con la soga que texieron mis iniquidades. ¡O, dulcísimo Bien de mi alma!, enlázanos con las prisiones de tu amor, apriétanos y únenos a ti, desasiéndonos // [42] de nosotros mismos para que seamos del todo tuyos. Yo adoro tu santidad infinita. ¡O, santo, santo, y tres mil veces santísimo, altísimo Señor y Dios mío! ¡O, quién pudiera dignamente ensalzar, venerar y adorar tu santidad! Suplícote, Señor mío, por tu misma santidad, y por la afrenta que sufrió tu inocentísima humanidad con la soga y cadena que oprimió tu garganta divina, que nos concedas a todos los cristianos el que recibamos dignamente el augustísimo sacramento de tu cuerpo y sangre, lazo que une las almas y las estrecha en vínculo de amor. Dame también, que enamoradas de este divino manjar, le frequenten [*sic*] fervorosas, por las angustias y congoxas que sintió tu dolorosísima Madre al verte encadenado y casi ahogado en poder de tus crueles enemigos. Amén. //

[43] A SUS SANTÍSIMOS HOMBROS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, amado Bien infinito de mi alma, tus hermosísimos hombros, lastimados, llagados y que-

brantados con el peso de la cruz, que daba con tu venerable persona en tierra, oprimiendo y renovando tus santísimas llagas. ¡O, Amor dulcísimo de mi alma, centro de mi corazón, imán de mis afectos y única esperanza mía! ¿Cómo no dexas la cruz, ni permites que caiga ésta cayendo tú en tierra? Sin duda que es por enseñarnos, ¡o, sapientísimo Maestro!, cómo hemos de amar los trabajos y abrazar la cruz, que es la llave que abre el cielo. Yo alabo y saludo tu fortaleza infinita, ¡o, fortísimo Señor!, que padeciendo como verdadero hombre, les das a las penas infinito valor como verdadero Dios. Suplícote nos comuniqués tu fortaleza // [44] para vencer y resistir a la flaca naturaleza y a las tentaciones del enemigo. No nos dexes caer en ellas, ¡o, benignísimo Jesús!, sino haz que asidos de tu cruz caminemos siguiendo las huellas que estampaste con tu preciosa sangre, por el agudísimo dolor que sintió tu purísima Madre quando te encontró afrentado, desfallecido y derramando sangre entre el tropel de tantos enemigos que te atormentaban. Amén.

A SUS SANTÍSIMOS BRAZOS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Jesús mío, tus amabilísimos y regalados brazos, apretados, afligidos y lastimados con los cordes con que inhumanamente fueron aprisionados, oprimiendo tu santísimas manos hasta reventar en sangre, y con indecible dolor extendidos en la cruz, desuniendo tus sacratísimos huesos. ¡O, Amor suavísimo de mi alma! ¿Qué podré yo hacer en alabanza tuya? ¡O, si fuera capaz de desagaviarte!, saludo y reverencio, Dios mío, tu infinito poder, la unidad de tu esencia en trinidad de personas, y la unión de la naturaleza divina con la humana. El silencio humilde te confiese, Dueño y Señor mío, y alabe tu poder, que más y más manifiestas en tus dolorosas prisiones, entre las que pongo, ¡o, Amante divino!, todos nuestros corazones, deseando que los aprisiones con tu encendido amor.

[46] Suplícote, Señor omnipotente, nos comuniqués la unión de la caridad fraterna, para que todos nos amemos en ti y como tú quieres. Ata, Señor, nuestras manos para no obrar mal, y desátalas para el bien, por lo mucho que lastimaron y oprimieron el dulcísimo corazón de tu amantísima Madre tus rigorosísi // mas y muy crueles prisiones. Amén.

A SUS SANTÍSIMAS MANOS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, amado Dueño y Señor mío, tus delicadas y hermosas manos, inhumanamente traspasadas con duros y crueles clavos, brotando copiosas fuentes de sangre con que apagar la sed de tus siervos. ¡O, manos obradoras de maravillas! De estas, la que más ensalzo y engrandezco entre todas es la de que, poniendo tu eterno Padre en tus manos todas las cosas, las derramas y comunicas con inmensa liberalidad a tus criaturas. Por los taladros que en ellas hicieron los clavos, traspasa, ¡o, divino Bienhechor!, con ellos nuestros corazones, llagándonos con tus llagas y crucificándonos contigo. Yo adoro y saludo tu infinita liberalidad, ¡o, Dios difusivo y comunicativo!,
[47] que derramando tan fran // camente tus dones en tus criaturas, aún no se satisfizo tu amor hasta comunicar el insondable e inmenso mar de tu divinidad. Bendígante los cortesanos del cielo, y las criaturas todas te demos gracias alabando tu infinita liberalidad y magnificencia. Encomiéndote, ¡o, mi Dios benignísimo!, en la llaga de tu mano diestra, todas las almas que poseen el tesoro de tu gracia, y te suplico no permitas que la pierdan. ¡O, Bien mío!, primero perder mil vidas que tu amistad. Y por la llaga de tu mano siniestra te pido la conversión de todos los que están en pecado mortal. Ea, Señor, aquí de tu misericordia: dales luz para que conozcan su imponderable desdicha; haz que con verdadero dolor se vuelvan a ti, que tienes las manos abiertas en
[48] la cruz para franquearles el perdón. Así lo espero por el indeci //

[48] ble dolor que sintió tu afligida Madre al oír los golpes del martillo con que clavaron tus benditas manos. Amén.

A SU SANTÍSIMO PECHO

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Jesús amantísimo, tu noble y divino pecho, descanso, reposo y regalo de los justos, donde, como en el lecho florido, duermen el suavísimo sueño de la contemplación. Yo te doy infinitas gracias, porque acariciando blanda y dulcemente a tus amantes y castas vírgenes, escogiste para ti los tormentos y dolores, teniendo tu divino pecho lastimado, llagado y acardenalado. ¡O, Amador ardentísimo!, ensalzo y adoro tu ser divino y la bienaventuranza infinita con que te gozas y contemplas tus inmensas perfecciones. Gózome, Verbo divino, de que estés en el seno de tu eterno Padre como su amantísimo Hi // jo en quien tiene su complacencia. Encomiéndote, [49] dulcísimo Jesús mío, a todas las almas justas que se emplean en contemplarte; defiéndelas, Amado mío, de los lazos y astucias del enemigo: adórnalas con el hermoso atavío de las virtudes, y haz que crezcan más y más en el ejercicio de ellas, por el dolor que sintió tu santísima Madre al ver tu divino pecho tan maltratado y herido. Amén.

A SU SANTÍSIMO COSTADO ABIERTO

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, ¡o, amantísimo Jesús mío!, la sacratísima llaga de tu costado, rosa florida, fragante [*sic*] y hermosa, que en sí encierra¹⁷ la frescura y gracia de todas las flores: purísimo manantial de todos los bienes, puerta patente y entrada segura a tu suavísimo y amabilísimo corazón. Yo te adoro, Bien mío, en nombre de // todas las criaturas angélicas y humanas, y [50]

¹⁷ En el original se lee “enciera”.

engrandezco tu inmensa bondad, que tan liberal y copiosamente nos comunicas y manifiestas por la rotura de tu divino costado. Suplícote, por la preciosísima sangre y agua que brotó de esta fuente perenne de infinitos bienes, que todas las almas logren ser lavadas con las aguas del santo bautismo y blanqueadas sus estolas para conseguir el entrar por esta puerta, que nos abrió más el dardo de tu amor, que el hierro de la lanza, a gozar de tu vista clara en la posesión eterna de la gloria, por el agudísimo dolor que traspasó el sagrado corazón de tu santísima Madre quando vio partir tu divino pecho al inhumano rigor de una lanza. Amén.

A SU DULCÍSIMO CORAZÓN

- [51] Adoro, alabo, bendigo y glorifico, ¡o, suavísimo Jesús!, tu dulce, // amante y excelso corazón, arca de los tesoros divinos, retrete¹⁸ y centro de los amores, sagrada bodega de aromático vino que embriaga a tus amadores, jardín ameno de delicias, recreo apacible de las almas, asilo seguro de los pecadores, inmenso pié-lago de ardentísimo fuego, que ni la tempestad de trabajos, ni la tormenta de tribulaciones, ni el diluvio de injurias pudieron menoscabar un solo punto. ¡O, amantísimo y sagrado corazón de mi Jesús!, yo adoro el abismo infinito de caridad que en ti hace asiento, y por ti se nos comunica. ¡O, mi Redentor y único bien!, si veniste [sic] al mundo a derramar fuego de la fragua de tu divino corazón en los nuestros, y no quieres otra cosa sino que se enciendan, haz que ardan y se abrasen nuestras almas
- [52] en esa divina llama de amor. Y pues siendo tu corazón, // ¡o, Dueño amorosísimo de mi alma!, él lleno de todos los bienes, quisiste por nuestro amor tenerlo angustiado, entristecido y cercado de penas; ten por bien que nuestros corazones te hagan compañía en ellas. Yo te encomiendo, amado Bien mío, a todas

¹⁸ Retrete [de retratarse] s.m. Quarto pequeño en la casa o habitación, destinado para retratarse. *Diccionario de autoridades*, Madrid, 1737, p. 608.

tus esposas, para que hagan que no tengan otro empleo que estar embebidas y embriagadas en tu amor: enciérralas en tu divino corazón, y abrásalas con el incendio que en él arde. ¡O, quién pudiera, mi Dios y Señor, enamorarlas de ti, de suerte que solo en ti pensarán, de ti solo se acordaran, de ti solo hablarán, por ti solo obraran, y fuera de ti ninguna cosa amaran! Concédemelo, poderosísimo Señor, por tu infinita caridad, y por el ardentísimo fuego de amor que ardía en el tiernísimo, amante y dolorido corazón de tu santísima Madre, nues // tra señora, la Virgen María, [53] por cuyas misericordiosas manos te ofrezco mi corazón y todos quantos ha habido, hay y habrá hasta el fin del mundo, deseando que todos te sean amantes, fieles y agradecidos. Amén.

A SUS SANTÍSIMAS ESPALDAS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, dulcísimo Jesús mío, tus benditas espaldas, llagadas, descarnadas y destrozadas por nuestro amor, el que te obligó a cargar en ellas y recibir el castigo que merecían nuestros pecados, cuya correspondencia, ¡o, Amor amabilísimo!, ha sido en nosotros como de criaturas infieles e ingratas, pues hemos fabricado y prolongado nuestra iniquidad sobre tus divinas espaldas; y tú, Dueño y Señor amoroso, nos muestras por sus heridas y llagas las entrañas de tu inefable clemencia y piedad para que // nos acojamos a ella, y nos libremos [54] de la severidad de la divina justicia, que tan merecida tenemos. Yo la respeto y venero, y te suplico rendidamente te dignes de templarla a vista de tus llagas y dolores, por los cuales te pido nos des una verdadera contrición de nuestras culpas y un perfecto aborrecimiento de ellas. ¡O, Dios y Señor mío, cuánto me pesa haberte ofendido! Quisiera que mi corazón se deshiera de dolor, y que deshecho en infinitos pedazos, cada uno tuviera infinito dolor. Pésame, Señor, con todo mi corazón de todas mis culpas y de las de todo el mundo. ¡O, quién pudiera, Bien mío,

[55] borrarlas todas, y convertirlas en actos perfectísimos de amor tuyo, y de obras santas y agradables a tus ojos! Haz, Señor, que los nuestros se deshagan en llanto, y que no cesemos de // llorar la causa de tus penas. Yo te ofrezco mis espaldas, y quisiera, a ser posible, recibir en ellas todos los azotes que merezco. Encomiéndote las almas penitentes y arrepentidas; ayúdalas, Señor y Dueño mío, para que perseveren y no vuelvan atrás. También escondo en tus entrañas divinas a todas las criaturas pequeñas, para que en ellas se crién piadosas y amantes, y no vean los malos ejemplos de los mayores: lo qual te ruego por el increíble dolor que padeció tu afligidísima Madre quando te vio despedazado, desangrado y desmayado al cruelísimo rigor de los azotes. Amén.

A SUS SANTÍSIMAS RODILLAS

[56] Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Amado mío, tus divinas rodillas, que tantas veces hincaste en la tierra para orar a tu eterno Padre, y en las //caídas que diste en tu santísima pasión fueron lastimadas y llagadas. Yo saludo tus dolores y fatigas, ¡o, Amador fortísimo!, y engrandezco de tu divino ser el atributo de la inmutabilidad y serenidad. ¡O, excelsa y suprema Magestad!, concédenos, piadosísimo Señor, que nos mudemos de malos en buenos, que tengamos estabilidad y firmeza en la fe santa y en los buenos propósitos. Encomiéndote a todas las religiones, y te suplico, Dueño y Señor de las virtudes, que las conserves en aquella exacta observancia en que con tu espíritu las fundaron sus patriarcas: no caigan, Bien mío, de aquella hermosura y esplendor primitivo que tuvieron en sus principios, por las caídas que diste con la cruz, y levanta lo que en ellas hubiere caído, por medio de prelados santos y fervorosos, por el do // lor que sintió tu santísima Madre viéndote arrodillado y caído con el grave peso de la cruz. Amén.

A SUS SANTÍSIMOS PIES

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, mi Jesús deseadísimos, tus santísimos pies y todos los pasos que amorosamente diste en el curso de tu vida, en solicitud y busca de la oveja perdida, y siento en mi corazón el gravísimo dolor y tormento que en ellos padeciste cuando te los clavaron a golpes de martillo en el sacrosanto madero de la cruz, estirando con inhumana fuerza tu santísimo cuerpo, hasta desencaxar tus huesos. ¡O, pacientísimo y mansísimo Jesús!, yo te pido por la acerbidad de penas que toleraste en este martirio, que unas a la santa Iglesia a todos los que están fuera de su gremio. Convierte, Amado mío, a todos los in // [58] fieles y hereges, y haz que te conozcan y se dexen hallar de tu amoroso cuidado, para cuyo fin, confiadamente postrado a tus divinos pies, espero me concedas la merced de que tu amorosa providencia envíe a todas las partes del mundo, en que reyna la infidelidad y heregía, zelosos varones apostólicos que promulguen la doctrina de tu santo Evangelio, y seas de todos los hombres venerado, conocido y adorado. ¡O, Dios mío!, puesto que con tu inmensidad, cuyo soberano atributo saludo rendidamente, lo llenas todo, no permitas que haya lugar en que esté desconocido tu amabilísimo nombre: dilátalo, Señor, dilátalo; y pues tú mismo nos enseñas el camino que hemos de seguir, te suplico nos asistas y nos guíes por las sendas que nos dexaste señaladas para conducirnos a gozar de // [59] tu hermosa vista, mediante la intercesión poderosa de tu santísima madre María, señora nuestra, y por el amargo dolor que sintió al ver tu sacratísimo cuerpo estirado, desunido y pendiente con los clavos en la cruz. Amén.

A SU SANTÍSIMA SANGRE Y LÁGRIMAS

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Dueño amorosísimo de mi alma, tu preciosísima sangre, mar roxo en que ahogaste a todos

nuestros enemigos; precio que diste por nuestro rescate; lavatorio que quita nuestras manchas; bebida que satisface; rocío que apaga los vicios y fecunda las almas de virtudes. ¡O, sangre de mi Redentor, de precio y valor infinito, derramada y conculcada por nuestro amor! ¡O, dolor! Yo te adoro, alabo y venero con todos [60] los afectos de mi alma, // [60] que quisiera fueran infinitos, y que cada uno valiera por infinitos coros de serafines para amar, engrandecer, ensalzar y agradecer el infinito mar de tus misericordias. ¡O, Dios y Hombre verdadero!, ¡cómo resplandece tu bondad en esta sangre derramada con tantos dolores y afrentas, y en las lágrimas que virtieron *[sic]* tus ojos piadosísimos para nuestro remedio! Padre eterno, que llegaron a ti los clamores de la sangre de Abel, para vengarla, oye los que da la de tu Hijo benditísimo para nuestra salud y remedio. Modera, Señor, los rigores de tu justicia, pues tan superabundantemente la ha satisfecho tu misericordia con el tesoro de la sangre de nuestro Salvador. Y pues tanto pueden para con tu piedad las lágrimas, por las [61] de tu mismo Hijo te pido que todas las almas merezcan // [61] ser lavadas con su preciosa sangre, para que todas se salven, pues por todas se derramó, intercediendo para ello María santísima, señora nuestra, por los dolores que padeció al ver derramarla con tanta ignominia y a costa de tantos tormentos. Amén.

A SU MUERTE SANTÍSIMA

Adoro, alabo, bendigo y glorifico, Esposo florido de las almas, las angustias, congojas y agonías que padeciste, y tu muerte tan amarga y dolorosa. ¡O, muerte que a la misma muerte venciste para darnos vida! ¡O, muerto mío, muerto de amor!, mátenos tu amor. Tu muerte sea penetrante saeta que a todos nos hiera y traspase de amor y dolor. Cordero inocentísimo, sacrificado con el incendio de tu amor por nuestra salud y remedio. Cor- [62] dero mansísimo que quitas // [62] los pecados del mundo, y que

hiciste paces entre Dios y los hombres, haz que la memoria de tu pasión y muerte se fixe en nuestras almas y corazones para remedio de todos nuestros males. Mueran con esa saludable medicina nuestros vicios: desarráigüense las pasiones, y florezcan las virtudes, en imitación de las tuyas, para que podamos gozar el soberano atributo de tu divina inmortalidad. ¡O, Rey de todos los siglos! Vida eterna sin principio ni fin; vida bienaventurada, gloriosa y llena de infinitos bienes. ¡O, Señor!, pues tu amor te obligó a humanarte y a hacerte pasible y mortal para darnos vida eterna, concédenos que nuestras culpas no nos priven de tan inefable bien, por el acerbísimo dolor que sintió tu tristísima y affigidísima Madre quando te vio espirar // entre tantas angustias, congojas y penas. Amén. [63]

OFRECIMIENTO

Ofrézcote, ¡o, Padre eterno!, la inmaculada hostia y más agradable sacrificio, a tu unigénito Hijo y redentor nuestro, Jesucristo, llagado, herido y muerto. Ofrézcote sus sacratísimos miembros, con todo lo que en ellos padeció, y la ardentísima caridad y fervoroso amor con que lo hizo por tu honra y gloria, y nuestro remedio. Aplácate, Señor, con el sacrificio de este mansísimo cordero, y con él recibe nuestras almas, corazones y afectos, y este ejercicio, que te ofrezco en unión de su dolorosa y amarga pasión y merecimientos infinitos; el que quisiera haber hecho con pura intención y encendido amor, a // gloria eterna y alabanza de tu santísimo nombre. Dame, ¡o, Padre amantísimo!, por el suave, tierno y llagado corazón de tu amado Hijo, y por las angustias que sintió en el suyo su dolorosísima Madre, mi señora la Virgen María, que mis pensamientos siempre estén teñidos con la preciosa sangre de mi Redentor, con la continua memoria de su pasión santísima, la que te pido me embebas en mi alma y corazón, de tal manera que incesantemente me esté movien- [64]

do a dolorosa compasión, agradecimiento y amor, para que así merezca vivir y morir crucificado con tu mismo Hijo santísimo Jesucristo, que contigo y el Espíritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amén. //

[65] DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA,
EN HONRA DE SU PURÍSIMA LECHE

- Esta devoción no es tan nueva en el mundo, que hayan dexado de gustar su suavidad y dulzura las almas; pues consta de muchas vidas de santos, de historias y exemplos, que la serenísima Reyna de los ángeles y piadosa Madre de los hombres les ha dado a gustar el néctar suavísimo de sus soberanos pechos, llenándolas
- [66] de las delicias de su leche // virginal; pero como María santísima sea común Madre de justos y pecadores, le daremos gusto en llegarnos todos para lograr la dicha de ser sus hijos, y por eso se convida aquí a todos en esta devoción, a que gusten del suave licor de la leche de los pechos sacratísimos de María santísima, amabilísima Madre, que tanto se precia de serlo, y de favorecer-nos. Y aun parece que quando sustentaba con su purísima leche a su hijo Jesús, infante tierno, le daba un solo pecho, y reservaba el otro para sus hijos adoptivos, pues dice la santa Iglesia: “*Regem angelorum sola Virgo lactabat ubere de caelo pleno*”.¹⁹ Con que nos debemos animar para acercarnos a nuestra dulce Madre, y como hijos necesitados pedirle nos alimento con su leche purísima. Sa-
- [67] bido y experi // mentado es que los niños sacan las propiedades y condiciones de sus madres o amas que los crían; por eso son tan alabadas las madres que no les niegan a sus hijos el criarlos a sus pechos, porque es rigor negar este amoroso regalo a que tienen tanto derecho los hijos. Siendo María santísima Madre tan

¹⁹ “La reina virgen amamantaba a los ángeles del cielo entero”, fragmento de la obra *Nesciens Mater*, motete compuesto por Jean Mouton entre finales del siglo XV y principios del XVI. En *The Oxford Companion to Music*, s.a.

amorosa, y conociendo la necesidad tan grande que tienen sus hijos de fortalecerse con su santísima leche, ¿cómo les negará este beneficio? Mucho gusto le daremos en pedirselo, como también disgusto los que, por no conocer sus entrañas piadosas, no osan llegarse a este regalo de su materno seno y pechos virginales, privándose de grandes bienes. Los que humildes se llegan, salen con las propiedades de tan soberana Madre, mansos, humildes, // piadosos, amantes de Dios y de los próximos. ¡O, y cómo debiéramos poner grandísima diligencia en ser devotísimos de los purísimos pechos de nuestra santísima madre María, para parecernos a tan gran Madre! Gustando sus castísimos pechos, nos sucederá lo que a san Bernardo, que quedó tan dulce y manso, como hijo de la leche de tan amable Madre. Hermosos son tus pechos como el vino, le dice el celestial Esposo en los *Cantares*, y aunque parece que el vino no dice con la mansedumbre, pero si miramos el significado, hallaremos en el vino simbolizado el amor, y donde hay amor hay mansedumbre; pues como María santísima toda es amor para con sus hijos, así justos como pecadores, porque a todos los ama con entrañas muy piadosas, se ve claro // quán bien le viene el elogio del divino Esposo. ¡O, [68]

y quán patente es a todos!, pues por malo que sea el hijo, no lo desecha ni se muestra airada con él; antes lo mira con más compasión, aplaca a su santísimo Hijo y le solicita el remedio, como Madre de pecadores. No malogremos esta ocasión, valgámonos de tan benigna Madre, procuremos su favor y amparo por medio de la devoción a sus castísimos pechos, e imploremos su clemencia y patrocinio; pues aunque la Iglesia santa está llena de devociones a esta gran Reyna, y la invoca con innumerables advocaciones, pero esta de la leche santísima es muy tierna, y la ha de obligar mucho a favorecernos, dándonos a gustar de sus soberanos pechos la fortaleza y aliento para emprender el servicio de Dios // nuestro señor. Bendita y alabada sea tan dulce [69]

Madre de todas las criaturas. [70]

ACTO DE CONTRICIÓN

[71] ¡O, dulcísimo Jesús!, esperanza, refugio y salud de mi alma, a mí me pesa entrañablemente de todo mi corazón haberte ofendido, y quisiera que el dolor que han tenido todos los verdaderamente arrepentidos se juntara en mi alma para dolerme de mis pecados, y que mis entrañas y huesos se deshicieran de pena y sentimiento. Recibe, amoroso Dueño mío, este mi deseo, por la preciosa carne que tomaste de la siempre Virgen María, y por sus sacratísimos pechos que te alimentaron y nutrieron; por los que te suplico que antes que mi alma se aparte de mi cuerpo, consiga // de tu misericordia infinita un [*sic*] verdadera contrición, y tal dolor de mis pecados, que el corazón se me parta. Amén.

ORACIÓN A NUESTRA SEÑORA

[72] Dios te salve siempre Virgen María, azucena candidísima, rosa fragante y hermosísima, llena de gracias, clara luz que destierra nuestras tinieblas, inmaculada Madre de Dios. Dios te salve paraíso de la Santísima Trinidad, escogida singularmente para que de tus purísimas entrañas naciera Jesucristo, Rey de los cielos, y fuera con tu leche purísima nutrido y alimentado. Ruégote, ¡o, Virgen admirable y fecundísima!, con la mayor devoción que puedo, apacientes mi alma con tu leche santísima, y me limpies y purifiques de // los re[sa]bios de la culpa de Adán, de tal manera que pueda merecer el título de hijo tuyo y hermano²⁰ de leche de Jesús, tu santísimo hijo, por quien te pido esfuerces mi flaqueza y afervorices mi tibieza, para que en adelante mi corazón sea lleno de los celestiales bienes que comunican esas amabilísimas fuentes de tus castísimos pechos, más dulces que la pura miel, y más sabrosas que el milagroso maná. ¡O, María, madre piadosísima!, ayúdame, y quando salga de este destierro sienta

²⁰ En el original, las palabras *hijo* y *hermano* están escritas en masculino.

mi alma el consuelo de tu amparo y socorro, para que consiga el verte en la gloria, y alabarte eternamente. Amén.

CONSIDERACIÓN

Considera los gozos y júbilos que tendría María santísima, señora // nuestra, quando ministraba su leche suavísima a su dulce niño Jesús, su santísimo hijo y nuestro hermano. ¡Cómo le daría su corazón destilado por sus sagrados pechos! ¡Qué afectos tan tiernos serían los suyos, tan ardientes y encendidos! ¡O, leche de María purísima, tan cándida y encendida de amor! ¡O, manantiales de dulzura, suavidad y pureza! Llégate alma, llégate a Jesús, y pídele una gota de este néctar regaladísimo: pídele a su Madre sacratísima se digne rociarte con su divina leche para que así quedés más fecunda en las virtudes que los campos para los frutos con el que beben de la aurora. ¡O, María santísima! No me niegues, Señora, mi petición, mira mi necesidad: dame a gustar tu virginal leche pura que engendre en mi alma su // [74] pureza, amor, humildad y mansedumbre; dame que, gustando esa suavidad, guste también el manjar de la sagrada pasión y muerte de tu Hijo benditísimo, porque sin duda la recibiré en esa suave y amorosa bebida de tu leche santísima, pues así como tú, Madre piadosa, la tenías tan entrañada en tu corazón compasivo, no puedes dexar de comunicárnosla en ese licor soberano. Considera también que, si anhelas a ser hija de leche de María santísima, como lo eres de sus dolores y lágrimas, debes, ¡o, alma!, proceder como hija de tal Madre, sentir, amar y acompañar a su Hijo sacratísimo, imitándole en su vida santísima. Esto es con lo que mejor la puedes obligar para que te admita por su hija adoptiva. //

- [75] *SE REZAN DOS SALVES A LOS SACRATÍSIMOS PECHOS DE MARÍA SANTÍSIMA, Y LUEGO LA SIGUIENTE ORACIÓN.*

¡O, Virgen sacratísima!, dignísima Madre de Dios y amantísima de los pecadores que se acogen a tu amparo: con todo el afecto de mi alma, y gran confianza en tu maternal amor, vengo a ti, refugio, aliento y consuelo de los desvalidos, para que como Madre piadosa repares mi flaqueza, y me sustentas con la leche de tus melifluos pechos. No desprecies, Madre mía, mi petición: acuérdate, Señora benignísima, que tu santísimo Hijo nos dio su preciosísima sangre y agua que guardaba en su sagrado encendido corazón, formado // en tu vientre virginal por obra del Espíritu Santo. Las misericordias de Jesús te pongo delante para mover tu piadosísimo corazón a que no permitas que yo las malogre, lo que espero conseguir si me dispones con ese deliciosísimo licor de tu santísima leche. Rocía, Madre mía purísima, a todas las almas con ella, y haz que cada gota sea una centella de fuego que las abrace en el amor de Jesús, y las encienda en tu verdadera devoción, por la que todos logremos la felicidad de alabarte eternamente en la gloria. Amén. //

- [77] *EXERCICIOS DE TRES DÍAS QUE HACEN LAS REVERENDAS MADRES EN SU CONVENTO DE SANTA ROSA DE SANTA MARÍA. EMPIEZAN LOS JUEVES A LAS TRES DE LA TARDE, Y LOS ACABAN DOMINGO A LAS OCHO DE LA MAÑANA.*

Tomada la bendición de la prelada la religiosa que los tiene, y cubierto el rostro con el velo, pide la bendición al divinísimo Señor sacramentado y a la santísima Virgen, uniéndose con la soberana Señora, y pidiéndole le ayude y favorezca para poder imitar a su Magestad, y que le alcance de su santísimo Hijo luz

y gracia para acompañarle en su amar // ga y dolorosa pasión, y [78]
a la misma Reyna y Señora en sus dolores. Luego se retira, sin
dexar la asistencia a todos los actos de comunidad.

A DICHA HORA DE LAS TRES

Se hace el alma presente a la tierna y dolorosa despedida de Hijo
y Madre, pensando asimismo que ella fue causa de aquellas pe-
nas, y ofreciéndose humildemente a acompañar a ambas mages-
tades, con grandes afectos y deseos de estampar en sí misma la
pasión de su Amado, y despidiendo de sí todo quanto pueda im-
pedirle la más perfecta imitación, gastará hasta las quatro en esta
oración. Luego, leerá en algún libro que trate de la Pasión, y ad-
vierta la que en estos ejercicios estuviere, que en toda ocupación
de lección, rezo, u otro ejercicio que hiciere, no ha de apartar de
la vista de // su alma la pasión de su Amado, acompañándole en [79]
todos los pasos de ella.

DE QUATRO A SEIS

Después de un rato de lección prosigue el alma acompañando a
su Amado por el camino de Betania hasta la casa del Cenáculo,²¹
mirando atenta la priesa con que caminaba, y más en los deseos
de padecer y morir por sus criaturas. Cómo estaría su divino co-
razón abrasado en divinos incendios, derramando llamas por sus
dulcísimas palabras que decía a sus discípulos. Aquí se ofrece el
alma para ser su discípula, y aprender en aquella escuela de amor,

²¹ Cenáculo. Del lat. *Cenaculum* 'cenador'. 1. m. Rel. Sala en que Jesucristo celebró la última cena. 2. m. Reunión poco numerosa de personas unidas por vínculos ideológicos o profesionales, generalmente de escritores y artistas. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=cen%C3%A1culo>>, consultado el 3 de octubre de 2017.

[80] procurando corresponder a tan ardiente caridad, con abrasarse en amores de su Dueño, viendo que un señor de infinita grandeza y magestad, con tan ardiente amor se va a entregar a // tantos tormentos, y a la misma muerte por su bien [de sus discípulos].

A LAS SEIS

A esta hora se hará presente el alma a la cena legal, o viendo a nuestro amorosísimo Dueño recostado con sus discípulos para comer el cordero pasqual, y dar fin a las ceremonias antiguas, cómo su Magestad divina completó y llenó la ley que había dado a Moysés. Aquí ha de ejercitarse el alma con grandes deseos y propósitos de cumplir perfectamente la ley evangélica, y animarse a no omitir de ella cosa alguna. Contemplará el alma los afectos que causaría en el dulce Jesús la vista de aquel cordero, que figuraba lo que su Magestad iba a executar: está muerto, desollado y asado, aunque entero. ¡O, Bien mío!, ahí tienes a la vista to
[81] // dos tus tormentos: a ti te quitarán la piel, destrozarán tu santísima humanidad, derramarán tu sangre preciosa, y te quitarán la vida tantas penas y tormentos quantos estás deseando padecer: con tal fuego de amor por tus criaturas imitas muy abrasado al cordero. Parece, mi Bien, que no quisiste se quebrantaran los huesos de aquel cordero figurativo, sí que permanecieran enteros para darnos a entender que tu amor siempre permaneció y se mantuvo entero entre tantos tormentos y fatigas hasta el fin de tu vida, en que manifestaste la sed que de más padecer tenías; y aún después de muerto, dispusistes [*sic*] padecer, dexándote abrir el pecho, y partir tu amante corazón. ¡O, infinito Amor! ¡O, quién te correspondiera! ¡O, si en tu pasión y muerte te siguiera, y la vida de puro amor perdiera! //

*ESTAS MEDITACIONES PUEDEN DURAR HASTA
LAS SIETE*

[82]

Esta hora sigue el alma a su Amado, mirando atentamente aquel acto de las más profunda humildad que se pueda imaginar: la magestad de Jesucristo señor nuestro arrodillado a los pies de sus discípulos, lavándoselos con sus sacratísimas manos, con asombro de los cielos y espanto de la tierra. ¡O, Dios y Hombre, Señor de las virtudes, cómo me haces conocer cuán grande es mi soberbia, pues para curármela tanto te humillas, para enseñarme tanto te abates! ¡O, Ánima mía, qué lugar eligieras para ver a tus ojos este exemplar de humildad! Arrójate a los abismos, y de lo más profundo de ellos mira a tanto la humildad de Jesús, que se po // ne de rodillas ante el pésimo de Judas y lavándole los inmundísimos pies le ofrece su amistad y el reyno de los cielos, siendo su mayor enemigo. ¡O, cuánto tienes en esta escuela que aprender!, mira en qué puedes imitar a tu Amado, y veras qué confundida quedas, porque no hallarás en él acto alguno de humildad, que no sea muy alto y levantado, y así deshácete en profundo conocimiento de tu nada y suma miseria: pídele humildad al Maestro de ella, y procura que caiga sobre ti una de sus preciosas lágrimas que derramaban sus piadosos y divinos ojos, para ser lavada y limpia de toda mancha.

[83]

*SÍGUESE LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO HASTA
LAS OCHO*

Se hará el alma presente a este soberano misterio, llena de fervores, afectos y deseos de participar de tan ad // mirable sacramento, atendiendo a que en esta ocasión manifestó el dulce Amado el incomparable volcán de los incendios de su enamorado corazón, y echó el resto de sus finezas, y esto en ocasión que todos le perseguían, y deseaban acabar con su Magestad santísima. ¡O,

[84]

Amor inmenso de nuestro gran Dios y Señor! ¿Qué harás alma mía a vista de estas maravillas y finezas de amor de tu Amado? Prepárate con humildad, reverencia, dolor de tus culpas y amor, y recíbele espiritualmente como si le recibieras de su mano, y dale agradecida muchas gracias; pídele que, como te ha hecho participante de su sagrado cuerpo, te haga también participante de su sagrada pasión, y te lleve en su compañía. Pídeselo también a la santísima Virgen María, y acompáñala en sus dolores,

[85] que ya desde esta // hora, en que segunda vez se despidió de su santísimo Hijo para entrar en el conflicto de la Pasión, estuvo ahogándose en un mar de amarguras y dolor.

A LAS OCHO

A esta hora sigue el alma a su Amado al huerto de las olivas, a llorar las agonías y congojas que allí por tres horas padeció, y le acompaña en ellas hasta las once. ¡O, alma mía, si tuvieras entendimiento para entender y penetrar la oración tan prolija que hizo tu Señor y Dueño! ¡Cómo se entregó a un puro padecer, sin ningún alivio!, por eso rogó a su Padre eterno suspendiera el que le pudiera redundar a su sacratísima humanidad de la gloria de su alma santísima, y sólo para más padecer le ayudó la Divinidad, fortaleciendo a la

[86] humanidad para no morir con la fuerza de los // tormentos hasta la hora determinada por su voluntad santísima.

En estas tres horas se medita la tristeza que luego empezó a sentir su Magestad, y cómo se quejó de ella, porque procedía no sólo de tener presentes sus dolores, sino la causa de ellos, que era todos los pecados del mundo; y apartado de sus discípulos como un tiro de piedra, a solas, se postró sobre la tierra el que es la Gloria del cielo, y lleno de indecibles angustias comenzó a orar a su eterno Padre; y apretado y cercado por todas partes de inexplicables congojas, prorumpió [sic] diciendo: “Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz; pero no se haga como yo quiero, sino como tú”,

dándonos lecciones de cómo nos hemos de portar en todo lo que se nos ofrezca que padecer, con una total indiferencia, dexándonos a la voluntad de Dios, y que en todos nuestros trabajos ocurramos a la oración. Aquí ha de desear el alma acompañar a su Dueño atribulado y afligido, queriendo pasar a sí misma todo el mar de penas que ve en su Amado divino; y el mejor modo de aliviarle es ofrecerse con entero corazón a seguirle y servirle, para que en ella se logren sus trabajos, y pedir la salvación de todas las almas, presentando al eterno Padre las congojas de su Hijo santísimo, y su gran padecer, porque todas logren la redención, y sean frutos de tan amarga pasión; pues las penas de Jesús no eran tanto por los tormentos, afrentas, vergüenzas y muerte, quanto porque no se había de lograr en todas su acerba pasión; y parece buscaba en los mismos hombres el alivio, pues dexando el lugar de la oración iba a alentar, despertar [*sic*] y animar a sus discípulos para que oraran y no entraran en tentación. ¡O, infinito amor! ¡O, fuego de ardentísima caridad! Advierta aquí el alma, que este fuego divino le hizo sudar el precioso bálsamo de su sangre, no aguardando a que se la sacara la crueldad inhumana de sus enemigos, sino lo activo de su amor, para sanarnos de las llagas de la culpa. ¡O, alma mía!, báñate en este licor divino, y baña con él a todas las almas: ponlas y ponte en esa feliz y dichosa cruz, para que lluevan esas apresuradas gotas, para que ese precioso rocío, infinitamente mejor que el maná, nos sustente y fructifique en nuestras almas todas las virtudes.

A LAS ONCE CEÑIRSE UNA CADENA, SOGA O CILICIO,
EN MEMORIA DE LAS PRISIONES DE NUESTRO AMADO DUEÑO. // [89]

A esta hora meditar un rato sobre el prendimiento, mirando el alma atentamente a su divino Dueño cómo, levantándose de la oración, iba en busca de sus discípulos, y hallándolos dormidos los reprehende blanda y amorosamente, y con ellos sale al

- encuentro a sus enemigos, saludando en su amante corazón a los tormentos, penas y trabajos; no espera su amor a que lo busquen, sino que sale a recibirlos; este sí que es amor y fineza de verdadero amante. Cómo recibe al traydor Judas como amigo, y se dexa oscular de aquella sacrílega boca, preguntando con esforzado ánimo a los soldados que ¿a quién buscaban? Respondieron ellos: “A Jesús Nazareno”. Entonces, con invencible fortaleza, les dixo: “Yo soy”; y a la virtud de esta imperiosa voz los arrojó al suelo como muertos. Aquí ha // de considerar el alma cuánto hizo el Señor para que viéramos y nos constara quán de su voluntad se entregaba su Magestad divina en manos de los pecadores, pues con solo una palabra los aterró y dexó como muertos; y después con dulcísima mansedumbre los levantó para que executaran en su sacrosanta persona todo lo que disponía su amor padecer, y así les dio licencia para que le aprisionaran, como lo hicieron con inhumana crueldad y fiereza. ¡O, qué dolor ver al Señor y Criador de todo, ligado, encadenado, arrastrado, pisado y maltratado, llenándole de blasfemias, injurias y oprobios! Con esta dolorosísima meditación se recogerá a dormir, sintiendo el no poder por la miseria humana velar toda la noche acompañando a su Señor en tantos tormentos. Y se advierte, que si hay alguna falta de salud, se adelantan o abrevian estas meditaciones para recogerse más temprano.
- [90]
- [91]

VIERNES A LAS QUATRO DE LA MAÑANA

Levantarse, y si la salud lo permitiere, ceñirse algunos cilicios; se ayuna, y con fervoroso amor y afectos volver a la meditación, considerando cómo llevaron a su Amado con tantas irreverencias, afrentas, fatiga y priesa, a la presencia de Anás; los falsos testimonios que le levantaron en aquel iniquo tribunal, y la paciencia con que sufrió la suprema Magestad que aquel malvado sacerdote le examinara su santísima doctrina y discípulos; cómo

volvió el Señor por su doctrina, porque era de su eterno Padre, y la desmedida afrenta que recibió por la mansa y humilde respuesta que dio, dán // dole aquel ingrato y cruel ministro una bofetada en su divino y hermoso rostro, con la que le dexó muy lastimado y afeado, y fue causa de que después le dieran tantas. Aquí se dan algunas bofetadas, y sigue el alma a su Dios y Señor a la casa de Caifás, adonde le ve padecer nuevas afrentas, pues le acusan con gran vocería, y renuevan los testimonios; y lo que más es, que el pontífice le conjura por Dios vivo a que diga si es el mesías verdadero, no debiendo hacer este examen en aquella forma, pues en duda de si lo era le tiene preso y maniatado en su presencia; pero el mansísimo Cordero, reverenciando el nombre de Dios, le respondió la verdad, de que su Magestad era, y que vendría en las nubes del cielo el día del juicio. Y en lugar de creer esta verdad, levantándose rasga sus ves // tidos en señal de que le duele el oírlo, siendo él el blasfemo y sacrílego, provocando a aquella vil canalla a que descargara su furor en el divino Cordero; y fue tanto lo que le injuriaron y maltrataron, que le hubieran dado la muerte si el mismo Caifás no los hubiera contenido. ¡O, dulcísimo Jesús! ¡O, Verdad eterna! Tanto, Señor, te ha costado confesar la verdad, tantos tormentos, golpes, desprecios y afrentas. ¡O, Bien mío!, imprime en mi corazón tus verdades eternas, y concédeme vivir conforme a ellas. Mas siendo tantas y tan desmedidas las congojas del Señor en esta ocasión, le fue más doloroso la negación de san Pedro, y verse abandonado de sus discípulos, que todos le dexaron solo, y se veía por todas partes desamparado, afligido, atormentado, negado, herido, afrentado, y de // todas sus criaturas desconocido. Acompaña, alma mía, a tu Dios y Señor: confiésale, adórale y duélete de verle en tanto padecer; únete con María santísima, que desde su retiro miraba con incomparable dolor y amargura lo que pasaba por su Hijo santísimo. Mira cómo le llevan a aquel inmundo aposentillo y cárcel horrorosa, y le ligan y atan con impía crueldad y descomedimiento, padeciendo muy gran martirio en tan asqueroso lugar,

mientras ellos se van a dormir y [a] descansar.

A las cinco

- [95] Considerar cómo van los sayones a sacar atropelladamente a su divina Magestad, y le suben al concilio de la maldad, en que se juntaron para tratar la muerte de él que es de todos vida. Allí le vuelven a examinar si era hijo de Dios; y como su Magestad // confesó la verdad, de que lo era, todos a una voz le reputaron por reo de muerte; y para que se executara, le remiten al brazo secular. ¡O, alma!, mira cómo sale tu Querido, el Amado de tu corazón, tan desfigurado por los trabajos que pasó aquella penosa noche, lleno de prisiones, goteando viva sangre entre las uñas de las manos por el rigor con que las apretaron, rodeado de la tropa de sus enemigos, que le injuriaba y maltrataba. Así salió el Rey de cielos y tierra a vista de innumerable pueblo que había concurrido a la novedad; así caminaba Jesús a la casa de Pilatos, y en el camino se encontró con su dolorosa y afligida Madre, que dexando su retiro salió a seguir a su querido Hijo muy de cerca, para beber a mares [96] los dolores a vista de sus tormentos, y con la vista de // tan lastimoso espectáculo quedó traspasada de incomparable dolor.

A LAS SEIS

A esta hora llegó el inocentísimo Jesús a la presencia de Pilatos, donde le acusaron porfiadamente, renovando los falsos testimonios; no hallando el presidente en ellos causa alguna de muerte, y viendo tan empeñados a los judíos para quitarle la vida, deseoso de librarse de todo, remitió al inocente preso al rey Herodes.

Llegó la suprema Magestad al tribunal de la maldad, y el tirano rey deseando que el soberano Señor hiciera alguna de las maravillas que había oído hacía su Magestad, porque le tenía por profeta, le hizo muchas preguntas; pero no mereció oír la voz del Señor, porque se la había quitado en su precursor san Juan,

y así le cas // tigo con su silencio, de que avergonzado el iniquo rey despreció a su Magestad santísima, reputándole por loco y simple lo volvió a Pilatos; y para lisonjear los soldados a su rey, le vistieron [a Jesús] la vestidura blanca, que señalaba a los fatuos. ¡Pero, o, juicios incomprensibles de Dios!, esta vestidura en nuestro divino Dueño fue para denotar su inocencia, aunque sus enemigos lo hicieron por irrisión y burla. [97]

Volvió el inocente Cordero a casa del presidente, acompañándole su beatísima Madre con indecible dolor, el que crecía viendo que la multitud del pueblo atropellaba a su amado Hijo, pasando todos sobre su sagrada persona, y que le oprimían hasta reventarle las venas, de donde derramaba mucha sangre. Así, volvió Jesús por segunda vez a la casa de Pilatos, burlado, ensangrenta // do, afligido y despreciado; y creciendo el clamor de sus enemigos pidiendo su muerte a Pilatos, conociendo éste la inocencia del Señor en sus exámenes, procuró darle por libre, sobre que tuvo muchas demandas con los judíos, y viendo el encono y rabia que tenían contra el manso Cordero, solo por aplacarlos le mandó azotar. ¡O, cruelísima inhumanidad! [98]

A LAS SIETE

A esta hora baxaron a Cristo señor nuestro, Rey de reyes y Señor de todo lo criado; y en el patio de Pilatos, a vista de todo el pueblo, le desnudaron de sus vestiduras con impísima [*sic*] crueldad, le ataron a una columna, y deshicieron aquellas santísimas, purísimas y delicadas carnes al rigor de los azotes, por mano de seis crueles verdugos, con fieros instrumentos, derraman // do su preciosa sangre con abundancia, hasta rebalsarse,²² [99]

²² Rebalsarse: rebosarse, de rebosar. Del lat. *Reversāre*, ‘retornar’, ‘volver’. 1. intr. Dicho de una materia líquida: Derramarse por encima de los bordes del recipiente que la contiene. *El agua del vaso rebosaba*. U. t. c. prnl. [...]. En DLE, en <<http://dle.rae.es/?id=VKqiyMX>>, consultado el 3 de octubre de 2017.

derribando porciones de carne al suelo, descubriendo sus huesos y viéndose por entre las llagas latir las entrañas ¡O, qué asombro! ¡Qué dolor! ¡Que esta maldad tan fiera y cruel se execute con la suma santidad, suprema y divina Magestad! ¡O, alma!, ¿qué haces a vista de tanto dolor, afrenta y vergüenza de tu Dios, tu padre y esposo carísimo? Mira también, para aumentar tu compasión y dolor, el de la Madre amantísima; y si tu atormentado Dueño llegó tres veces al tránsito de la muerte en el martirio de los azotes, también la dolorosa Madre hubiera rendido la vida a la fuerza del dolor si no la hubiera confortado el mismo Señor. Aquí se toma la disciplina para acompañar en algo a Nuestro Señor, desfallecido, desangrado y caído en el suelo // sin aliento, entre su propia sangre.

EN ESTA MEDITACIÓN SE MANTIENE HASTA LAS NUEVE

A esta hora acompaña el alma a su Dios en el amargo y doloroso paso de la coronación de espinas, viendo cómo cruelísimamente se la fixan en su sacrosanta cabeza, taladrándola con sus aceradas puntas, bañando su divino rostro en sangre; y luego vistiendo a su Magestad de rey fingido, le sientan en una piedra, y burlándose de su soberanía le dan falsas adoraciones a él que es Dios verdadero y Rey supremo de los cielos y la tierra; y para más afrentar a tan excelsa Magestad, le daban bofetadas y escupían aquel divino rostro, y con la vil caña, que por cetro le pusieron en sus reales y santísimas manos, le herían con rigor su lastimada cabeza.

[101] Aquí el alma postrada a sus pies // santísimos, llena de amor, compasión y dolor, le ha de adorar en nombre de todas las criaturas angélicas y humanas, dándole más profunda reverencia, honra y gloria, quanto más humillado y despreciado ve a su Dios y Señor. Dese algunas bofetadas, y póngase una corona de espinas.

Luego, se considera cómo Pilatos, para aplacar el odio mortal de sus enemigos, así lastimado, despedazado, lleno de sangre y

con tan lamentable figura, le mostró al pueblo diciendo: “Este es el hombre: *Ecce Homo*”, porque no lo parecía; pero en lugar de lastimarse de un tan doloroso espectáculo, aquellos encarnizados y sangrientos lobos, que ansiaban por su muerte, a vista del mismo Señor pedían a grandes voces al presidente lo condenara a ella; y como indignados de su vista le dicen que les // [102] quite de allí al Señor del cielo y tierra; y porfiando Pilatos con ellos para que se contentaran con los castigos que al immaculado Cordero le había hecho, proponiéndoles que pues se había de soltar un preso en aquella pasqua, fuera Jesús Nazareno, y que daría la sentencia para el insigne malhechor Barrabás; pero ellos, llenos de rabia, con gran vocería pidieron que Jesús muriera y Barrabás viviera. Considera que todo esto pasó a vista de su afligida Madre, y lo que pasaría en su amante corazón. [102]

A LAS DIEZ

Se considera cómo fue sentenciado a muerte el que es Dueño de la vida de todos, y cómo se publicó a voz de pregonero y son de trompeta, traspasando y dividiendo de dolor el tierno corazón de la santísima Virgen la iniqua sentencia que se dio contra el Juez // [103] de vivos y muertos, y la algazara con que la celebraron sus enemigos. Aquí reconoce el alma cómo su amantísimo Redentor recibió en sí la sentencia que ella merecía, y admite la muerte por darle vida. Con íntimo dolor de sus pecados, recompensa con amor y alabanzas a su Amado aquesta afrenta que le hizo sufrir el ambicioso juez. [103]

Se contempla cómo sale el divino Señor sentenciado, vestido con sus vestiduras para que fuera conocido del pueblo, su hermosísimo rostro sumamente desfigurado, lleno de cardenales, sangre e inmundísimas salivas, tan desfallecido de los tormentos, que con dificultad se movía, cargado con el pesado madero de la santa cruz, ahogándolo la sogas y cadena que llevaba al cuello.

[104] ¡O, qué dolor! Así apareció el Hermoso entre los hijos de los hombres, el que es res // plandor del Padre e imagen suya, y así caminó entre fieras venenosas por las calles públicas de Jerusalén, afrentada su divina persona con todo género de injurias, blasfemias y agravios.

Aquí se toma una cruz para seguir a Jesús, considerando las fatigas y congojas con que caminaba, derramando por las heridas sangre; de sus divinos ojos, lágrimas; de su lastimado rostro, sudor; agobiado con el peso de la cruz, seca su santísima boca, afligido y sumamente atormentado. ¡O, qué camino tan doloroso y penoso, pues lo anduvo nuestro Amado casi agonizando y sin alivio alguno!

[105] Se atiende, entre todas estas circunstancias dolorosas, a la desconsolada Madre y señora nuestra María santísima, que estorvándole la multitud del pueblo seguir de cerca a su ato[r]mentado // Hijo, tomada la vuelta a la calle le salió al encuentro, y careándose los dos finos amantes, excedía todo entendimiento el dolor que sintieron; y subiendo de todo punto la pena, crecieron desmedidamente los tormentos.

Se meditan las caídas que dio Jesús, el llanto de las mugeres piadosas, y cómo le limpió el rostro la muger Verónica, quedándose estampado en el lienzo. ¡Oxalá se imprimiera en todas las almas, para que en todas viviera tan lastimosa memoria!

ESTAS MEDITACIONES DURAN HASTA LAS ONCE Y MEDIA

[106] A esta hora se medita cómo llegó el Cordero divino al Monte Calvario, con angustias mortales, desmayadas las fuerzas, y hecho un retablo de dolores, y esperándolos mayores, pues sin piedad le arrancaron las vestiduras y le // renovaron todas sus llagas, y en lugar de bebida que lo confortara, le dan vino mezclado con amarga mirra. Mira cómo le tienden en la cruz y le clavan a golpes de martillo con duros clavos en ella, descoyun-

tándose sus miembros, y con impísima [*sic*] crueldad los remachan para que afiancen con seguridad al Divino crucificado. ¡O, dolor! ¡O, fineza de nuestro amable Redentor, tan mal pagada y desatendida! Alma que esto contemplas, mira con la consideración levantar en alto la santa cruz con el sacratísimo cuerpo pendiente de ella, y cómo le dexan caer de golpe en un ahugero [*sic*] prevenido a este fin en la cima de este monte; cómo se estremecen los sacratísimos miembros del divino Señor, derramando de todas sus llagas su preciosísima sangre, y regando la tierra con ella. Aquí se pone en cruz y en // pie lo que pudiere, [107] y con grandes afectos crucificarse con el dulce Amado, acompañándole en este lecho tan florido, aunque tan doloroso y penoso. Aquí es el enamorar al dulce Amado, que está ofreciéndose en sacrificio por el remedio del linage humano, padeciendo por él tan terribles dolores.

Pide alma, pide con confianza, pues tienes presente la salud de las almas y todo nuestro remedio, que se da por amor a todos. Si por ser hora ocupada no se pudiere poner en cruz, hacerlo después.

DESDE LAS DOCE HASTA LAS TRES

Se acompaña a nuestro atormentado Dueño en lo mucho que en estas tres horas padeció en la ara²³ la santa cruz (entrando el descansar un rato de siesta), a la una rezar las llagas del // dulce Amado, y contemplar las penas, angustias y dolores que padecía, la sed que le atormentaba, las siete palabras que habló, el amor con que nos encomendó a su Madre santísima en medio de tan- [108]

²³ Ara. Del lat. *ara*. 1. f. Altar donde se celebran ritos religiosos. 2. f. Losa o piedra consagrada, que suele contener reliquias de algún santo, que se ponía sobre el altar y sobre la cual extendía el sacerdote los corporales para celebrar la misa. 3. f. Altar (|| mesa consagrada). En DLE, en <<http://dle.rae.es/?id=3NSohsJ>>, consultado el 3 de octubre de 2017.

tas angustias, congojas y dolores, no olvidándonos, ni dexándonos huérfanos. Bendita sea tanta caridad.

Poco antes de las tres, se considera las fatigas de nuestro Amado: cómo se estremecía su santísimo cuerpo y daban los huesos unos con otros, el pecho levantado, la lengua pegada al paladar, e inclinando la cabeza, espiró. Murió Jesús para darnos vida, murió la vida de nuestras almas para darnos remedio. ¡O, fineza nunca bien ponderada, ni agradecida! Aquí se contempla el indivisible dolor de la amantísima Madre, de san Juan y las Marías, en cuya compañía lo llora el alma también.//

DE TRES A CUATRO

Se ande el vía crucis, y se contempla ya difunto al divino Dueño, pendiente de la cruz, derramando sangre de sus divinas llagas, y con los brazos abiertos convidando a todos con el fruto de su pasión y muerte.

DE CUATRO A CINCO

Se considera la lanzada del santísimo costado y agudísimo dolor de María santísima. Aquí contempla el alma cómo se abrió aquella puerta para que por ella entráramos al divino Corazón, que quedó herido para sanarnos, y por la que tuviéramos también la entrada en la gloria, y la gozáramos aún en esta vida, acogiéndonos a este Sagrado [*sic*], donde se consiguen los perdones, se logran las gracias, y se gozan todos los bienes. Este es el retrete de la esposa, y el jardín de divinas delicias, la mayor // fineza del dulce Amado, pues aún después de muerto estaba tan vivo su amor, que nos hizo patente su santísimo corazón por la rosada llaga de su sacratísimo pecho.

DE CINCO A SEIS

Se halla presente el alma al descendimiento del santo cuerpo de nuestro dulce Amado, previniendo el corazón para sepulcro, y las telas de él para sábana muy limpia en qué envolverle. Mire, llena de ternura y dolor, desclavar las manos y pies, y baxar de la santa cruz [a] aquel rico Tesoro, y ponerlo en los brazos de su affidísima Madre: ¡cómo le recibió en su materno pecho, mirando muy de cerca las llagas y heridas del destrozado cuerpo de su Hijo querido, renovándose en su amante corazón todos los dolores que en todo el // discurso de la pasión había padecido! ¡O, Señora!, ¿este es vuestro Hijo? ¿Este es el blanco y rubicundo? ¿El Hermoso entre los hombres? ¿El que salió de tu compañía tan bello y florido? ¿Es posible, Madre piadosísima, que en tan pocas horas te lo han afeado, maltratado, herido y muerto? ¿Cómo no han de ser tus dolores indecibles? ¿Cómo no has de estar atravesada y traspasada con tantos cuchillos como tiene heridas y llagas ese difunto cuerpo de tu Hijo inocentísimo y santísimo? ¡O, Madre dolorosísima!, ¡cómo está tu Hijo santísimo, mientras más afeado más para enamorar y llevarse todos los corazones! Aquí alma, aquí son los afectos, el dolor de los pecados propios y ajenos, el pedir perdón de todos, y ofrecerte a padecer por amor del Amado y de la dolorosa Madre. //

[111]

[112]

DE SEIS A SIETE

Mira, alma devota y enamorada, mira si puedes, cómo cierra la afligida Madre los ojos de su difunto Hijo, cómo enxuga las llagas del santo cuerpo, lo unge y amortaja: ¡con qué dolor tan agudo lo haría! Acompaña le en él, como lo hicieron san Juan y las Marías. ¡Cómo se le arrancaría a esta soberana Señora el corazón al quitarle de entre sus brazos a aquel divino Tesoro para ponerle en el sepulcro! ¡O, dolor sobre todo dolor!

[113] Volver con nuestra afligida y desconsolada Madre, que vuelve viuda desconsolada, regando las calles con sus benditas lágrimas, dexando a su dulcísimo Hijo difunto y sepultado. ¡Sepultado al hijo de Dios, Jesucristo, Rey de cielos y tierra! ¡Contado entre // los muertos el que es vida digna de toda reverencia! ¡Muerto el sagrado cuerpo de Jesús, y puesto entre los muertos! ¡Cómo serían los dolores de esta Princesa de los cielos y la tierra, que sabía a quién dexaba sepultado! Pues ni todos los ángeles y los hombres podían saberlo como esta Reyna soberana; y al paso que era su ciencia, al mismo grado llegaba su dolor.

Quédate, alma, en el cenáculo hasta la hora de recogerte, acompañando a nuestra Madre y Señora en su doloroso llanto. Con estas consideraciones duélete, que tu flaqueza te obligue a acostarte y descansar, quando esta purísima y desconsolada Señora pasó toda la noche sin reposar ni tomar alivio alguno, llorando incensatamente la pasión y muerte de su querido hijo

[114] Jesús, Redentor nuestro.//

SÁBADO

Todo este día se gasta en acompañar a María santísima, nuestra Madre y Señora, en su amarga soledad y angustias que padeció. Se ayuna, se toma disciplina y cilicio todo el día; si no hay salud, hacer otras mortificaciones en recompensa de éstas. Se tienen quatro horas de oración.

La primera, de quatro a cinco de la mañana, en que volverá el alma a visitar a Nuestra Señora, y la hallará como la dexó, llena de penas. El modo de dar alivio a esta Señora es tener mucho dolor y compasión de la pasión y muerte de su santísimo Hijo, hacer muchos actos de contrición, resolverse a tener siempre presente la misma pasión, y seguir toda la vida a Jesús, imitando sus

virtudes, y caminar por don // [115] de nos enseñó, por camino de cruz, abrazando de corazón [a] la que se ha servido darnos por su amor, y por su imitación conformarnos con su santísima voluntad en todo lo penoso y amargo que nos acaeciére; pedirle a la piadosísima Madre nos lo alcance de su santísimo Hijo con sus benditas lágrimas, e ir a comulgar, con deseo de quedar toda unida a su Magestad, y dar a Nuestra Señora este consuelo, de poner en sus manos a su Hijo santísimo; que si esto se hubiera podido hacer al tiempo de estar sin su Magestad, lo hubiéramos hecho, aunque nos hubiera costado mucho. Es de advertir que también se comulga el viernes y el domingo. De nueve a diez andar la vía dolorosa y leer un rato.

La segunda hora de oración puede ser de diez a once, en que servirá // de punto lo siguiente. Considera con mucha atención y seriamente qué valor es el de las almas y cuál es aquel reyno que tanto le costó a Jesucristo nuestro señor abrirlo y romper los cerrojos con que estaba cerrado por la culpa de nuestros primeros padres. ¡O, cuánto hay que considerar! ¡Qué difusa meditación! Es menester traer a la memoria cuántas cosas hizo Dios con solo querer, sin que le costara nada sacar de la nada cosas tan grandes, tan prodigiosas y maravillosas, las que sin trabajo conserva, y sin él mantiene en el ayre esta máquina de cielos y tierra, etc.

¡Y para redimirnos tanto trabajo! ¡A tanta costa hacerse Dios hombre para poder padecer, y tal padecer como fue el de nuestro señor Jesucristo, muriendo en una cruz para sal // varnos, y para reducirnos como a ovejas perdidas por el camino del cielo!, esto no cabe en el entendimiento, solo Dios lo conoce y sabe. ¡O, Dios!, ábrenos los ojos para saber apreciar lo que tanto estimas; haz, Señor, que haga yo por mi salvación propia todo lo que me mandas que haga, sin perdonar diligencia ni trabajo alguno.

Y pues estamos en presencia de María santísima, valerse de su amparo y patrocinio para lograr por este medio tan poderoso una vida nueva, y un vivir solo para Dios. Así sea.

Se prosigue acompañando a nuestra dolorosa Madre, y tratar con la misma señora cómo hemos de procurar obrar en adelante, y ver en su presencia que si se aprecian las cosas por su valor, ¿qué [118] aprecio debes hacer de tu alma, que costó sangre y vida de Dios? //

Alma, pídele que, como su Magestad sabe el costoso precio con que fuistes [*sic*] rescatada, te ayude para que en ti y en todas las almas se logre. [*sic*] Clamar a Dios por la salvación de todas. Estarse, como está dicho, acompañando a Nuestra Señora.

La tercera hora de oración será de tres a quatro de la tarde, en la que considera el alma quán formidable es la culpa, y cuánto la debemos huir y aborrecer, pues es tanta su malicia, que no se puede entender bien: para conocerla era menester conocer a Dios, a quien directamente se opone y ofende. Volvamos los ojos a lo que hizo y padeció nuestro señor Jesucristo para satisfacer por ella, y de ahí se puede rastrear que su malicia es infinita; en nada se dexa conocer mejor que en la pasión de nuestro Redentor, pues // no perdonó el Padre eterno a su Hijo, y lo dexó pa- [119] decer tanto como hemos visto, y mucho más que no alcanzamos por haberse hecho cargo de nuestra deuda. Clamar a Dios que nos libre a todos de monstruo tan horrible, que este sólo es mal entre quantos hay, pues ni el mismo infierno se puede tener por mal, a vista del pecado

¡O, santo Dios!, guárdanos y líbranos del pecado. Dolerse de los que se han cometido contra un Señor tan digno de ser amado y servido; valerse de María santísima, nuestra Madre, para que nos defienda de tan gran mal.

La quarta hora de oración puede ser la de comunidad, de cinco y media a seis y media. Considerar en ella cuánta es la piedad, misericordia y amor de Nuestro Señor, que al punto que [120] espiró baxó al limbo o lugar donde por // tantos siglos estaban los santos padres esperando su venida, no les detuvo el amante Dueño la gloria, luego baxó a convertir aquella caberna [*sic*] en paraíso de gloria. Acompañar a aquel numeroso ejército de justos en las alabanzas que le dieron al Señor de las virtudes y de la

gloria. ¡Qué gozos, qué regocijos tendrían! ¡Y cómo agradecerían la libertad a aquel Señor que con tantos trabajos se las consiguió! ¡Cómo le cantarían al Vencedor fuerte la gala de sus victorias y triunfos! Redimístenos Señor con tu sangre, digno eres de recibir la gloria y alabanza. Mirar a san Dimas, que luego aquel día logró tomar posesión de aquel paraíso, el primero después de la muerte del divino Redentor, en nombre de todos los que le habían de seguir en su humilde confesión, confianza y amor de Nues // tro Señor. Aquí de los afectos, acción de gracias y alabanzas, y disponerse para gozar esta dicha, que solo esta lo es, lograr nuestra redención: aprovecharnos de la preciosa sangre de Cristo que seamos fruto de tan dolorosa y amarga pasión. Prosigas hasta recogerse en la presencia de nuestra atormentada y desconsolada Reyna. Puede el alma decirle a la Señora muchas ternuras, y hacerle muchas peticiones para sí y para todos.

[121]

DOMINGO POR LA MAÑANA

Madrugar a celebrar la gloriosísima, alegre y triunfante resurrección [*sic*] de nuestro Amado, querido Dueño y Señor. Contemple el alma, llena de gozos y regocijos, cómo aquel santo cuerpo tan deshecho y despedazado, // en un punto quedó entero perfectísimamente, que ni un pelo de su sagrada cabeza le faltó. Salió del sepulcro tan glorioso, hermoso y lleno de resplandor, que causó asombro y admiración a los ángeles y santos padres, y les causará eternamente a todos los bienaventurados. Salió triunfando del Demonio, muerte y pecado gloriosísimamente, y al punto se apareció a su bendita Madre: vio la soberana Reyna a su dulcísimo Hijo con inmensa gloria y hermosura, las llagas de pies, manos y costado bellísimas, derramando avenidas de gloria y resplandor, cercado de todos los cautivos que había rescatado. ¿Quién podrá penetrar la gloria que tal vista causaría a la Madre santísima?, esto ni la contemplación lo alcanza. Cómo se convirtió la pena en

[122]

[123] gloria, desapareció la tristeza, y quedó toda pe // netrada y llena de avenidas de gozos, júbilos y alegrías. Gócese también el alma viendo que toda la pena de Hijo y Madre se ha convertido en glorias; sacando de esta meditación que, si quiere ser participante de esta gloria, lo ha de ser también del padecer, el que se puede tener por gran dicha. Ya para ir a este gozo del Señor, no hay que dudar el camino, ya nos lo dexó Jesucristo patente y aun señalado con las huellas de sus plantas; por el rastro de su sangre las podemos conocer. Camino del cielo, de gloria y de gozos es el padecer; abrazarle de corazón, animarse, esforzarse con tales exemplares y maestros, como son Jesús y María santísima.

Ir a comulgar, con deseo de morir a sí misma para resucitar a nueva vida; pedir a Dios aliento, esfuerzo y su santa gracia para conseguirlo.//

[124] Hasta a las ocho de la mañana se gasta en considerar que también consoló el divino Señor a las Marías, apareciéndoseles quando llorando le buscaban, y a los santos apóstoles y discípulos; y que se detuvo quarenta días en este mundo después de resucitado, para consolarlos a todos y confirmarlos en la verdad de su santa resurrección [*sic*].

Hacer muchos propósitos de conservar esta tierna memoria de la pasión y muerte de Nuestro Señor, y dolores de su santísima Madre, para mantener la limpieza de la alma y obrar todas las cosas con la mayor perfección posible. Ofrecer los ejercicios, y tomando la bendición de Nuestra Señora y de la prelada, se sale de ellos. Quiera Dios que sea muy aprovechada, y con grande aliento para servir mucho a Nuestro Señor y [a] su Madre santísima. //

[125]

FIN DE LOS EJERCICIOS DE NUESTRA SEÑORA

Eterno Padre y amantísimo Señor y Dios nuestro, humildemente te ofrezco estos ejercicios, unidos e incorporados con la sagrada

pasión, sangre, méritos infinitos y muerte de tu unigénito Hijo, nuestro señor Jesucristo, y con los agudísimos dolores de María santísima, y sus santísimos méritos, y en unión de los ejercicios que la santísima Señora ejercitó todo el tiempo que sobrevivió después de la muerte de su Hijo preciosísimo, imitando, adorando y contemplando la amarga pasión de nuestro amabilísimo Redentor. Suplícote, amantísimo Padre, por el amor con que nos diste a tu amado Hijo, perdones la tibieza y faltas con que los he hecho, y te pido, en nombre de tu mismo Hijo santísimo, // y [126] por su sagrada pasión y muerte, me concedas que en tu divino Amor vivan y mueran los corazones de toda esta comunidad, que cada día crezca en religiosa perfección, y que la conserves en una ardiente caridad de unas con otras. Derrama, Señor, este divino fuego de tu amor en toda la cristiandad, especialmente en nuestros preladados, confesores, hermanos espirituales y bienhechores. Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente del pecado: danos tu gracia para que nos empleemos en tu santo servicio, y a las almas del purgatorio dales descanso eterno. Haz, Señor, que en todos crezca la devoción con la sacratísima pasión de tu hijo Jesús, y dolores de su purísima madre María, señora nuestra. Amén.

Una Ave María por la que escribió estos renglones // [127]

A MAYOR HONRA Y GLORIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR. LEYES DE AMOR DIVINO QUE DEBE GUARDAR LA FIEL Y AMANTE ESPOSA DE CRISTO, PARA SER A LOS OJOS DE SU ESPOSO MÁS GRACIOSA, GRATA Y AGRADABLE

Introducción

En el seno del Padre eterno descansaba y gozaba de sus infinitas delicias el Verbo divino, y sin dextarle descendió al vientre de una Vir // gen llena de gracia y hermosura, para celebrar en su tálamo purísimo bodas con la naturaleza humana, para por este medio [128]

levantarla de su caída, remediarla, engrandecerla y honrarla sumamente. Baxó, no como lo pedía la grandeza de tal Esposo, sino como necesitaba la Esposa a quien venía a reparar; y como todos los daños que ella padecía le habían venido por la soberbia [*sic*], por eso baxó sumamente humilde, y celebró los desposorios en la doncella más humilde que ha habido, ni habrá, que al verse exaltada a la suprema Dignidad, se humilló diciendo: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, dando lección a todas las almas que se dedican a ser esposas de Jesucristo, que todo su amor han de poner en ser humildes. A este tálamo gloriosísimo y dichosísimo // no se viene por grandeza, ni se consigue sino es por la humildad. El Esposo es el más noble, rico, fuerte, poderoso, sabio, hermoso y escogido entre millares, y de lo que hace ostentación en este desposorio solo es de la humildad; de donde viene que, si esto le enamora, aquella será su más querida esposa la que fuere más humilde; esta ha de ser la dote, los atavíos y la hermosura que ha de procurar la que quisiere ser escogida para tan feliz tálamo.

[129]

Las grandezas y excelencias de la virtud de la humildad son tantas que todos los doctores y santos padres se han empleado en manifestarlas, y siempre queda mucho que decir en su alabanza. Mas a la esposa de Jesús bástale saber que esta virtud es la que hiere el corazón de su Amado, y la que le hace que vuele y venga a ella. “Herísteme, // hermana mía y esposa, herísteme con uno de tus ojos, y con uno de tus cabellos, esto es, con tu humildad”, porque ésta es la que le agrada tanto, que luego al punto que la ve en su esposa, se viene a ella sin dilación. Y así le basta a la esposa de Jesús saber esta excelencia de la humildad; solo resta detenernos en ver cómo la hemos de practicar.

[130]

La soberbia [*sic*] es presuntuosa, arrogante, temeraria; es una ciega, loca, que no ve los precipicios a que se arroja, ni se dexa guiar de la razón, ni de la verdad; antes todo lo atropella y saca de su quicio y lugar; pretende que todo le sirva de zancos para levantarse; apetece desordenadamente que nadie se le aventaje, y

tener el más alto lugar, desde donde, como ciega y desvanecida, cae tanto más profundamente quanto más alto se quiso empinar. ¡O, vicio detes // [131] table, abominable y aborrecible! ¡Qué confusión es que este vicio domine a los hombres, que por su naturaleza son humildes, formados de barro, y esté ya quebrado, arruinado y envilecido por el pecado! Pero ésta es la mayor miseria de la naturaleza humana, querer levantarse y llegar a donde no puede, y por eso es tan aborrecible a Dios. Y por el contrario, le es sumamente grata la santa humildad, que en contraposición de la soberbia [*sic*], toda su mira es a baxarse, rendirse, sujetarse, no apetecer altura y estar en ella forzada, y conociendo que no esta allí bien. Así como la soberbia [*sic*] se mantiene de viento vanísimo, la humildad se sustenta de la verdad, que es lo más sólido y permanente; porque siendo verdad ciertísima que somos nada, y que el ser y quanto con él tenemos lo recibimos sin mérito, y que este // ser que de nada recibimos se mantiene por continua conservación del poder divino, y si este cesara al punto nos volviéramos a la nada; y aún por el pecado, venimos a ser menos que la nada, como lo dixo la misma verdad Jesucristo del infeliz Judas, que mejor le estuviera si no hubiera sido; con que es mejor no ser, que ser pecador. ¿Pues cómo se podrá levantar la criatura sino cegando para no ver esta verdad?

¡Admiración es que solo al hombre formara Dios nuestro señor del polvo de la tierra! Pero más nos ha de admirar aquella sabiduría eterna, que conociendo los daños de la soberbia [*sic*], nos quiso asegurar y librar de ella con la baxeza de nuestro ser, y formarnos del elemento más humilde, qual es la tierra, y de ésta escogió el polvo, que es juguete del ayre, para que quando nos qui // siéramos levantar, temiéramos la caída, y no nos atreviéramos a tal riesgo, sino que huyéramos del viento de la soberbia [*sic*]!, pues ésta levanta para derribar.

Esta humildad es como natural, porque la razón la dicta, y la experiencia nos la enseña, sirviendo de maestros tantos exemplos, a que ayuda para más conocer nuestra miseria, las enferme-

dades, la corrupción de los cuerpos, y que al fin se convierten en polvo, y estamos esperando el mismo suceso por nosotros; y así con solo este conocimiento nos basta para no apetecer honra ni dignidad, y para avergonzarnos más de vernos estimados que despreciados. Exercitándose el alma en estos conocimientos, Dios, que tanto cuida de los humildes, la levanta a una humildad sobrenatural, alumbrándola y enseñándola a que [134] apetezca el desprecio y la // humildad por imitar a Jesucristo. He aquí un modo maravilloso con que las miserias y propia vileza se mudan, de suerte que, lo que era propiamente lodo, se convirtió en finísimo y acendrado oro. Este es un modo de proceder con sabiduría del cielo: ya no hay repugnancia al lugar último; ya se buscan y aman los desprecios y las deshonras tan temidas; los trabajos, compañeros de la humildad, son apetecidos. ¡Con qué gusto se sujeta! ¡Con qué rendimiento obedece y dexa que todos la dominen!

Con este proceder se dispone el alma, y es levantada a más alto grado de humildad, y es por una luz sobrenatural con que Dios la ilumina para conocer el ser inmutable de Dios y su grandeza infinita. Ve con esta luz la distancia infinita que hay de Dios a la criatura. // Ve y conoce lo que es una criatura concebida en pecado y pecadora, delante de Dios. Aquí desfallece, y necesita del mismo Señor que la conforte. Aquí sí que llega el alma a la verdadera humildad, tanto más quanto fuere el conocimiento que recibe del incomprehensible ser de Dios. Aquella suma e infinita santidad, y la propia maldad. Aquella impecabilidad, y la propia malicia, etc. Aquí es enseñada para saber su flaqueza, ruindad y miseria: se aniquila, desestima y deshace. Conoce cuánta razón y justicia es que la criatura en todo y del todo se sujete a su Dios, le obedezca y se le humille, venerando sus juicios y alabándole en todo tiempo, así en la adversidad como en la prosperidad. Conoce cómo quanto uno es más santo, tanto es más humilde; y así el [135] santo de los santos, Cristo nuestro // señor, en quanto hombre fue el más humilde, y obedeció a su Padre con más rendimiento [136]

que todos los hombres juntos, sin comparación. Y la fénix de la naturaleza humana, María santísima, así como la excedió en santidad, la excedió en humildad. Y los santos, tanto quanto lo son, así son de humildes; y no hay que admirar se tengan por tan grandes pecadores, no siéndolo, porque a la luz divina las faltas las ven tan grandes, que juzgan no pueden caber en otra criatura, y juntamente conocen a lo que están sujetos.

La humildad con propiedad es llamada madre de las virtudes, porque de ella nacen. El alma de verdad humilde teme, reverencia, cree y ama a Dios: le venera y respeta, y, por Dios, toda criatura desestima todo lo terreno y dexa vacío su corazón para que el // [137] Señor se lo llene. Quien se reconoce por indigno de todo, ¿cómo deseará lo ageno [*sic*]? Y si a todos los venera y estima, ¿cómo les hará daño? La humildad da fortaleza y hace que el alma obre cosas grandes; porque, como no se fía de sí y sabe que todo le viene de Dios, con esta confianza las emprende, y por ella las consigue. Sin humildad nada vale ni sirve; porque lo bueno que se obra sin humildad, más daña que aprovecha. [137]

Dichosa el alma que con esta gala se adorna para las bodas de Jesucristo, que con ella será admitida y robará el corazón de su Amado, y estará dispuesta para recibir los dones del celestial Esposo, y los sabrá guardar y apreciar, que es condición de la humildad ser agradecida. No sin acuerdo se pone la humildad por introducción de las leyes de amor que debe guardar la es // [138] posa de Cristo, pues con ella las observará con gran cuidado y vigilancia, y crecerá en toda gracia y hermosura, mereciendo ser levantada y enriquecida con los tesoros de las virtudes para gozarse en los brazos y abrazos de Jesús, y cantará y publicará que si es negra por el profundo conocimiento de sí propia, es hermosa por los favores que recibe de su amado y querido Esposo. ¡Oh! Y quiera Dios dar virtud y eficacia a estas pobres y humildes palabras, para que sellándose en los corazones de las cándidas azucenas, vírgenes escogidas, nunca las olviden y siempre tengan presente la humildad con que deben portarse en el palacio real [138]

[139] de la soberana magestad de su Esposo, y las leyes a que les obliga su santo y casto amor, que son las que se siguen. //

CAPÍTULO I

La primera ley que debe guardar la fiel esposa de Jesús es la de un puro y desinteresado amor.

[140] El más sabio de los hombres, y sapientísimo rey Salomón, enseña una cosa muy sabida, y es que todos los ríos van a parar al mar; pero no es ociosa esta lección, pueden tomarla las esposas de Jesucristo viendo el ímpetu con que corren los ríos hasta llegar a su fin y centro, sin que hasta ahora haya podido conseguir la industria divertir sus corrientes, ni atajarlas; y aunque sus aguas fecundicen de flores y frutos la tierra, no se detienen en ellos, sino que pasan ligeros por gozar de su centro, y unirse al mar. ¡O, esposa de Jesucristo!, encamina todo el corriente de tu amor a Jesucristo, con tan grande ímpetu // que no lo pueda atajar todo el infierno con sus tentaciones, ni todas las criaturas con su industria; corra velozmente, y no pare en ninguna, ni lo detengan, ni diviertan, aunque las beneficies, ni en ti misma paren, dilatándote en los favores y regalos, no, sino que toda su corriente pare en solo Dios.

[141] Sea tu amor tan puro y desinteresado, que solo ames a Dios por Dios; porque es digno del amor, no des lugar en tu corazón a criatura ni afecto alguno; y jamás dividas el corazón, porque este no es amor de esposa, ni quieras amar los dones y los regalos de tu Amado, que será amor de mercenaria: ama, pues, como esposa fiel, y conseguirás los felicísimos desposorios, y gozarás unírte toda a él. Cada uno es semejante a lo que ama; y si de verdad amas a Dios (te dice San Agustín), que // serás Dios. ¡O, válgame el mismo Señor, que a tanto llegue una vil criatura por el amor puro y desinteresado! ¡Que tanto lo estime Dios, que así

lo pague! ¡O, alma!, atiende a tu obligación. A todos manda Dios que le amen sobre todo, mas a ti te manda que a él solo; el título de esposa que te da lo dice, porque la esposa solamente es para el Esposo; no tiene licencia para amar otra cosa con él, y el retorno es dárselo Dios a sí mismo: “Mi Amado para mí, y yo para mi Amado”; mas si tú das parte de tu amor a otra cosa, ya no mereces ni el título de esposa ni eres de tu Amado, porque no le agrada corazón dividido ni ocupado; y así tampoco es para ti, porque se entrega a la que está sola de criaturas, y de sí misma. Mas, ¿qué lengua dirá lo que pasa en la dichosa alma que así a solas le goza? ¡Qué regalos y // caricias! ¡Qué ternuras y amores! Díganlo todas [142] las que así lo gozan.

Para aumentar el amor es necesario cebar²⁴ este fuego, y la materia en que mejor arde es la pureza del alma, que escrito está: “Los que amáis al Señor, aborreced el mal”. ¡O, cuánto resplandece este divino fuego en el cristal puro de la lámpara, que es el alma! Con gran propiedad se significa o figura en los *Cantares* este fuego a las lámparas, y no a las velas o hachas, porque la vela no hace resplandecer al candelero, mas la luz de la lámpara hace resplandecer al cristal, que luzca su pureza, y para esto ha de estar el cristal limpio; mas la vela no se puede cebar, sino que sin remedio acabada la materia acábese el fuego, mas no así la lámpara, sino que se puede estar cebando con el óleo para que no se extinga. Pues el alma enamorada // de Dios, y deseosa de más y más amor para amarle, ha de ser lámpara en su presencia, limpia [143] y pura de todo pecado, aun venial²⁵ advertido, y de toda falta y defecto, con reparo que esté la voluntad siempre ardiente, y cebando el divino fuego con más y más pureza, y con el ejercicio

²⁴ Cebar. Del lat. *cibāre*. [...] 6. tr. Fomentar o estimular un afecto o pasión. U. t. c. prnl. [...]. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=cebar>>, consultado el 9 de octubre de 2017.

²⁵ Venial. Del lat. tardío *veniālis*. 1. adj. Que se opone levemente a la ley o precepto, y por eso es de fácil remisión. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=venial>>, consultado el 9 de octubre de 2017.

de las virtudes para que merezca el elogio de su amado Esposo y diga de ella lo que de la esposa de los *Cantares*: “¿Qué véis en mí, Sulamites, sino cosas de ejércitos bien ordenados?”. Porque este es el orden de las virtudes, tener por fin de ellas el amor a Dios.

- En el cielo todos los nueve coros de ángeles se emplean en amar a Dios; pero entre todos los serafines, como más cercanos al trono de la divinidad, se abrasan más que todos, y su oficio solo es amar; así en la tierra, todos, todos están obligados a amar a Dios; // pero las esposas con mayores razones, motivos y obligaciones, porque las esposas no solo están cerca del trono real, mas en el mismo Esposo, con él mismo en su lecho, en sus brazos: “*Leva ejus sub capite meo, etc. Dexter a illius amplexabitur me*”.²⁶ ¿Pues cuán grande es y debe ser la obligación de la esposa, de estar ardiendo y abrasándose en incendios de amor, y dedicada solamente a amar al divino Esposo, y estar aumentando este fuego celestial? A los serafines los vio Isaías con seis alas, dos con que cubrían el rostro, dos con que enlazaban o detenían los pies, y dos con que volaban; pero un volar que era estar sin mudar lugar. ¿Pues si con dos alas no más vuelan, para qué son las otras quatro? Ea, que todas sirven al amor en que arden, y dan a las esposas de Cristo luz pa // ra que sepan el modo de amar con ellas. Las dos con que cubren el rostro es señal de reverencia a la Magestad divina, y que el amor perfecto no disminuye, ni quita el temor respetuoso y reverencial, antes lo aumenta; y como es condición del amor inquirir las perfecciones del Amado, y de conocerlas viene la mayor reverencia, culto y temor, y esto es tan necesario que el amor sin esta condición desfallece y no permanece, porque quanto más se acerca el alma por amor a Dios, tanto necesita de temor, respeto y reverencia; y esta es ciencia que comunica el Espíritu Santo para que sepa el alma tratar con la dignidad que le es posible, tan soberana y alta Magestad, y no use de parvuleces. Y este respeto y reverencia parece significa el velo de las religiosas, como las alas con que cubrían el rostro //

²⁶ Esté su izquierda bajo mi cabeza y su derecha me abrace (Cnt 2:6).

los serafines. De Rebeca se dice que fue la primera que respetó a su Esposo quando, viéndole de lejos, le avisaron cómo aquel era Isaac, su esposo, sacó prestamente un velo y se cubrió con él. De donde se colige que el velo de las esposas de Cristo demuestra la reverencia con que deben asistir en su presencia; y éste, como digo, no disminuye, sino aumenta el amor.

Nunca recibió más favor Ester de Asuero²⁷ que, quando espantada de verle en su trono con tanta magestad, se desmayó en su presencia, perdiendo el color rozagante y adquiriendo el pálido; porque entonces el Rey, dexando con presteza su asiento, la detuvo hasta que volvió en sí, diciéndole blanda y afablemente: “Ester, mira que soy tu hermano, no temas, que no se puso por ti la ley, toca el cetro y vara”; y dexán // doselo caer sobre su cuello, en señal de clemencia, díxole más: “Mira, reyna, qué quieres que por ti haga, pide lo que quisieres, que aunque sea la mitad de mi reyno te lo daré”, y entonces le concedió la libertad de su pueblo, la muerte de su enemigo, y levantar por ella a Mardoqueo, su tío, a su mayor privanza. Esto sucede a las humildes y recatadas esposas de Jesucristo, con mayores realces de favores quando juntan el amor puro y desinteresado con el santo temor, y se hacen dignas de trato más íntimo y familiar. [147]

¿Y las alas de los pies, que los serafines tienen, qué enseñan a las esposas de Jesús? ¿Qué? Que no han de apartarse de su Amado, que su amor no ha de andar, quedo se ha de estar en Dios, que la esposa no tiene pies para andar, sino para ir a su Amado, // y en llegando, atarlos para que ya no le sirvan más que para crecer en el amor: tiene alas con qué volar, pero un volar que es estar, esto es, crecer en el amor, pero en el mismo Dios, dentro de su amor aumentar el amor. [148]

²⁷ Ester de Asuero, reina de Persia, protagonista del *Libro de Ester*, cuyo contenido narra los pasajes de la vida de Ester, coronada por el rey Asuero, quien gozó de los favores de Dios. En “Libro de Ester”, Wikipedia, la enciclopedia libre, en <https://es.wikipedia.org/wiki/Libro_de_Ester>, consultado el 10 de octubre de 2017.

[149] Mas para que la esposa de Jesús cumpla con esta ley de amor puro y desinteresado, acuda a la Madre del Amor hermoso, María santísima, quien es la amante verdadera, y hallará el magisterio que necesita. Aquí aprenderá los primores del amor, pues en amar excedió a todos los hombres juntos, y a los coros todos de los ángeles y serafines. Sin comparación, sola María santísima supo amar y respetar la altísima y soberana Magestad, dando el punto al amor más fino y ardiente, y al temor santo, filial y reverencial, que por eso es llamada Madre del Amor // hermoso y del santo Temor. En María santísima hallará guía, maestra, madre y amparo para conseguir el amor, y para conocer que solo el amor de Dios es hermoso, dulce, agraciable,²⁸ y lleno de felicidades, dichas, honras, consuelo y vida. Todo otro amor es mentiroso, falso, aparente, percedero, engañoso, y solo es amor propio, porque ama solo por querer, pues ninguna criatura merece nuestro amor, que solo se lo debemos a Dios, por ser quien es, por ser nuestro Dios, Señor, Criador, Conservador, Amador, Salvador y Glorificador.

[150] Y siendo así que por infinitos títulos se lo debemos, solo su Magestad sabe pagar el amor a quien de verdad le ama, con tantos favores y regalos, que las mismas almas que los reciben no pueden explicarse, porque exceden a todo // lo que se puede decir; y aunque están llenas las vidas de los santos de innumerables favores que Dios nuestro señor les hizo, son muchos más los que recibieron, porque su grandeza es tanta, que no los pudieron decir. Bendita sea la benignidad de nuestro gran Dios y Señor, que quiere y puede levantar tanto a sus amadores. ¡Qué bien entenderán esto las almas que experimentan los favores divinos, y verán qué cortas expresiones son las referidas! Pero quisiera que las que no sienten tan particulares favores, crean no es porque su Esposo se los regatee, sino porque se los tiene guardados para gozarlos eternamente.

²⁸ De graciable. [...] 2. adj. Que se puede otorgar graciosamente, sin sujeción a precepto. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=graciable>>, consultado el 10 de octubre de 2017.

Oxalá todas las almas se enciendan y abrasen en amor de Dios; y las que no lo están, lo procuren con todas sus fuerzas, desocupando y vaciando el corazón de cuidados e impertinencias, // no difiriéndolo para después, sino luego luego [*sic*] entregar todo su amor a Dios, que muy presto lograrán la paz, la alegría y un lleno de todos los bienes. Dense todas por convidadas del Amor divino, y con presteza corran veloces a las bodas de Jesús, a su casto y fiel amor, y correspondan con afectos tiernos y dulces de amor, que todas serán admitidas del amante y fino esposo Jesús, que las llama y las espera con los brazos abiertos. ¡O, Amador fuerte y dulcísimo! ¡Quién pudiera enamorar de ti a todas las almas, y traértelas presas con las cadenas de amor verdadero, puro, firme y desinteresado! ¡O, qué prisión tan feliz y dichosa! Haz, Señor, que todas las almas conozcan esta verdad, y se vengan a ti olvidadas de sí y de todo lo que les pueda impedir tu amor. //

[152] CAPÍTULO II

La segunda ley de amor es la de una entrega total de sí misma a su Esposo, con descuido de otra atención, sino cuidando solamente de su Amado.

Si tanto derecho tiene a la viña el que la plantó, y al fruto del árbol el que le sembró, y el esposo en la esposa, como prenda tan propia, ¿quál será el derecho que tiene Jesús a sus esposas? ¡O, si esto se entendiera bien de ellas mismas! ¡O, alma religiosa, desposada felizmente con Jesucristo, Hijo del eterno Padre, Rey y Señor de todo lo criado! Atiende y pondera cuánta es la obligación que tienes a entregarte toda a tu Amado, sin dexar cosa en ti que no sea para su servicio. Advierte que le // consagraste alma y cuerpo, haciendo testigos a los cortesanos del cielo y a la Iglesia militante. Aviva la fe, y conoce que zela tanto a sus esposas, que no quita de ellas un punto sus hermosos ojos, mirando todos sus

pensamientos, intenciones, inclinaciones y acciones, para ver si en todo llevan el fin que deben de agradarle, o si se tuercen y divierten, obrando por amor propio de sí mismas o por dar gusto a las criaturas; por lo que advertida debes poner todo cuidado en que siempre te halle fiel en lo poco y en lo mucho, despidiendo los cuidados impertinentes, que tanto embarazan y estorvan [*sic*]. Si no se puede servir a dos señores (como lo dixo Cristo, nuestro bien y vida), ¿quánto menos podrá una alma cumplir con la obligación de esposa de Cristo, que pide todo su cuidado, todo su amor; y esto // con tal vigilancia, que no debe tener en cosa tan importante descuido, y juntamente atender a cumplimientos y cuidados seculares? Esto no puede ser, y más siendo tanta nuestra limitación.

[154] La envidia de Lucifer y su malicia ha [*sic*] inventado que libren los seglares su desempeño en las esposas de Cristo, ocupándolas, sin reparar en la alteza de su estado y dignidad; mas ya que ellos no lo adviertan, debe advertirlo la esposa fiel, y disuadirlos de que no es sierva ni tributaria del mundo y sus vanidades; que se retiró y salió de él para habitar más en el cielo que en la tierra. ¡O, esposa de Jesús!, teme y tiembla de ocupar tus manos en hacer regalos para los seglares; no las manches, no las deslustres, porque son de tu esposo Jesús. Mira que se las distes [*sic*], [155] no las emplees en curiosidades y vanidades, que tomarán // mal olor. Y si dices que no lo haces personalmente, mira si te llevan el cuidado, si te ocupan el pensamiento, que esto aún será peor y más dañoso. Si lo haces por lo que puedas grangear [*sic*], esto ofenderá más a tu Amado, porque ya dexó avisado en su Evangelio que no seamos solícitos diciendo ¿qué comeremos o qué vestiremos? Y con razón, porque a los medios no se ha de atender como a los fines, y el fin de la esposa consagrada a la Magestad divina es solo cuidar de amarle y servirle, y fiése segura de su soberana Providencia, que nada le faltará. Oiga a su Amado, que para asegurarla dice que miremos a las aves del cielo, que sin sembrar ni segar son sustentadas del Padre celestial; y el lirio y

flores, más bien vestidas que Salomón en sus glorias, hermo-sean el campo. ¿Pues qué hará con sus // esposas? ¿Cómo les ha de [156] faltar? Buscad, dice el Señor, el reyno de los cielos, y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. Con que no es disculpa ocupar el tiempo y divertirse de las precisas obligaciones por lo necesario a la vida y necesidad corporal, pues tan de antemano tiene el Señor avisado que es vano este cuidado. Debe, pues, la esposa fiel y confiada, responder a la tentación del interés lo que su divino Esposo respondió a Satanás: “No solo de pan se sustenta el hombre, sino de la palabra que procede de Dios”. Y es así, que la esposa de Cristo se debe mantener más de la palabra de Dios y del pan sacramentado, que del pan material.

Más bien puede la religiosa ocuparse loablemente en labores [157] y otras obras de manos el tiempo que le queda // después de sus precisas obligaciones, pero ha de ser de modo que no la llenen de cuidados, ni la estorven [*sic*] el trato interior con su Amado, ni los coloquios amorosos con que debe estarse regalando y alabando, dando lugar al entendimiento a que se levante y lleve en el conocimiento de Dios, de sus misterios y obras maravillosas, enardeciéndose en ellas la voluntad, que inflamada en el Amor divino prorumpa [*sic*] en afectos encendidos; y yendo con esta disposición a la oración, oficio divino, y a servicios de obediencia, cogerá la feliz esposa a manos llenas los frutos, gozará de una dulcísima paz, y siempre irá creciendo y subiendo de virtud en virtud hasta ver a Dios en esta vida por altísima contemplación, y en la otra con mucha gloria, porque tanto más gozará de su Amado con posesión eterna, // quanto en esta con mayor volun- [158] tad y sin reserva se le entregó.

Pero si todavía siente la esposa de Jesús dificultad para entregarle al Amado su alma con todas sus potencias, no acordándose más que de Dios, ni pensando sino en Dios, ni amando más que a Dios; si se le hace de mal entregarle su cuerpo, sus sentidos, sus obras y acciones, sin dexar en sí cosa alguna que no la emplee en Jesucristo, levante la mente y consideración y mire de qué modo

se le dio su Esposo, siendo Hombre y Dios, y ella una miserable y pobre criatura. Nada reservó su Magestad, todo se entregó y dio a su esposa, su divinidad, su alma santísima y su santísimo cuerpo. Su divinidad, sin la qual no fuera Cristo, dando valor infinito a todas sus obras santísimas para remediar a su esposa.

[159] Su alma ben // ditísima, padeciendo en ella indecibles congojas; y porque no se dudara, lo explicó diciendo: “Triste está mi alma hasta la muerte”. ¿Quáles fueron los cuidados de Jesús, sino los de salvar a su esposa y rescatarla del poder de sus enemigos? ¿Y sus pensamientos? Trazar y disponer su remedio, disponiendo los santos sacramentos, fuentes perennes de su gracia y manifestación de su infinito amor. Ya desde entonces, de ti (¡o, esposa de Cristo!) de ti [sic] se acordaba, presente te tenía y con infinito amor te amaba.

Advierte que dio el alma, dividiéndola y apartándola por ti de su santo cuerpo: te dio la vida, acabándola en la cruz por tu salud; te dio su corazón, dexándole romper y partir con la lanza, ofreciéndote en él dos fuentes, una de sangre para perdonarte, otra de // agua para purificarte. Te dio la honra, padeciendo tantas afrentas por libertarte de la eterna, siendo perpetua esclava de Satanás por el pecado si tu Esposo no te hubiera librado; te dio sus cabellos hermosos, más que hilos de oro, dexándose los arrancar y mesar por hermosearte; te dio su nobilísima cabeza, ofreciéndola a las espinas por coronarte con diadema de reyna, y hacerte reynar; te dio sus ojos, luceros claros, dexándolos nublar con los tormentos y mirándote con misericordia; te dio sus benignos oídos, dexándolos lastimar con tantos baldones, injurias y blasfemias, para oírte con clemencia; te dio su bellissimo rostro, hermosas mexillas, recibiendo muy crueles bofetadas, dexándolas afear con inmundas salivas y con el polvo de la tierra; su cuello lo entregó a las sogas y²⁹ cadenas

[161] con que fue preso, porque // tú te regalaras enlazándolo con tus

²⁹ En el original hay dos palabras “y”. Podría tratarse de un error en la caja de impresión.

brazos. Te dio sus santísimos hombros, cargándote sobre ellos como pastor amoroso quando recibió el peso de la cruz, y en él, el de tus culpas para descargar de ellas; los brazos, ¡con qué amor los extendió en la cruz, dexándotelos abiertos para que los gozaras a todas horas y tiempos! Las manos se las dexó abrir con los clavos para derramar sobre ti sus tesoros; sus benditísimas espaldas, ¡cómo las ofreció para que los verdugos se las llagaran, descarnaran y rasgaran con los inhumanos azotes, por satisfacer a tus delitos! Mira cómo tiene llagado, abierto y acardenalado su sagrado pecho, para que en él gozaras dulcísimas y suavísimas delicias; sus rodillas, ¡qué lastimadas con las caídas, por levantarte de las tuyas! Sus pies traspasados con los clavos por enderezar // tus pasos e introducirte en los caminos de la justicia. [162]

¡O, alma, esposa amante de Jesús! Mira y remira cómo te dio tu Esposo toda su sangre, hasta la última gota, sus sudores y fatigas, sus lágrimas santísimas, sus palabras, enseñándote con ellas, abriendo su bendita boca para que con su aliento vivieras. ¡O, qué deuda tan crecida! ¡O, qué dar tan prodigioso, que tiene en suspensión y admiración a los cortesanos del cielo! ¡Así se da Jesucristo a una criatura! ¡Tanto le cuesta grangear *[sic]* su amor!, ¿quando lo tiene tan merecido?

¡O, alma! ¡O, esposa!, si eres amante ya tendrás derretido y deshecho tu corazón en vista de tan infinito amor: ya no te parecerá mucho, sino nada (como es verdad) darte toda a tu Esposo finísimo y amantísimo. ¿Qué harás en darle // toda el alma? ¿Qué harás en entregarle todo tu cuerpo, todo tu cuidado y todos tus pensamientos? Poco es darle tus cabellos, cortándotelos; tu cabeza, excusando el aliño; tus ojos, no mirando licenciosamente; tu rostro, escondiéndolo de los ojos seglares; tu boca, guardando silencio, y empleándola en las divinas alabanzas. Dale, pues, tu cuerpo, tratándolo como muerto, que si tu Esposo dexó poner por tu amor el suyo difunto debaxo de una losa, no será razón que tú adornes el tuyo. Mira a la clausura como a sepultura, y tú en ella enterrada. No dexes que se mueva con pasiones, las que debes tener muy [163]

sujetas y aún muertas. Ya no tienes licencia de apetecer ninguna cosa terrena, porque eres escogida para las celestiales, en las que solo debes pensar, tratar y desear.

- [164] ¡O, qué noble ocupación la de la // esposa de Cristo! ¡Qué empleo tan propio suyo el de adorar, amar y regalar las llagas de su Amado, chupando la dulzura que derraman! Rondarlas qual amante mariposa para ser abrasada en el fuego que despiden; adornándolas con mil flores de amor, de afectos tiernísimos y encendidos; saludándolas, alabándolas y enamorándolas; pasándolas por deseo y afecto a su misma alma y corazón; aprendiendo de María santísima e imitando su tiernísima compasión y dolor con que tan estampadas trae las llagas de su Hijo dulcísimo, las que lavó o regó con sus lágrimas, y enxugó con sus tocas y apretó con indecible amor en su pecho y corazón, como la más amante Madre y finísima Esposa, dando a las demás lecciones de verdadero amor. Válgase la esposa de Cristo del amparo de tan piadosa // Madre, y por sus manos santísimas haga la entrega total de sí misma a Jesús, su dulce Esposo, pidiéndole su ayuda y patrocinio para cumplir perfectamente con esta ley y precepto del divino amor.

CAPÍTULO III

La tercera ley de amor es la de tener fixa la vista de su alma en su dulcísimo Esposo.

- [166] Una de las maldiciones que Dios nuestro señor echó a la muger [sic], por su primera culpa, fue que siempre mirara al rostro de su varón; y quando parece que podía remitir sus penas con mirarle a la cara como a esposo, es una de las mayores que padece; y es que como ya Dios había dado al hombre el castigo en la maldición que le echó de que comería el pan con el sudor de su // rostro, precisamente siempre le había de ver la esposa

fatigado y trabajado. Pero lo que a las esposas de los hombres les es de tormento y pena, como castigo que les dio el Señor, a las esposas de Cristo se les convirtió en descanso y bendición, y una bendición fecundísima y llena de bienes indecibles, y que produce en ellas frutos regalados y dulcísimos. Cada una recibirá más o menos, conforme al cuidado y vigilancia que pongan en fixar su vista en el hermoso y floridísimo rostro de su celestial Esposo, y de esta vista les viene toda la perfección. Aun allá a Abrahán [*sic*] se lo aseguró el Señor (Gen: 12) diciéndole: “Anda en mi presencia y serás perfecto”. Y el Redentor del mundo, Cristo, nuestra salud y vida, dio por bienaventurados los ojos que le vieron y los oídos que le oyeron; y has // [167] de advertir el cómo lo dixo su Magestad: “*Beati oculi qui vident, quæ vos videtis*”,³⁰ que fue bendecir, no sólo los que de presente le veían, sino los que con la fe le verían también. Bendíxolos nuestro Salvador por los bienes que les comunica su vista. La presencia de Dios todo lo ordena y compone; al principio que el alma se exercita en andar en su presencia, lo primero que hace es manifestarle sus culpas y defectos para que se limpien y aparten de ellas; infunde una luz de advertencia para que, reparando en las caídas, las evite. Si de esta luz se aprovecha, la va aumentando y dando a conocer las raíces de donde nacen, para que las arranque, y para todo da fuerzas el calor de este divino Sol, que se va penetrando con sus divinos rayos en el alma de su esposa y la va disponiendo para iluminarla. //

[168] Ya que ella a la vista de su Amado se ha limpiado y se ha tenido fuerte para no caer, y arrancando aquí todos los principios y causas de donde nacían sus caídas, la ilustra más esta presencia divina y vista de su Amado, la hace que con ansias solicite y busque las virtudes, las quales va engendrando en ella la vista de su Amado, y quanto más procura no apartar sus ojos de él, tanto más prestamente las consigue. Cómo va este supremo Sol de justicia sacando los apetitos, moderando y sujetando las

³⁰ “Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis” (Lc 10:23).

pasiones, componiendo y ordenando el hombre exterior e interior, llenando de sus luces al entendimiento para que conozca las verdades eternas, y tenga en poco la vanidad del mundo; y su aparente y fingida grandeza va inflamando la voluntad y habilitándola para que aprecie y ame el bien, y aborrezca de muerte el // mal. [169] ¿Pero quién podrá decir todo lo que obra esta divina presencia en la dichosa esposa que cumple con esta ley de amor? Basta decir, como se dice del ave fénix, que a los rayos del sol vuelve a renacer y tener nueva vida, así la esposa amante, que no se aparta de la vista de su Amado, renace a una nueva vida de gracia, y crece tanto en ella que viene a una presencia de Dios unitiva, que es cosa admirable y gracia muy particular, y aun se llega a una total transformación. Bienaventurados, por cierto (y con mucha razón), los ojos que de este Sol divino gozan, y que en él tanto descubren, bebiendo en sus luces y rayos tantos misterios, tanto fuego de amor y tanta pureza, que se asemejan al mismo divino Sol.

[170] ¡O, esposa de Jesús! Mira y no ceses de mirar a tu Esposo, cobra áni // mo, y esfuérzate a remontar el vuelo como águila generosa para fixar la vista de tu alma en el Sol luminoso y resplandeciente de tu Amado; y como ella prueba a sus hijuelos a vista del sol, tú a tus obras miras si miran a Dios, y entonces abrázalas; pero si no, arrójalas de ti, porque no hallen los ojos de tu Amado en ti cosa alguna que le ofenda. No tengas descuido en mirarle y ver que te mira; y si lo tuvieres, castígalo en ti y vuelve con mayor cuidado a su presencia: mira que el Demonio pone gran desvelo en divertirme y apartarte de ella, temiendo tus ganancias y sus pérdidas, que son grandes. Has de ser girasol divino, y pues tu Sol no tiene ocaso, no tienes necesidad de cerrar tus ojos como la florecilla que cierra y abotona sus hojas; y aunque te parezca se te oculta, advierte que el sol quema más entre // [171] nubes, y así, aunque escondido tu Amante, mirándote está si le buscas: entre esos cancelos oculto te está abrasando [*sic*], alumbrando y cuidando; zelando está todos tus pensamientos, intenciones,

obras y aun los deseos. Haz que todo le sea grato, y quando menos lo pienses sentirás con su presencia que fue invención de su amor el esconderse para hacerte más cuidadosa y solícita en detenerle. En cierta ocasión, anduvo negligente en abrir al divino Esposo la esposa de los *Cantares*, y tanto, que le obligó al Esposo a retirarse, dexándola padecer en buscarle; mas después que le costó trabajo el encontrarle, no le soltaba, y le decía: “Ya le tengo, no le dexaré”. Y así sucede muchas veces también a las esposas de Jesús, que se descuidan en atenderle y mirarle, que se les ausenta para que aprecien y estimen su deseable y // amable presencia. No quites la vista de tu Amado en todo tiempo y ocasión, pues sabes que todo lo llena, que donde quiera le tienes y que está de asiento en tu alma y corazón. Mírale para copiar en ti, en quanto te fuere posible, su perfección; mírale porque te mire con clemencia, pues sabes que sus ojos miran al pobre y están sobre los justos.

[172]

Todas las obras que se hacen en presencia de Dios son nobilísimas y participan [de] cierta hermosura y resplandor que les comunica el Señor con su divina presencia, con la qual la esposa se fía de su Esposo que tiene presente, y no de sí; y así las obra con virtud y fuerzas de su Amado, y con fin sólo de agradecerle. Si el sol hermosea todas las cosas que alumbra, ¿quánto más el divino Sol, Dios nuestro señor, dará resplandor, lucimiento y valor a las obras que // su esposa exercita ante sus bellísimos ojos y luz divina? Es también la presencia del Amado la guarda y defensa de la esposa, con solo tener ella fixa la vista de su alma en su Dios y Esposo está fortalecida más que muchos esquadrones de exércitos; porque sus ojos traen a sí al fortísimo Señor de los exércitos y parece esto claro de las palabras del Esposo divino, que le dice a su esposa, elogiándola: “*Pulchra es amica mea, suavis et decora, sicut Jerusalem: terribilis ut castrorum acies ordinata; averte oculos tuos a me, quia ipsi me evolare fecerunt*”.³¹ ¿Es posible que tantas

[173]

³¹ “Eres hermosa, amiga mía, como Tirsá; atractiva, como Jerusalén; terrible, como un ejército dispuesto para la guerra; aparta tus ojos de mí, pues me

dichas consigue la vista de la esposa puesta en su Amado? ¿Qué tienen sus ojos que tanto le enamoran? Tienen fidelidad, amor, pureza y sencillez, que estos bienes le vienen a los ojos que miran al Señor. Mí // ranle para atender a darle gusto en todo, le miran para componer todas sus acciones a su vista; le miran para obrar con compostura y pureza; y le miran con sencillez, y sin mezclar otro fin; y estos son los esquadrones armados que la rodean, adquiridos y habidos por virtud de su Amado, pues no puede sufrir su amor, ni contentarse con menos que con ir volando a la esposa, que con tan agradados ojos le miran.

Que la vista del Señor da fortaleza, lo dice el suceso de san Pedro, pues a la vista de su Maestro estuvo tan fuerte que se ofreció a morir con él; pero quando le siguió desde larga distancia, de modo que no le veía, luego se enflaqueció y tanto, que el que desembaynó [*sic*] el cuchillo contra un ejército, a la voz de una esclava cayó. Aprenda, pues, la esposa; y si se quiere ver libre de los la // zos del Demonio, no quite sus ojos, no aparte jamás su vista del Señor; y si no quiere perder su fortaleza, no siga de lejos a su Esposo, sino tan cerca que pueda decir: “*Decoloravit me Sol*”,³² advirtiéndole que es obligación y condición de tu amor mirarte y remirarte en el Amado. Como los ojos de la esclava están en las manos de su señora, así mis ojos están en el Señor, dixo David, porque era amante de Dios. ¿Qué tanto más la

han fascinado” (Cnt 6:3-4). En la edición de los *Cantares...* traducida por el agustino fray Luis de León, posiblemente fuente de inspiración para María Anna, la traducción es la siguiente: “Hermosa eres, Amiga mía, como Thirsá; bella como Jerusalén, terrible como los escuadrones, sus banderas tendidas. Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza”. En Cervantes Virtual, en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cantar-de-cantares-de-salomon--0/html/01e17fb4-82b2-11df-acc7-002185ce6064_3.html#I_15_>, consultado el 10 de octubre de 2017.

³² “Considérame mi Sol” (Cnt 1:6). En fray Luis de León: “¿Enséñame, Amado de mi alma [...]”. En Cervantes Virtual, en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cantar-de-cantares-de-salomon--0/html/01e17fb4-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_3_>, consultado el 10 de octubre de 2017.

fiel y amante esposa debe tener los suyos en su amado Esposo y Señor? Con cuya vista será levantada a una alta contemplación, donde registre y vea los arcanos divinos, y goce en el pecho de su Amado pasar a los secretos senos de su corazón, donde quede embriagada del adobado vino del amor; y su vista, quanto más ciega con la cercanía de la luz, más perspicaz para conocer las // [176] grandezas de su Amado; y si siempre la advertida esposa mira a la cara de su Esposo, pasará a ser más ángel que criatura humana, pues de los ángeles dixo Cristo nuestro señor que siempre están mirando la cara de su Padre que está en los cielos. También puede la esposa amante de Jesús copiar esta perfección de María santísima, que desde el punto de su limpia concepción fixó la vista en el ser inmutable de Dios, sin quitarla ni un instante, ni aun durmiendo, pues entonces velaba su corazón para la presencia de Dios muy despierto, pudiendo decir mejor que David: “*Laetetur cor quarentium Dominum*”.³³ Y tú, esposa de Cristo: “*Querite faciem ejus semper*”.³⁴ // [177]

CAPÍTULO IV

La quarta ley es la de oír la voz de su Amado.

Predicando Cristo señor nuestro la parábola de la semilla que siembra el sembrador: “*Qui seminat seminare semen suum*”,³⁵ clamaba su Magestad divina, diciendo: “*Qui habet aures audiendi, audiat*”.³⁶ Sabía, como Sabiduría eterna, que la vida del alma está en oír la Palabra divina; mas no todos tienen oídos para oírla, ni dispuesta la tierra del corazón para recibirla; pero los dichosos que tienen oídos para oírla, oíganla disponiendo sus

³³ “Jubílese el corazón de quienes buscan al Señor” (Sal 105:3).

³⁴ “Busquen incesantemente su rostro” (Sal 105:4).

³⁵ “Salió el sembrador a sembrar su semilla” (Lc 8:5).

³⁶ “Quien tenga oídos para oír, que oiga” (Mt 13:9; Lc 8:8).

[178] corazones con piedad y blandura; porque esta semilla, “*si cecidit in terram bonam, ortum fecit fructum centuplum*”;³⁷ pero si da en corazones duros o llenos de cuidados, // se pierde, se ahoga. De aquí entenderá la esposa de Jesús cuánta obligación tiene de prepararse para oír la voz de su Amado, para que, sembrándose la semilla de sus palabras divinas en su corazón, como en huerto que debe tener cerrado, dé abundantes frutos y pueda convidar a su Esposo que venga a él y los tome como que son suyos, pues su Magestad sembró la semilla.

[179] Para que la esposa oiga a su Amado, le puso Él mismo un adorno muy conveniente y necesario en las orejas, que son arracadas con gusanillos de plata, en que está significada la pureza y humildad. Ha de estar la tierra del corazón libre de las espinas del pecado, y ha de ser humilde para que esté rendida a oír la Palabra divina, para hacer lo que le ordena. A Samuel llamó Dios repetidas veces para hablarle, pero no // mereció oír sus divinas palabras hasta que le dixo: “Habla, Señor, que tu siervo oye”. A muchas almas llama Dios para hablarles y sembrar en ellas tan divina semilla, pero no lo consiguen por faltarles la humildad y rendimiento, porque no le dicen a Dios con el Profeta: “Habla, Señor, que tu siervo oye”. También les sucede a muchas almas lo que al mismo Samuel, que por no estar acostumbradas a oír al Señor, no le conocen; pero sí acuden a la obediencia, si creen a los que las guían lo conocerán, como el Profeta que creyó a Elí sacerdote, y luego logró oír y conocer la voz de Dios. Por la obediencia se oye primero la voz del Señor, y así deben ser los oídos de la esposa tan rendidos a la obediencia de los superiores, que este rendimiento y prontitud la dispongan para oír la voz interior del Ama // do. Esto parece darse a entender en la predicación del Bautista, que precedió a la de Jesucristo: a él le fue dado preparar los caminos del Señor, y hacerlos llanos; porque los que oyeron a san Juan, y le creyeron, se dispusieron con esta

³⁷ “Si cayó en buena tierra, cuando nació, llevó de un fruto lo centuplicado” (Lc 8:8).

obediencia para oír después a Cristo señor nuestro, y lograr su saludable doctrina.

Es también necesario que la esposa de Jesús se acostumbre a oír la voz de su Amado para que le conozca, porque ya tiene dicho su Esposo que las ovejas de su rebaño conocen su voz: "*Illas oportet me adducere, et vocem meam audient*".³⁸ Si las ovejas no conocieran la voz y silbo del pastor, ¿cómo las había de conducir a los pastos, y retirarlas de los peligros al redil? Extraño modo el que usó el Redentor del mundo para resucitar al hijo de la // viuda de Nain: "Mancebo, a ti te digo, levántate"; y para resucitar a Lázaro no usa este estilo, sino que le dice: "*Lazare veni foras*";³⁹ y es que aquel mancebo no estaba acostumbrado a oír la voz del Señor, y Lázaro sí; y se colige de lo que sus hermanas le enviaron a decir a su Magestad: "*Ecce quem amas infirmatur*".⁴⁰ Mucho importa que la esposa de Jesús conozca su voz, como la Magdalena la conocía, y por eso conoció a su Maestro, aunque disfrazado en traje [sic] de hortelano, pues luego que oyó que le decía María, al instante se echó a sus pies, respondiendo con rendimiento: "Maestro". ¡O, qué dicha es conocer la voz del Señor! ¡Qué señal tan propia de predestinados! Oye alma, oye a tu Dios, a tu Señor y Esposo; óyele en la obediencia, óyele en la regla y // constituciones, a cuyo cumplimiento y guarda te obligaste; óyele en las inspiraciones y llamamientos interiores: oye la voz del Señor, y ella te enseñará, guiará y conducirá al reyno eterno de los cielos. [181]

Mas si preguntas todavía, ¿cómo has de oír?, te responderá tu mismo Amante, que te lo enseña por boca de David, y te dice: "Oye, hija, y mira, e inclina la oreja, y olvida tu pueblo y casa de tus padres". ¡O, qué palabras tan llenas de magisterio para la esposa de Cristo! ¡Cuán dignas son de oírlas, atenderlas y meditarlas! Oye, hija, a Dios, que te habla por sus profetas: te habla en su Ley divina, en las Escrituras, en los Evangelios, en las [182]

³⁸ "A esas también debo guiarlas, y oirán mi voz" (Jn 10:16).

³⁹ "Lázaro, sal fuera" (Jn 11:43).

⁴⁰ "He aquí, el que amas está enfermo" (Jn 11:3).

[183] doctrinas de los santos padres y doctores de la Iglesia. Oye todo quanto esto te enseña, y mira los santos exemplos que tienes // en tantas santas y tantas justas bienaventuradas, que oyendo lo mismo que tú, se supieron aprovechar tanto, que lograron laureolas y coronas de gloria eterna. Mira que si no oyes, no serás oída; más que más repitas aquel “*Domine, Domine, aperi nobis*”⁴¹, ni te oírás, ni conocerás tu Esposo. Oye ahora para ser oída entonces, e inclina la oreja, mira que más secretamente te hablan; oye en tu interior, que te llaman a la mayor perfección. Oye, que el divino Espíritu te enseña secretamente, explicándote todo lo que has oído, y hablándote sobre ello: “*Spiritus Paraclytus docuit vos omnia*”⁴². Y para que lo atiendas, olvida tu pueblo y la casa de tus padres, porque el ruido del pueblo mucho estorva [sic], y la casa de tus padres mucho más divierte y aparta a el alma [sic] de esta escuela, que es el corazón. ¿Cómo // se ha de oír la voz interior y el rumor del mundo? ¿Cómo se atenderá a la gracia oyendo a la naturaleza? Pues aléjese la esposa del bullicio secular y del amor de los suyos, y gozará los regalos y delicias que se encierran en la dulcísima voz de su Amado. En silencio se oye y a solas se goza esta suavidad, que es deliciosísima, y podrá decir la esposa con David: “*Quam dulcia faucibus meis, eloquia tua super meliori meo*”;⁴³ y experimentará lo que la otra Esposa, que la voz de su Amado le derrite y deshace el corazón.

[184] La voz del Amado es voz de virtud, de fortaleza: es voz que sin ruido enseña, ilustra, inflama y abrasa. ¡O, Palabra divina! ¡O, Grano de finísimo oro y Semilla divina que, sembrada en la tierra fértil del corazón limpio y humilde, das tan colmados frutos,

[185] tan hermo // sas flores, que le vuelves hermoso paraíso! Porque

⁴¹ “Señor, Señor, ábrenos” (Mt 25:11).

⁴² “El Espíritu consolador les ha enseñado todo”. Es poco claro de dónde es este pasaje. Hay también una versión parecida en los sermones del jesuita Francisco López, publicados en Barcelona, en 1685.

⁴³ “Cuán dulces a mi paladar son tus dichos, más que la miel a mi boca” (Sal 119:103).

esta palabra de Dios, así como es la semilla, es también un riego y rocío, que hace que la esposa sea no solo huerto, sino fuente y pozo que mana el agua de la sabiduría verdadera. Esconde esposa, encierra en tu corazón estos tesoros, dale el oído a tu Amado, óyelo con reverente temor y perfecto amor, para saberle oír y guardar sus palabras de vida eterna. Válete de María santísima, aprende de esta Señora, óyela, y no quedarás confundida, sino que lograrás la mayor dicha, que es saber oír la voz de tu Amado. Mira cómo la oyó la divina Señora, ¡qué atenta estuvo a las divinas palabras! Advierte que es bienaventurada porque creyó, y de oír y creer la salutación del ángel nos vino toda nuestra verdadera salud y remedio. //

[186]

CAPÍTULO V

La quinta ley es la de conformar su voluntad con la de su Amado.

Inútil fuera el oro, y no tuviera la estimación y lúcido esplendor que goza, si no se rindiera dócil, mediante el fuego, para que el artífice hiciera de él todo lo que quiere, purgándolo, afinándolo, y después labrándolo a su voluntad. Así el hombre, ¿de qué le servirá encerrar en la tierra de su cuerpo el tesoro riquísimo de la razón, con que se aventaja (como el oro a todos los metales) a todos los animales, y llegar por la parte intelectual a competir con los ángeles, si no se sujeta y rinde, mediante el fuego del Amor divino, a su Dios y Señor? Nunca más muestras da de que es racional, que quando más se humilla // y sujeta a la Voluntad divina; porque ¿qué cosa más puesta en razón que obedecer el hombre a su Hacedor y dexarse gobernar por su disposición? Así se hace mucho más noble, y se purga su entendimiento y voluntad de lo que se le pega con la vecindad de la tierra de su cuerpo, y quanto más se conforma con la voluntad de Dios, tanto más se ilustra, hermosea y resplandece; porque como el artífice es Dios,

[187]

y le labra con tanto amor, a fin de levantarle y engrandecerle, hácelo de modo que le asemeja a sí mismo. Tanto como esto le importa a la criatura racional dexarse y conformarse en todo con la voluntad de Dios.

[188] Por el contrario, ¿qué es la criatura racional sin este rendimiento y conformidad con la Voluntad divina? Si es en lo poco, nunca llega a perfección, y // está llena de miserias, disgustada, sin paz, nada le contenta, y sin quien acierte a hacer lo que quiere; y es que lo permite Dios: así como porque faltamos a la obediencia del Señor, se rebelaron todas las criaturas contra nosotros; así, quando no le damos gusto en conformarnos con su voluntad, no hay quien haga la nuestra, de que nacen las impaciencias y otros muchos daños. Mas si es en cosas graves, la falta de resignación y rendimiento a la voluntad de Dios, de racionales se vuelven peores que animales brutos y se asemejan aun a los demonios. Habíamos de andar con gran cuidado de conformarnos en lo poco, para no venir a flaquear en lo mucho.

[189] Es, pues, la virtud de la conformidad con la voluntad de Dios nobilísima, es de hijos de Dios, que por eso se le asemejan tanto con ella, y virtud // muy necesaria para que el alma sea esposa del Señor, porque los desposorios espirituales así se empiezan, mediante la mayor perfección de esta virtud, así se perficionan y consuman, de suerte que le ha de dar la esposa a Cristo señor nuestro toda su voluntad, y ha de tomarse la de Jesús para hacerla en todo. No ha de tener querer ni no querer, ni tener elección en nada. Si la baxare, allí se ha de estar hasta que la levante; y si la levantare, allí se ha de estar, porque eso es la voluntad del Amado. Si le enviare trabajos, amarlos porque son de su mano; y si se los quitare, estarse de la misma manera que con ellos. De suerte que, así como Cristo nuestro señor dixo de sí: “Yo no vine a hacer mi voluntad, sino la de mi Padre, que está en los cielos”, así la esposa fiel y amante ha de decir: “Yo no // vivo para hacer mi voluntad, sino la de mi Esposo, que está en los cielos”.

[190]

Quando Cristo señor nuestro nos enseñó a orar con la oración del Padre Nuestro, nos enseñó a pedir al Padre eterno que se haga su voluntad, así en la tierra como en los cielos. En estas palabras y petición se encierra toda la perfección de esta virtud admirable. Si levantamos la mente y consideración para ver cómo se hace la voluntad de Dios en el cielo, hallaremos que están tan atentos los espíritus celestiales y los bienaventurados a la divina Voluntad, que al conocerla todos se rinden, y con sumo gozo y alegría la cumplen, y con gloria accidental se deleytan de que se execute la voluntad de Dios, y esto aunque sea justicia divina executada en los mortales, siendo así que nos aman tanto y desean y piden siempre // nuestro bien. Pues así la hemos de hacer [191] en la tierra, y así la debe cumplir la esposa de Jesús. Es voluntad de Dios que padezca, pues padecer con gusto. Es voluntad de Dios que esto o aquello salga o se haga contra mí, pues yo me gozo de que así suceda. Estar tan atenta a cumplir las órdenes de su Esposo, y su divina Voluntad, que lo mismo sea conocerla que ejecutarla.

Mas si miramos y atendemos a los orbes celestiales, y a lo que hay en ellos, también hallaremos lecciones que aprender, y aún de qué correremos: veremos el vuelo ligerísimo con que se mueven del primer moble a fin de hacer la voluntad de Dios, que es el que haya noche y día. Si miramos el sol, la luna y estrellas, jamás han faltado desde su creación a hacer la voluntad de Dios, que es alumbrar e influir en la// tierra para la conservación de los hombres. Pues así también habíamos de cumplir en ella la voluntad del Señor, no faltando a lo que ordena. Pero, ¡o, dolor, qué al contrario lo hacemos! Mas la esposa de Jesús tome también lecciones de los cielos y sus astros, que si ella debe ser un cielo empíreo en que more su Esposo, sea también un sol en que ponga su tabernáculo, que todo lo conseguirá con solo hacer la voluntad de Dios nuestro señor. Será cielo empíreo inmobile para no apartase de la voluntad de Dios, y así le tendrá en su alma y le gozará en su corazón. Correrá o volará como los demás cielos [192]

[193] en pos de la voluntad de Dios, y no faltará a lo que una vez le ordena, con que quedará hermosa como la luna y escogida como el sol, y llena de brillantes estrellas de muchas virtudes, que se // crían y nacen de la conformidad con la voluntad de Dios.

Hállanse, pues, en esta conformidad la fe, porque de creer el alma en Dios le viene el rendirle a su divina Magestad la voluntad; hállase la esperanza, porque el alma ya conforme, toda se dexa por cuenta de su Amado, y en él fía la caridad, porque por amor se conforma; la justicia, porque con ella obra en conformarse; la templanza, porque todo lo toma y recibe con ella, pues ni lo alegre la altera, ni lo triste y penoso la turba; la prudencia, porque es la mayor sujetarse a la voluntad de Dios; la fortaleza, porque con la voluntad sujeta y rendida a la de Dios, vence las tentaciones; los trabajos, y a sí misma se vence, que es lo más. ¡Qué humilde es una alma resignada! [*sic*] ¡Qué paciente,

[194] qué mansa!, etc. Por eso esta // virtud de la conformidad asemeja a el alma [*sic*], a Dios, y la lleva a la más perfecta unión con el Amado, porque se acompaña con todas las virtudes, y la libra de las imperfecciones terrenas.

Y es una virtud fácil de conseguir; al principio es menester andar con reparo y reflexión, obrándolo todo con el fin de hacer la divina Voluntad; y como es un ejercicio que se extiende a todas, hay más frecuente [*sic*] ocasión de actos y de práctica en él; las cosas más arduas o más difíciles de llevarlas bien, ahí es donde se ha de poner mayor cuidado, de suerte que, si estuviera en su mano el mudarlas o estorbarlas, no lo había de hacer, solo por no oponerse a la voluntad de Dios. En lo que más deseare ha de tener mayor cuidado de estar resignada en el suceso, y pedir

[195] como su esposo Jesús: “Padre, no se haga como // yo lo quiero, sino como tú”. Otra diligencia es muy precisa a los principiantes de este santo ejercicio, y es tener gozo y alegría del cumplimiento de la divina Voluntad, y con ella también conformar la suya, especialmente en lo que pareciere adverso y que lo repugne la naturaleza, hacerla (aunque sea forzándola) que se alegre; porque

si no, costará esto mucho trabajo después. De la misma manera se han de hacer los actos y la práctica, con fervor y prontitud, para que el hábito salga con estas condiciones de conformarse pronta, fervorosa y alegremente, como va dicho. Para que se consigan con brevedad, aceptadas las cosas con el fin de hacer la voluntad de Dios, el orar mental o vocal, el comulgar, oír misa, el trabajar, obedecer, descansar, padecer, las obras penales, las mortificaciones, comer, beber, dormir; // en todo y por todo [196] haciendo particular reflexión de lo que hace o dexa de hacer por solo hacer la voluntad de su Amado, y conformarse con ella; que si este principio le diere a todas sus obras, saldrán muy lúcidas y agradables a Dios, muy meritorias para sí, y la introducirán de modo con su Esposo soberano, que se haga una cosa con él. Toda ha de ser ojos la esposa del Señor, para ver y lograr todas las ocasiones en qué darle este gusto a su Amado, valiéndose del favor de María santísima para que le enseñe los principios de esta virtud, en la que fue asombro la divina Reyna, pues aventajó a todos los ángeles y santos, dexándonos este exemplo para animarnos y esperar el conseguir una perfectísima conformidad mediante sus poderosos ruegos, intercesión y amparo. // [197]

CAPÍTULO VI

La sexta ley es la de emplearse en las divinas alabanzas de su Esposo.

Deuda común es de todas las criaturas alabar y engrandecer a su Criador: convídense unas a otras formando coros para alabanza de aquel Señor tan digno de ella. Forma su coro el firmamento, alaba a Dios el día y la noche, aquel con las luces del luminoso planeta que le preside, y la noche con la hermosa luna, que enseña los caminos y, en su ausencia, los brillos de las estrellas. La tierra forma también sus coros alabando a su Criador, ya con los

[198] altos montes y humildes collados, ya con sus vistosas y hermosas flores, y con sazonados frutos. El agua ajusta sus coros alabando a Dios. El mar con su // grandeza y sus admirables elaciones engrandece a Dios. Las cristalinas fuentes, y su murmullo apacible, cantan al Señor continuas alabanzas. De la misma suerte verás estos coros en las aves con su variedad, en los animales con su diversidad, etc. Así pagan estas criaturas su deuda al Señor que les dio el ser, y tan admirable se manifiesta en ellas. Mas la criatura racional debe a su Señor la alabanza que le dan todas las criaturas, pues por ella fueron criadas, y débele la que por sí está obligada a pagarle. Bien entendieron esta deuda los santos, que tanto se esmeraron en las alabanzas divinas. El santo rey David la tuvo tan presente, que en todos sus Salmos la extendió, y aún parece aprendió del cielo; pues diciendo en el Salmo 18, “*Cæli enarrant gloriam Dei*”,⁴⁴ dice después en el 21, “*Narrabo // nomen tuum fratribus meis in medio Ecclesie laudabo te*”.⁴⁵

[199] Y convidando a los justos les dice: “*qui timetis Dominum, laudate eum*”.⁴⁶

Pero, aunque esta deuda es tan grande y de tanta obligación el pagarla a todo hombre y a toda criatura, parece más especial obligación de la esposa de Cristo, así por esposa que la obliga con más especialidad a alabarle, y procurar y mover a las demás a la misma alabanza, como por deuda particular, pues para alabar el Señor todas las cosas que crio, solo dixo que eran buenas y muy buenas; pero para alabar a su esposa, ¡qué palabras tan encarecidas, qué elogios tan grandes no le dice! No se contenta con alabar su hermosura en común, muy por menudo y en particular alaba todas las faciones [*sic*] del rostro y partes de su cuerpo.

[200] ¡Qué de veces le // repite que es hermosa! ¡Qué alabanzas le da! ¡Qué requiebros le dice! ¡Cómo convida a los amigos que la vean!

⁴⁴ “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Sal 19:2).

⁴⁵ “A mis hermanos, en el nombre de la congregación, te alabaré” (Sal 22:22; Heb 2:12).

⁴⁶ “Quienes temen al Señor, alabadlo” (Sal 22:24).

Admiración causa ver los Epitalamios de Salomón en que habla en nombre del Esposo con su querida esposa.

Ahora bien, esposa de Cristo, si eres amante, fiel y correspondida, pondera la obligación que tienes sobre todas las criaturas para emplearte toda en las divinas alabanzas de tu Esposo soberano. Mira cómo pagarás tu deuda tan crecida; poco es emplear toda el alma y sus potencias, todo el corazón y sus afectos; no se aparte de tus labios y boca la alabanza de tu Amado. Convida a todas las criaturas para que te ayuden, y diles: *Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in idipsum.*⁴⁷ Sube a los cielos, y toma de la boca de los espíritus soberanos aquel// [201] Trisagio divino, aquella alabanza antigua y nueva, y canten tus potencias: “*Sanctus, sanctus, sanctus*”,⁴⁸ en compañía de los mismos ángeles, y pidiéndoles alaben al señor Dios de los ejércitos en tu nombre. Convida a los santos y a los justos para que alaben por ti a tu Dios y Esposo. Trasiega cielo, tierra, mar, y todas las criaturas para alabar a Dios con todas y por todas, y ellas lo hagan por ti. Busque tu amor trazas para multiplicar sus alabanzas, dándoselas infinitas por cada gota de agua, grano de arena, polvo de la tierra, por cada pez, animal y ave, y por cada parte de las que se componen; multiplícala por las flores, hojas y frutos, y por los movimientos de todas las criaturas, por los de los cielos, número e influxo de las estrellas. Forma alabanzas por tu cuerpo y número de venas, nervios, artejos // y huesos; y aun por los poros de él y gotas de sangre que encierra. Nada de esto te contente: vuélvete a la Madre de Dios, y pídele que por ti le alabe; y del mismo Esposo tuyo válete, pidiéndole satisfaga tu deuda alabándose a sí mismo. Esto repítelo infinitas veces en cada respiración tuya y de todas las criaturas, etc. Dale también las alabanzas que le dieran los demonios y condenados, si no se hubieran perdido. [202]

⁴⁷ “Engradezcan junto conmigo al Señor, y ensalcemos su nombre al unísono” (Sal 34:4).

⁴⁸ “Santo, Santo, Santo” (Is 6:3).

- [203] Otra obligación más tiene la esposa de Cristo, y es el haberse ordenado las religiones para pagar a Dios, por sí y por todos, las divinas alabanzas, y que de intento se empleen en ellas; de suerte que no cumple la esposa de Jesús con alabarle por sí sola, sino también por los que, olvidados de esta deuda, viven descuidados de ella. Donde tiene dos cosas que advertir: la una, el // cuidado que debe poner en las divinas alabanzas, dándolas a su Esposo con ardiente amor, fervor y reverencia, haciendo su corazón un órgano de dulces y armoniosas consonancias, y uniéndose a la Iglesia triunfante y militante para alabar a Dios con los santos y los justos; dándole también la alabanza que del mismo Dios procede, y a él vuelve. La otra cosa que debe advertir es atender al cuidado y vigilancia que tiene nuestra madre la santa Iglesia en que se le den al Señor las alabanzas que le niegan los descuidados y olvidados de esta obligación, como esposa amante de Jesucristo. Aprenda y vea la esposa cómo por este título debe andar siempre muy cuidadosa y solícita en dar a su Esposo alabanzas, y en quanto le sea posible procurarlas de todos.
- [204] Así lo hizo también la esposa de // los *Cantares*, que alabó a su Esposo, y procuró que lo alabaran dando señas de su Amado. ¡O, esposa de Jesucristo!, ¿sabrás sú [*sic*] dar las señas del Amado, para mover con ellas a sus alabanzas? ¿Entiendes bien su fineza con ser cándido y rubicundo, para que le pintes y des a entender la grandeza de su amor, que siendo Dios quiso ser hombre para ganar tu amor? ¿Ha registrado tu amor su cabeza de oro puro y acendrado, mirando con la fe su divinidad, la alteza de su magestad, la hermosura, poder, sabiduría, bondad, y demás perfecciones infinitas? Sí, espero que por la contemplación te habrás engolfado en este mar inmenso, y que tu mente siempre se levanta al ser inmutable de Dios; y que también dirás, en alabanza de sus cabellos, que es eterno, y que sus ojos son suavísimos y piadosos por su // gran misericordia. Mas también será justo traigas a tu Amado como manojito de mirra entre tus pechos, esto es, entre tu amor y compasión, doliéndote de su pa-
- [205]

sión y gustando su amargura con la consideración, deshaciendo sus injurias con alabanzas y dándole amor por su dolor; y nunca te olvides de tu obligación de alabar en todo tiempo a Dios. Y para que la cumplas, vuélvete al exemplar de tu Madre y Maestra María santísima, que ella solo supo y dio a Dios la alabanza que todos le debemos. Llenó los vacíos de todas las criaturas: repite su cántico, que comprende [*sic*] las alabanzas que en todos los demás se dan al Señor; y nunca te apartes ni un instante de su divina enseñanza, para que aprendas perfectamente a adorar al Señor en espíritu y verdad. //

[206]

CAPÍTULO VII

La séptima ley es la de zelar la esposa el honor de su Esposo

El santo profeta del Señor decía que le carcomía las entrañas el zelo de la casa de Dios; y esto era en aquellos tiempos, antes que el Hijo de Dios viniera al mundo, y se hiciera Hombre para santificar a los hombres y librarlos del pecado. ¿Qué dixera ahora si viera lo poco que ha aprovechado a muchos la doctrina y exemplo de Jesucristo? ¿Qué, si viera vivir a muchos profesores de la fe, que dicen que creen, tan engreídos con la vanidad, tan metidos en los intereses y engañados con la mentira? Finalmente, ¿qué dixera si viera otras muchas ofensas de Dios, con duplicada malicia, pues la luz del santo // Evangelio está tan extendida? Pero es como el sol que da en los ojos ciegos, que no la ven; o por mejor decir, en los que voluntariamente los cierran por no verse obligados a dexar lo que desordenadamente aman y apresuradamente los lleva a su última desdicha si no se enmiendan. Están las aguas puras de la Gracia convidando a todos en las fuentes de los santos sacramentos; pero no las gustan, ni las quieren beber, aunque saben que ahí está la salud y el remedio, y con gran trabajo caban [*sic*] las cisternas rotas y sucias para beber sus aguas lodosas y fétidas.

[207]

[208] ¡O, qué dolor, qué tormento y qué cuchillo tan penetrante para las almas que aman y temen a Dios! ¡O, quién pudiera abrir los ojos de los que no ven su daño propio! ¡O, quién pudiera
[208] derramar tantas lágrimas que ahogara todos // [208] los pecados o tuviera tanto fuego en el pecho y corazón que, brotándolo, quemara, abrasara y consumiera toda la maldad de la tierra! ¡O, Señor! Ya no envías diluvios, porque prometistes [*sic*] no volver a anegar la tierra; ya no envías a tus ángeles, que quemen y degüellen: estos azotes se han suspendido; pero se debe temer un azote y castigo muy grande, qual es castigar Dios unas culpas con permitir otras. Pues (¡o, alma, esposa de Jesús!) ¿por qué callas? ¿No ves ofendida la suma Bondad? ¿Un Padre tan amoroso, de sus mismos hijos agraviado? ¿Un Señor tan benigno y tan desatendido? ¿Un Esposo tan amante, tan mal correspondido? Pues clama, no cesen tus clamores; da voces, no en la tierra, sino en esos cielos: pide en ellos el remedio. Llora, y consúmense las pupilas de tus ojos, y no dexes enxu // [209] gar las lágrimas hasta que enterezcas a tu Esposo, oiga tus gemidos y se duela de los pecadores. Llora, pues, sus pecados, con íntimo dolor de lo que ofenden a Dios, y de lo que a sí mismos se dañan.

[209] Oponete con las virtudes a los vicios, en quanto pudieres, deshácelos, zelando la honra de tu Esposo. No te encojas para pedirle el remedio, que aguarda a que se lo pidas, y no te lo negará. A santa Teresa de Jesús dixo su esposo Jesucristo que zelara su honor, fiando de tan amante y fina esposa, que lo haría, como lo cumplió. Cumple tú con esta ley a que te obliga el amor y el estado de esposa, siéndole muy fiel, muy amante, evitando las culpas en ti, llorando y pidiendo el remedio de las ajenas [*sic*], porque las ofensas de Dios más las has de sentir, que si fueran
[210] contra ti. // [210] Oxalá (le has de decir a tu Amado), oxalá y fuera posible que las culpas no te ofendieran a ti, mi solo Amor, sino que se volvieran contra mí, aunque cada una me diera mil muertes. Vuélvete contra el Demonio, autor del pecado, y quíebrale la cabeza con el poder del Señor, en cuyo nombre mándale

muchas veces que se vayan al infierno, y no invente pecados en el mundo. No te excuses a título de humilde. ¿Si vieras a un perro rabioso que [quiera]⁴⁹ morder a tu hermano, no lo arrojarás? ¿No lo echarás? Pues menos es el Demonio que un perro, ánimo y échalo para que no dañe a tus hermanos, y pide a tu Esposo le quebrante las fuerzas que los mismos hombres le han dado con sus pecados; y en especial, al tiempo de consagrar el sacerdote la hostia, pide a Dios con fervor y confianza que, al venir a // [211] ella su Magestad, arroje a los demonios al infierno y los alucine para que pierdan las especies de tentaciones y lazos que están sembrando contra los hombres, y en daño de la santa Iglesia. [211]

Tan propio es de la esposa de Cristo zelar su honor, que si no lo zela, no es su esposa, porque si no evita y siente sus ofensas, está claro que no le tiene amor, y, sin él, no es esposa, o es infiel y tiene el título para su mal, más que para su bien; por lo qual, debe la amante y fiel esposa de Jesús zelar su honor, evitando y quitando de sí pecados, y atando a los pecadores con su oración; para que no los cometan, pedir al Señor les dé su santo temor, y que les ayude con su Gracia para que se emienden [*sic*]. También debe pedir a Dios, con mucha instancia y confianza, que les dé su espíritu a los predicadores y confe // [212] sores para que hagan mucho fruto en las almas. [212]

Pondere cuánto hicieron y padecieron los santos por evitar las ofensas de Dios. ¡Qué destierros, cárceles, afrentas, azotes y bofetadas! Otros, ¡qué martirios tan crueles! Otros, ¡qué peregrinaciones, qué hambres, qué fatigas, qué sudores! Otros desvelados escribiendo, amonestando. Y todos con oraciones, lágrimas, ayunos, penitencias y mortificaciones, para obligar a Dios a que les diera luz a los pecadores y cesaran de pecar. Estos exemplos ha de copiar la esposa amante y tener por martirio el no poderlo padecer todo porque su Esposo no sea ofendido. Para ella han de ser garfios, cuchillos, tenazas, martillos, parrillas, navajas, fuego y todos los tormentos juntos el saber que es su Amado ofendido.

⁴⁹ En el original se lee “queria”.

- [213] Este martirio espiritual es // muy doloroso a quien sabe pesar lo que es una ofensa de Dios, y más si considera que el mayor tormento que Jesús padeció todo el tiempo que vivió fue el de ver a su Padre eterno ofendido. Tenía presentes todos los pecados del mundo, y estos affigieron sumamente su dulcísimo corazón, y el ver que muchos despreciarían su salud eterna y malograrían su preciosa sangre que con tanta voluntad había de derramar por todos. El martirio que más le atormentó fue este, y en él le ha de imitar la esposa fiel, acompañándole con tierno y amoroso corazón: y para acertar en cosa que tanto agrada a su Esposo, acuda a María santísima para que le dé luz y conocimiento de esta ley de amor, y lo más obligada que está a cumplirla, como que pasó
- [214] por este martirio, tanto mayor para la divina Reyna quanto // era el conocimiento que tenía de Dios, y por la grandeza de su amor y piadosa compasión a los pecadores, como que es la Madre, refugio y amparo de todos, en quien hallamos el socorro, y mediante su poderosísima intercesión, el perdón y la gracia de su Hijo santísimo.

CAPÍTULO VIII

La octava ley de amor es la de zelar y guardar la esposa la hacienda de su Esposo soberano

- Quando Dios crió al hombre, lo hizo Señor de todo lo criado. ¿Pues qué dexa Dios para su Hijo quando tome la forma de hombre? De este mundo, *nada*.⁵⁰ Así lo dixo el mismo Cristo nuestro señor, que su reyno no era de este mundo. ¿Pues cuál es la hacienda de Jesucristo? El mismo // hombre: “*Postula a me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam*”;⁵¹ pues ya sabe la esposa de Cristo cuál es la hacienda que ha de guardar y zelar. ¡Grande
- [215]

⁵⁰ En cursivas en el original.

⁵¹ “Pídeme, y te daré las naciones como herencia” (Sal 2:8).

empeño, por cierto! Y más si atiende que le costó a su Esposo la vida el cuidarla y defenderla del Demonio, que toda su astucia pone en querer devorarlo y tragarle. Pero este conocimiento ha de ser en la esposa fiel para poner mayor esmero y vigilancia en guardar y cuidar la heredad de su Esposo, pues sabe le da tanto gusto en ello. Es el amor que Jesucristo tiene a las almas infinito, y con hacer y padecer tanto por ellas, aun no manifiesta todo su amor, porque (como está dicho) es infinito; y así lo dio a entender en aquel misterioso sitio, que dixo estando para morir en la cruz, lleno de oprobios, deshonoras, afrentas y tormentos, que fue // como si dixera, “¿Veis cómo muero, y lo mucho que padezco?, [216] pues aún me queda deseo de más padecer; y esta sed o deseo la dexo a mis siervos, para que con ella procuren la salvación de las almas, sin perdonar trabajo, ni la vida, la que darán con gusto solo por salvar una alma”. Y quien viere lo que los santos hicieron por este fin, entenderá bien esta verdad; pues san Pablo, no contentándose solo a estar pronto a dar la vida por sus hermanos e hijos en Cristo, se adelantó más allá, porque dice que quisiera ser anatema por ellos. ¡Cosa rara, y que no la pudiera desear si no hubiera bebido del deseo que le quedó a Cristo! Y así ofrecía por sus hermanos los hombres hasta su misma alma.

Aliéntese la esposa y anímese a tomar muy por su cuenta la salvación de las almas. Por muy dichosa se tuvo // ra el alma [217] si quando Jesucristo señor nuestro, atormentado y afligido con la sed, que publicó a voces, le hubiera sido posible aliviársela con un dulcísimo y regalado licor; pues esta oportunidad tienen todas, porque Jesús no dixo que tenía sed para que entonces le dieran agua; su ardentísimo amor no buscó entonces alivio, para ahora pidió entonces el refrigerio, para que viendo tan lastimosa pérdida y menoscabo de su hacienda, en la ruina de tantas almas, le aliviaran con procurarles el remedio sus amantes. ¡O, esposa! si eres amante, como lo debes ser, del benignísimo Jesús, acude a su sed, socorre a tu Amado, oye que se queja, no dilates un punto el darle el vaso del corazón lleno de dolorosa compasión por la

[218] perdición de las almas. Dale también dos fuentes en tus ojos, llorando el malogro de su // preciosa sangre derramada; y no ceses de clamar porque se logre en todas las almas la sacratísima pasión de tu Amado. Ofrecéla repetidas veces al Padre eterno por tu remedio. Aplica continuamente, en nombre de tu Esposo, a las almas enfermas, al precioso bálsamo de su sangre, para que cobren la salud y vida de la gracia.

En dos maneras ha de cuidar la esposa la hacienda de su Esposo: una conservándola y la otra aumentándola. Esto es, pidiendo por las almas que están en gracia, para que perseveren en ella hasta el fin, y por las de los pecadores, para que se conviertan a Dios nuestro señor. Lo más precioso de la hacienda se guarda con más cuidado y dobladas guardas; porque el ladrón siempre tira a robar lo mejor, como lo hace el Demonio, ladrón tirano, [219] cuya astu // cia y malicia siempre le traen en continuo desvelo por hacer caer a un justo, y derribarle de la gracia, pues más aprecia una caída de un justo que muchísimas de los pecadores.

Con esta advertencia ha de andar la fiel y amante esposa de Jesús cuidadosísima con los justos, siempre ha de tenerlos presentes para pedir a Dios su perseverancia y aumento en la gracia y virtudes, escondiéndolos de sus enemigos en el costado de Jesús, y poniéndoles guardas y custodias de ángeles y santos, para que no los dexen salir de aquel lugar de refugio y defensa, encomendándose los mucho y pidiéndoles por las entrañas de Jesucristo, que los defiendan de sus enemigos, alcanzándoles de Dios nuestro señor fortaleza para que venzan las tentaciones y se tengan firmes [220] en sus santos propósitos. // Otra cosa ha de hacer la esposa de Jesús por las almas que están en gracia, y es que, antes de comulgar, así como dispone su alma para que sea tálamo del Esposo divino, así también ha de adornar las almas que al saber de Dios están en gracia en todo el mundo, pidiendo a su Magestad estampe en ellas la pasión y llagas de Jesucristo, y que las hermostee con los dones del Espíritu Santo y con las virtudes de los santos. Así ataviadas las ha de consagrar a Dios para templos en que sea amado,

servido y adorado. Para que tengan firmeza, páselas al cielo de María santísima, poniéndolas en sus manos, y entregándole estos templos del Señor para que no padezcan ruina. Hecho esto, reciba al divinísimo Señor sacramentado en nombre de todas las almas que, como está dicho, estuvieren entonces en gracia // [221] con intención de colocarle en ellas, a fin de honrar a su Esposo en estos templos, y de que ellas, con este beneficio que reciben, puedan no solamente mantenerse en gracia, sino lograr muchos aumentos en ella. Y abrazándose de su Esposo con los brazos de sus afectos, pida con instancia y confianza que ninguna de estas almas, que le ha consagrado en templos, se pierda; y que si conciencia infinita conoce que alguna se ha de malograr, que le quite su Magestad la vida corporal antes que permita pierda la de su amistad y gracia. Lo mismo ha de pedir para todos los niños que no han perdido la gracia; y de estos cuide mucho la esposa de Jesús, acordándose que quando su Magestad divina conversó entre los hombres, gustaba que estos inocentes se le acercasen. Allégueselos la esposa para darle este gusto a // su Amado, por [222] medio de la oración, pidiéndole los santifique y confirme en su gracia, librándolos de los peligros de perderla.

Y pues ya está dicho el modo como ha de conservar la hacienda del Amado la fiel esposa, resta decir cómo la ha de aumentar, solicitando el remedio de los pecadores, y que vengan a penitencia; la conversión de los infieles que no han logrado las luces del Evangelio. Al principio de la Iglesia todo el cuidado de los cristianos era el saber serlo, y que los demás lo fueran; y así florecía y se aumentaba prodigiosamente el cristianismo. El calor de la devoción y fervor de los unos abrasaba a los otros, y el de todos prendía a los gentiles, con que crecía cada día la santa Iglesia con la fidelidad de sus hijos. Mas después que resfriado aquel fervor // primitivo en los fieles se han llenado de tantos inútiles y peregrinos cuidados, se han olvidado de aquel “uno necesario” para [223] atender con tanta solicitud a las cosas de la vida temporal, como si esta fuera eterna, y se ha resfriado también aquella unión, her-

mandad y caridad con que todos se ayudaban para ir caminando al cielo. Antes, por el contrario, lo que más se ve son muchos malos ejemplos, en los que tropiezan los incautos y caen en el mismo lazo; y los que escapan, no todos cuidan de levantar a sus hermanos caídos: unos porque desconfían de conseguirlo, otros porque piensan que no les obliga a ellos; otros por no ser aborrecidos y perseguidos. ¡Qué dolor! Con que vienen a ser pocos los que les dan la mano para levantarlos, y por ser pocos no tienen las fuerzas que tuvieran si fueran muchos, y todos concurrían a reparar este daño. Los predicadores cortando con la espada de la divina Palabra los vicios, esgrimiéndola sin temor ni miedo de ser perseguidos, pues tienen a Dios en su defensa; y aún cuando lo sean, por ver destruido el vicio y edificada la virtud, será muy gran dicha y buena suerte. Los pastores deben cuidar los rebaños acometiendo al lobo del pecado con gran confianza en Dios nuestro señor, y en su poder; pero han de ser ayudados de los justos y almas santas. Crean todos que tienen obligación de hacerlo así; y muchas veces suele la oración hacer más en el silencio de ella, que si con mucho ruido de palabras persuadiran a los malos y pecadores a que dexen los vicios y abracen las virtudes. Esto parece darte a entender en lo que hizo Gedeón por mandado de // Dios, que venció el ejército enemigo con luces y voces de clarines, que es como vencer con luces de santos ejemplos y voces de oración. Judith libertó al pueblo de Dios, y degolló a Holofernes con la confianza en Dios, ayuno y oración. Esther libertó también a su pueblo con sola una petición. Todo esto ha de ver la esposa de Jesús para emprender animosa y confiada en su Esposo el bien y salvación de las almas, por medio de la oración, ayuno y penitencia.

[224]

[225]

“Filij Matris meae pugnauerunt contra me posuerunt me custodem in vineis”,⁵² dice la esposa de los *Cantares*, y se puede enten-

⁵² “Los hijos de mi madre, airados contra mí, y me pusieron a cuidar vides” (Cnt 1:6). En la traducción de fray Luis de León se lee: “los hijos de mi madre porfiaron y forcejaron contra mí; pusieronme [por] guarda de viñas”. En Cer-

der de los hijos de la santa Iglesia que no siguen los caminos que llevaba la esposa, que es la mayor contradicción que le podían hacer, porque es un trabajo y dolor muy grande, // para las almas que aman a Dios, ver que no todos lo aman, y así las contradicen y dan mucho que hacer; por eso propone la esposa esta como queja y sentimiento de los que no sirven y aman a su Esposo, y se puso en custodia de sus almas, que éstas también se entienden por viña, como consta de la sagrada escritura. Aprende, pues, de la esposa de los *Cantares*, alma amante y fiel esposa de Cristo: cuida las almas de tus hermanos con pedir a Dios continuamente su remedio. Dolor grande causa lo que dixo el Señor a santa María Magdalena de Pazzi,⁵³ que muchas de las almas que están en el infierno no se habrían condenado si hubiera habido quien hubiera ofrecido la sangre de Cristo por ellas. Ofrecela tú repetidas veces, así por las almas de los cristianos, como por las de los // infieles; y en unión de la pasión y méritos de Jesús, tu Esposo, ofrece todas tus obras a fin de la salvación de las almas. Mira cómo Jesús quanto hizo y obró fue por salvarlas. Ofrece el santo sacrificio de la misa y las comuniones, y quanto hicieres porque el Señor se duela de las almas de los pecadores y rompa sus cadenas, sacándolos del cautiverio del Demonio, y porque alumbre a los miserables infieles y hereges [*sic*] con la luz de la santa fe. Válete de todos los ángeles y santos, encomendando a

vantes Virtual, en <[⁵³ Sor María Magdalena de Pazzi, 1566-1607; nació en Florencia, en la actual Italia. Su nombre secular era Catalina, y fue hija de Camilo de Gen de Pazzi y Magdalena María Buendelmonte. En 1583 ingresó en el monasterio carmelitano de Santa María de los Ángeles, en Florencia, donde profesó un año después. Según se cuenta de su vida, desde muy pequeña tuvo arrebatos místicos y visiones de lo divino. Dejó escritos sus pasajes místicos, los que se resguardan en el monasterio carmelitano florentino. Véase “Santa María Magdalena de Pazzi”, en <<http://carmelnet.org/chas/santos/maria5.htm>>, consultado el 10 de octubre de 2017.](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cantar-de-cantares-de-salomon--0/html/01e17fb4-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_3_>, consultado el 10 de octubre de 2017.</p></div><div data-bbox=)

cada uno una de estas almas para que se las pidan a Dios. Mé-
telas todas en las llagas de Jesús, y preséntalas al Padre eterno,
pidiéndole en nombre de su Hijo, y por las bocas de sus llagas,
aquellas almas. Mucho te industrialará el amor y zelo de la salva-
ción de las almas para hacer y pedir por ellas, pues el zelo de //
[228] la fiel esposa de Cristo es de que todas las naciones y gentes le
adoren y sirvan. Acude, como sabes, a María santísima, que tanto
obró y pidió en beneficio de las almas: encomiéndaselas, y pídele
su salvación y remedio, que en tan piadosa Madre lo tienen segu-
ro, y por sus ruegos lograrás tus deseos. ¡O, si esto hicieran unas
por otras las almas, cómo se lograrán y no se perdieran tantas!
Dios imprima este santo zelo en todas, y les ponga tantas ansias
y deseos de hacer bien a sus hermanos, que no cesen de procurar
[229] hacerlo para mayor honra y gloria de Dios nuestro señor. //

CAPÍTULO IX

*La novena ley es la de anhelar a la mayor perfección, la que conse-
guirá la fiel esposa por la imitación de su Esposo soberano.*

La perfección de todas las cosas criadas les viene de su hacedor,
y la que cada una recibió la conserva sin perderla. Crio Dios al
hombre y le dio la mayor perfección que pudo recibir, pues le
hizo a su imagen y semejanza; pero poco le duró, por el pecado
perdió la gracia y dones divinos, y quedó tan imperfecta y borra-
da aquella imagen y hermosura, que no parecía el que era; tanto,
que parece le desconocía su Criador, y como que le buscaba, pre-
guntaba y decía su Magestad: “¿Dónde está Adán?” Bien le veía
[230] y sabía que era el que había formado su poder con // sumo amor;
pero quería que el mismo Adán entendiera su mudanza y hasta
dónde había descendido por la culpa. Desde entonces desatinó
la naturaleza humana, sin acertar los caminos de la justicia y
perfección, hasta que el mismo Señor baxó del cielo a enseñarla,

dexándolos patentes y llanos, señalándolos con sus huellas para que los conocieran los hombres. Dexó estos caminos llenos de su fragancia, y señalados con su misma sangre; y así, ya no hay la disculpa de que no los hallan, de que los ignoran, ni duda de si son o no, porque están llenos de luz y resplandor; y todo otro camino es tenebroso, barrancoso y fétido; porque como tiene su paradero en el infierno, de él vienen las calidades y temperamento. Mas el Demonio, por encub[r]irlo, y que no se entienda de los miserables que lo andan, // les pone tantos aparentes gustos [231] para el miserable cuerpo, que el alma no los percibe, antes todos la espantan, anda sin sosiego ni quietud, porque la conciencia le avisa; y así este camino solo lo andan los necios, porque los cuerdos bien le conocen y le huyen.

Al camino que el hijo de Dios humanado dexó abierto para ir al cielo, llaman estrecho; pero no lo es para quien le anda como debe andarle, que es descargado de vanidades, faustos y soberbia [sic] mundana. Para los que van desnudos, como Cristo nuestro señor, no es estrecho, antes caminan con santa libertad y dilatación; las espinas se les vuelven rosas y los trabajos, delicias. Pero los que sin dexar al mundo quieren entrar por este camino, claro está que se les ha de hacer estrecho, y se han de atrojar⁵⁴ en él, sin poder dar un paso; de // donde les nacen las congojas y fatigas, [232] porque no caben con la carga que llevan, ni el mundo puede entrar por este camino, que es de los seguidores de Jesucristo, que saben y entienden, a los cuales enseñó su Magestad que no solo han de dexar todo lo que amaban, mas lo han de aborrecer para no tener ocasión de acordarse de ello. La esposa de Jesús, con valor y ánimo, rompe con todo lo que le puede estorvar [sic] en el camino de la perfección, y entra en él con gozo. Míralo lleno de

⁵⁴ De troj, de donde entrojar. 1. tr. Guardar en la troj frutos, principalmente cereales. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/fetch?id=FpNsbyj>>, consultado el 10 de octubre de 2017. Troj. De or. inc. 1. f. Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/fetch?id=a11L0dY>>, consultado el 10 de octubre de 2017.

siervos de Dios, y cómo linda y se remata en el cielo. Está muy frecuentado [*sic*] de sus amadores, que a Él vienen para ayudar y recrear a los felicísimos caminantes. Mira el Rey y Señor de cielos y tierra cómo va prefiriendo y capitaneando su florido y esforzado ejército. Oye cómo te convida para que le sigas, y te [233] // dice que, si quieres seguirle, tomes tu cruz y vayas en pos de su Magestad; y porque no te acobarde el peso de la cruz, te dice también que su yugo es suave y su carga ligera. Sigue, sigue a Jesús, que es el camino, la verdad y la vida.

Sal huyendo del mundo, como los israelitas de Egipto, que Dios te hará la costa, como a ellos se la hizo, dividiendo las aguas para que pasaran, que significan las muchas dificultades que tiene que vencer el alma que se determina a seguir a Jesús por el camino de la perfección, del qual camino fue figura el de los israelitas, por ir por desiertos. Así el alma ha de quedar desierta de todas las cosas del mundo, y no le faltarán regalos del cielo. Allá les llovió el maná quando se les acabó el sustento que sacaron de [234] Egipto; pues así // que a ti se te acaben los gustos de la tierra, gozarás un maná mucho más suave y regalado, y que te valga por muchos manjares, y más que todos te sustente y regale. Aquella columna, que siendo nube que les cubría el sol, era fuego que los alumbraba y calentaba de noche, se puede entender por la fe de nuestros caminantes, que, si como nube les impide ver el sol de la Divinidad, es fuego que calienta en la noche de este destierro y con su lumbrera los encamina. Si ellos gozaron las aguas que brotó la piedra herida, en este camino logra el alma las fuentes de Jesús, piedra herida para apagar la sed de sus siervos en sus preciosas llagas, que manan dulzuras suavísimas. En el desierto la serpiente de metal exaltada sanaba a los mordidos de las serpientes venenosas, y preservaba a los sanos. ¡O, santísima // [235] cruz de Jesús, cómo sanas a los mordidos del pecado y preservas de él en este camino recto de la perfección! ¡Cómo experimenta el alma los bienes de la cruz, causados con solo su vista! En este camino de perfección se haya, no la ley escrita, sino practicada

con vivos ejemplos. Y si para tomar la tierra de promisión, y poseerla, se paró el sol a la voz de Josué, que fue uno de los que salieron de Egipto, podemos entender de este prodigio que fue figura que hizo el Hijo de Dios, deteniéndose entre los hombres el tiempo de treinta y tres años para alumbrarnos y ganarnos el cielo, obligado de la necesidad que tenía la naturaleza humana, cuyos gemidos, y ella misma, le obligaron a hacer con los hombres tan estupenda maravilla y fineza de amor.

Alma, esposa de Jesús, págale a // tu Amante, correspóndele [236] a su fineza, logra en su imitación los primores de la perfección, persevera para que consigas la victoria, advirtiéndote que, con quanto mayor conato y veras emprendieres la perfecta imitación de Jesús, tanto más se te facilitará. Atiende a las obras de Cristo, a sus palabras, a su exemplo, y con todo esmero síguele. Mira en sus obras la humildad, desprecio, pobreza y obediencia. Mira su silencio por espacio de treinta años, su ayuno y mortificación, y cómo se humilló a dexarse tentar del Demonio por enseñarte a vencer. Atiende en sus palabras la doctrina celestial que te dexó para que la siguieras. Mira sus exemplos y cómo en ellos dexó confirmada su doctrina. Cómo sufrió las contradicciones de los escribas y fariseos, las ignorancias de sus discípulos, la trayción [sic] // de Judas, etc. Mira su humildad en lavar los pies de los apóstoles. Su amor en darse a sí mismo en el sacramento eucarístico. Su resignación en la voluntad de su Padre, y cómo se abrazó con el padecer, admitiendo su pasión tan dolorosa como afrentosa. Aquí se te ofrece un campo dilatadísimo en que puedas coger flores de afectos y admirables frutos en la imitación de Jesús, mirando lo que padece, cómo padece y por quién padece. Para esto has de leer continuamente la vida y pasión de tu Amado, e ir copiando de ella, que por no alargar más este punto no se dice aquí mucho que había que explicar en cada paso de la pasión; pero procura morir con tu Amado a ti misma, y a todas las cosas del mundo, para que de este morir pases al vivir verdadero, que es vivir para Cristo y en Cristo, // que es el fin dichosísimo de la [237]

[238]

imitación y seguimiento de su doctrina y exemplos, y con que se alcanza la total perfección, en quanto se puede en esta vida; porque se perficiona la caridad y amor de Dios en el alma que, desnuda, se entrega en los brazos de su Esposo; y como la ve despojada de los andrajos miserables de sus aficiones, quererres y pasiones, la viste la hermosa gala y vestidura del hábito de la caridad y virtudes, con que entra en el convite y bodas de su Amado. Dichosa el alma que se dispone para tan gran beneficio, que ya en la tierra coge gages [*sic*]⁵⁵ de los bienaventurados, y goza de paz, sin que cosa alguna la turbe, porque murió al mundo, murió a sus pasiones, murió quanto a su voluntad, porque nada quiere, sino lo que su Amado quiere. Pero tú, alma, para lograr bienes tan // grandes, que se suelen hacer increíbles a quien no los experimenta, ponte en manos de María santísima para que te desnude de ti misma, y te introduzca y guíe por la senda de la perfección e imitación de su Hijo santísimo, de quien es la Señora viva estampa. Oblígala con ruegos y oraciones, y sin turbarte camina, no te desmayen las caídas, ni las faltas e imperfecciones, sino lo que habías de gastar en aflicciones, gástalo en humillación y conocer tu miseria; y levántate con más ánimo y valentía, y prosigue, que Dios te ayudará, y quando menos lo pienses sentirás en ti el favor divino; y sin saber cómo, hallarás vencidos a tus contrarios y enemigos, y caminarás, no ya por tus pies, sino en los brazos de tu Amado, que te conceda esta gracia y misericordia, pues siempre son sus favores muy de gracia y // hechos a toda criatura solo por su infinita bondad, por lo que de todas sea alabado y glorificado por toda la eternidad.

⁵⁵ Posiblemente de gaje. Del fr. *Gage*, 'prenda'. 1. m. emolumento. U. m. en pl. 2. m. desus. Prenda o señal de aceptar un desafío. 3. m. pl. desus. Sueldo o estipendio que pagaba el príncipe a los de su casa o a los soldados. En DLE, en <<http://dle.rae.es/srv/fetch?id=IhXBBol>>, consultado el 10 de octubre de 2017.

CAPÍTULO X.

La décima y última ley de amor es la de vivir la fiel esposa la vida de su Amado, en la que todas se encierran o unen.

En la venida de Dios al mundo todos se gozan y alegran de que, no solo reparó la naturaleza humana, sino que, tanto la levantó, que la unió a sí mismo, y quedó tan ennoblecida que se adelantó a la angélica, pues Dios es Hombre, y el Hombre, Dios. Es así, que tanto como esto hizo Dios por el hombre; pero a este gozo y conocimiento debe juntarse, que hacer Dios // estas grandezas [241] fue para que ya los hombres no vivieran como hombres, sino como vivió el Hijo de Dios humanado, para que así puedan gozar su dignidad y participar de los frutos de este tan admirable beneficio. Comúnmente se dice que “mucho vale lo que mucho cuesta”, pues pondérese ¡qué valdrá la vida eterna de los hombres, que tanto costó a Dios-Hombre el restaurársela, y cómo debían todos corresponderle, siendo Cristos por imitación, para que, como Dios vivió vida de hombres, ellos vivieran vida de Dios! Pues este fue el trueque que hizo la divina Magestad, que su Hijo fuera Hombre para que los hombres fueran como dioses. Pecó Adán deseando ser como Dios, que este fue el engaño de la serpiente. ¿Pues qué hizo Dios? Lo que el hombre desordenado [242] apeteció, le dio para orde // narlo. Pero, ¡o, dolor!; quando la serpiente instigó y tentó a nuestros primeros padres, ellos le obedecieron e hicieron la diligencia que el Demonio les propuso: comieron la fruta vedada, atropellando los preceptos divinos; y no solo no consiguieron su vano deseo de ser como Dios, pero aun lo que de Dios tenían, que era la imagen, perdieron; y ahora que Dios convida a los hombres, hijos de Adán, con su vida, y saben que pueden, por orden divino, llegar a una tan grande unión con Dios, que queden en su Magestad transformados, no admiten esta fineza ni estupendo amor, ni hacen la diligencia para conseguirlo, que es el seguir los pasos de su divino Maestro.

[243] No hay ejemplo material más proporcionado para en alguna manera explicar la caridad de Dios, que el fuego, // [243] por ser este elemento tan comunicativo y que su actividad se extiende a abrasar a todo el mundo si no le contuvieran con sus contrarios; pues así la caridad de Dios nuestro señor, y su ardentísimo amor a los hombres, es tan infinito, que abrasará y transformará en sí a infinitos hombres que hubiera, y siempre se quedará infinito, comunicándose a todos, si ellos no detuvieran su infinita liberalidad con sus pecados; y no obstante los innumerables que cada día cometen los hombres, no cesa aquel Fuego divino, a quien no pueden extinguir las muchas aguas de las maldades del mundo, de estar llamando a todos, y convidándolos con sus tesoros infinitos; pues para dárselos baxó del cielo a la tierra. Y como las obras de Dios son perfectísimas, ya que no le quieren admitir [244] todos, escoge // [244] entre los llamados un pueblo de justos en quienes se logren las finezas de su amor y gocen los frutos de la venida de Dios al mundo. Y aunque esta elección es graciosa, como lo dixo su Magestad: “No me elegisteis vosotros a mí, yo os elegí a vosotros”; pero cae esta elección sobre las almas que se disponen con ser agradecidas, y atender a las obras de Dios humanado, pensando reconocidas este asombroso beneficio, apreciándolo y deseando lograrlo. Con estas y otras disposiciones se conseguirá esta gran bendición de la elección que de ellos hace el Señor. Su Magestad no engaña, no llama para dexarlos vacíos, sino para llenarlos de bienes. Si todos los llamados no son escogidos, no es porque Dios les vuelva la espalda y les cierre las [245] puertas, sino porque no los halla dispuestos. A todas, // [245] las diez vírgenes del Evangelio, se les anunció la venida del esposo para que le salieran a recibir y entraran en sus bodas; todas fueron llamadas, pero sólo cinco lograron aquella felicidad. ¿Por qué? Porque ellas fueron las dispuestas, y las otras cinco no; y así, malogrando el llamamiento por su culpa, perdieron ser elegidas. ¡O, esposa de Jesús, llamada, elegida y escogida del mundo, y traída al número de las almas justas en la religión!, date por

entendida; mira que de ti quiere tu Esposo que llegues a la felicidad de participar el tesoro de la humanidad y divinidad que en la encarnación se te dio; disponte con la imitación de la vida de Jesús para que logres la divina unión y vida divina. Dale alcance a tu Amado en seguimiento de sus pasos. Ea, enferma de amor, // déxate herir y llagar; muere al impulso de la flecha amante; [246]
mira que en eso está tu mejor vida; muere de una vez, y entra por la muerte de amor a gozar la vida de amor. ¡O, muerte feliz! ¡O, vida eterna! ¡O, alma, qué bienes te esperan! No te detengas, no te acobardes, mira que la ley de amor a esta vida te obliga. Muere la criatura muere de amor quando el alma, dándole alcance a su Amado, por su imitación llega a sus brazos, donde con esta posesión tanto crece en ella el amor, y cobra este tantas fuerzas, que desfallecida la naturaleza pierde sus bríos, inclinaciones y apetitos, y se da por vencida de la Gracia y Amor divino: el alma se halla como libre de sus pasiones, y sin impedimento pasa a unirse con su Amado; de suerte, que no solo siente el alma la unión divina, aun en // el cuerpo siente que le tiene poseído su Amado. Si habla, siente que le habla juntamente; si mira, por los ojos del Amado mira, y así de los demás sentidos. Siéntese abrazada, o por mejor decir, en sí siente a su Querido por un modo maravilloso, que la suspende y tiene en admiración. ¿Pero qué diré de la unión del alma? Todo parece fuego en el fuego; aquí no obra sino sobrenatural. La memoria se emplea toda en Dios, sin acordarse de nada. El entendimiento, por un sutil y alto modo conoce las perfecciones divinas. La voluntad inflamada ama sin saber cómo, porque es sobre todo modo del mismo Dios encaminada; en él mismo queda el alma transformada, viviendo, pero no ella; vive, pero no su vida, vive la vida de su Amado, y puede muy bien decir lo que san Pablo: “Vivo // yo, pero no yo, porque vive en mí Cristo”. También puede decir con la esposa que la admitió su Esposo a la bodega del adobado vino, y quedó embriagada, y que descansa sobre el brazo izquierdo de su Amado, en su humanidad, y que es abrazada con el diestro, que es la [247]
[248]

divinidad. Mucho parece esto, mas de verdad que ello pasa así, y lo que las almas aquí gozan es tanto que nunca lo pueden decir. Vense en aquel infinito piélago anegadas en dulcísimas suavidades, en delicadas inteligencias, sin obrar ellas por sí mismas, sino que Dios obra en ellas, pues todo es pasivo; y en esta misma vida reciben tantos dones divinos, y son tan tiernamente de su Amado acariciadas, que ellas mismas quedan como atónitas; y suele acontecer que se agrada tanto el divino Amante de la her // mosura de sus esposas, que para que no la pierdan jamás, [249] las confirma en su Gracia, sabiéndolo unas e ignorándolo otras, como sabe el fino Enamorado que les conviene; perdonándolas también, no solo sus pecados, supone ya confesados, sino también la pena merecida por ellos; porque así conviene esté libre de cuidado la que es esposa amada de tan poderoso Rey, tan rico, tan liberal y magnífico. ¡O, alma, esposa de Cristo!, si ya has experimentado lo que es vivir esta vida, y llegarla a gozar, verás que no está dicha cómo ella es. Si no las has experimentado, no se te haga de mal creer estas finezas y grandezas de Dios con las almas. Advierte que, si tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo, conocerá su amor después que se lo dio y que lo redimió. [250] Si quando había entre// dicho y guerra entre Dios y los hombres, pudo tanto su amor que, obligado de Él mismo, rompió los impedimentos e hizo las paces, satisfaciéndose a sí mismo por el hombre a tanta costa; ¿después de hechas ya las paces y tener los hombres entrada en Dios tan libre, como de hijos, te parecerá mucho que haga alarde de su amor y fineza con las almas que para ello se disponen, y más quando está tan deseoso de comunicarse a los hombres, como que tiene en ellos sus delicias? Sé fiel, alma, y cree que es muy fino amante tu Esposo, y que obra con la criatura, no como ella merece, sino como él es, que es quanto se puede decir.

Tampoco te persuadas a que no podrás llegar a esta vida; confía, obra, llama e imita a tu Amado, búscale, como debes, [251] en la oración y ejercicios // de virtud, que Dios se acordará de

tu pobreza para enriquecerte y te levantará del polvo para estas grandezas; mas en viéndote en ellas, deshácete en profundo conocimiento de tu miseria. Vuélvele a Dios lo que es de Dios, sus favores y misericordias, conociendo que no lo mereces, y que todo lo puedes perder; y así vuélveselo a tu Esposo con humilde agradecimiento, y anda humilde, recatada y aniquilada delante de Dios y de los hombres, procurando y cuidando la inocencia de la vida. Pídele a tu Esposo te haga participante de la suya, y así lograrás vivir esta vida divina, que es muy puesto en razón que la esposa viva más en su Esposo por amor que en sí misma, y que cumpla esta ley de amor, en que se hallan todas; pues aquí es el amor puro y desinteresado, aquí es la verdadera entre // ga que [252] de sí hace la esposa al Esposo, aquí le oye y le ve, y hace su santísima voluntad; en esta vida divina es donde mejor cumple con sus alabanzas, y donde procura con mayor fidelidad su honor y gloria, y el zelo de la salvación de las almas crece y se aumenta; porque con el amor de Dios se perficiona el del próximo. ¡O! y quiera Dios darte tanta gracia, que cumplas con perfección estas leyes de amor, y que en él te abrases, de él vivas y él sea tu enfermedad; y, por último, de amor mueras. Acude para conseguir esta vida a tu amada Estrella, a tu Maestra María santísima, para que alcance de su Hijo clementísimo, en quien vivía, te conceda esta gracia, y mediante la protección, amparo y ayuda de la sacratísima Reyna te conserves en ella. Invócala [*sic*] y llámala [253] para que te asista, // aliente y fervorice en todo y por todo, que es Madre tan dulce y benigna que jamás se desdénia de oír nuestros clamores. Dalos de lo íntimo de tu corazón para que en él grave estas leyes de amor divino; de suerte que todo tu cuidado y anhelo sea caminar por ellas y en ellas, para que consigas ser perfecta hija, fiel amante y verdadera esposa de Jesús en esta vida, y después le goces perennemente en la gloria eterna. Todo sea para mayor honra y gloria de Dios nuestro señor uno y trino, a quien alaben, bendigan y glorifiquen todas sus criaturas por los infinitos siglos de los siglos. Así sea. // [254]

El *ilustrísimo* señor don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, obispo que fue de esta ciudad de la Puebla de los Ángeles, y su *ilustrísimo* auxiliar que fue el señor don Miguel Anselmo Álvarez de Abreu, concedieron cada uno quarenta días de indulgencia por cada vez que devotamente se practicare cualesquiera de estas devociones. //

[255] A MAYOR HONRA Y GLORIA DE DIOS. ORATORIO ESPIRITUAL COMPUESTO POR LA VENERABLE Y MUY REVERENDA MADRE SOR MARÍA ANA ÁGUEDA DE SAN IGNACIO A PETICIÓN DE UNA RELIGIOSA DEL CONVENTO DEL MÁXIMO DOCTOR SAN GERÓNIMO, SU AMADA HIJA.

Hija mía: con mucho gusto te lo doy en hacer lo que me mandas; solo quisiera tener mucho espíritu; pero tú, mi hija, suplirás mis faltas, recibiendo mi deseo y voluntad.

[256] Lo que más ayuda a la perfección cristiana y religiosa es la presen// [256]cia de Dios, la que se consigue más fácilmente con disponer en lo interior un oratorio en qué morar con el dulce Amado.

Este oratorio lo dispondrás en lo secreto de tu alma, y como se adornan los templos con colaterales, has de adornar tu alma con los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro señor Jesucristo y de su santísima Madre. El colateral de en medio lo dedicarás a la Santísima Trinidad, y el sagrario sea tu corazón. Las columnas trianguladas, que cercan el sagrario, fórmalas de las tres virtudes: fe, esperanza y caridad. Cerca este sagrario de siete lámparas que estén siempre ardiendo: la primera arderá a la beatísima Trinidad; la segunda, amor al divinísimo Sacramento; la tercera, amor especial al Espíritu Santo para // [257] que te haga ardiente amadora; cuarta, amor y devoción a María santísima; quinta, amor a señor san José, san Joaquín y señora santa Ana; sexta, amor y devoción a los ángeles y santos y santas; séptima,

amor a nuestros próximos, y en especial a nuestras hermanas, ¡O, hija mía, qué adorno puedes ponerle de bellísimas flores a tu Amado! Has las rosas de ardientes actos y deseos de finísima caridad, de amar a Dios solo por Dios, y por ser tan digno de ser amado. Los claveles los formarás de obras piadosas, que ejercitarás con tus próximos consolándolos, aconsejándolos, aliviándolos, sufriendolos, etc., y en especial orando a Dios por la salvación de las almas y descanso de las del purgatorio. Las azucenas y nardos, de actos de pureza y renovación de votos. Los lirios, sufriendo los dolores y // [258] males que Dios te enviare. Las flores de ámbar y de alelís, muchos deseos de la gloria de Dios y sus alabanzas. Las retamas, las menudas y repetidas mortificaciones de que está llena la vida humana. Las violetas y mirtos serán los actos de humildad. Los girasoles, seguir a tu Esposo. Pon olivas con actos de paz, y laureles con actos de vencimiento de ti misma. Perfuma el oratorio con el olor del buen ejemplo con las virtudes que precisamente se han de ver, como es la modestia, silencio y compostura.

Hija mía, forma la custodia de tus tres potencias, con un grande afecto y deseos de que lo acepte tu Esposo y Señor. El plan de abaxo, o primera basa, fórmala de tu memoria, el pie de tu entendimiento y el sol de tu voluntad; y así que comulgues, convida a tu Due // [259] ño para que se coloque en ella. Así será sol de verdad, porque los rayos serán de la luz verdadera, que te iluminarán y llenarán del fuego de su amor; y te estarás postrada a sus pies, amando, alabando y glorificando a tu verdadero Amante, que se digna y tiene por bien morar gustoso en ti, abrasando en su amor tu voluntad, ilustrando tu entendimiento y llenando tu memoria de sus imponderables beneficios. Y cada vez que comulgues harás esta renovación. Harás la alfombra de un profundo conocimiento de ti misma. El sacudidor ha de ser el examen de conciencia. La escoba para barrer será la contrición y propósitos firmes de la emienda [*sic*], y luego que se pueda, la confesión. Para que no entre el polvo en este oratorio, pon vidrieras en las ventanas, que

[260] son los sentidos, con la guarda de ellos, y traer // los mortificados. El sacristán que ha de cuidar del aseo de este oratorio ha de ser, suplicándosele humildemente, tu santo ángel custodio, y además de él, un sumo cuidado tuyo.

Este oratorio, así formado y adornado, lo pones en manos de María santísima, encargándosele y pidiéndole a la soberana Señora lo defienda de toda ruina, lo guarde y libre de los enemigos; y ruega a tus santos devotos que también sean guardas fidelísimas de él, que jamás dexen entrar cosa alguna que impida el santo silencio que debe haber en él, pues este ha de ser la música suave y armoniosa con que has de regalar a tu dulce Esposo, porque le agrada mucho y le recrea.

[261] En despertando [*sic*] por la mañana, al punto éntrate en este oratorio, sacúdelo, como se ha dicho, bájalo, y pí // de al santo Espíritu que lo rocíe con la agua [*sic*] de sus santas inspiraciones. Renueva las flores y olores, atiza las lámparas renovando la devoción y santos deseos; hermosea la custodia con actos de fe, esperanza y caridad; y el sagrario, que es el corazón, límpialo con actos de las virtudes y santos deseos de servir a Dios, con propósito de no admitir ni el más ligero polvo de imperfección; y de estar asistente, sin salir de este oratorio, porque en él has de orar, oír misa, rezar el oficio divino y hacer todas las cosas.

No te parezca difícil, aunque lo sea a los principios: mira que puede mucho el esmero y cuidado con que se emprenden las cosas, y el valerse de nuestro Señor, de María santísima y de nuestros santos devotos. Luego que recibas este, al punto ponlo [262] por obra // y a poco tiempo de práctica, lo harás sin que te cueste trabajo.

Ruego a Dios te asista con su gracia para que lo hagas con mucho agrado suyo, que el provecho tú lo verás por experiencia; y añadirás todo lo que nuestro Señor te inspirare.

Encomiéndate a san Perfecto,⁵⁶ que es abogado de los que aspiran a la mayor perfección, y para perseverar en el bien comenzado.

Nuestro Señor te conceda su santa Gracia; perdona, hija mía, lo tardo, y encomiéndame a tu Esposo celestial. Tu madre, que en Dios te ama y tu bien desea,

SOR MARÍA ANA.

⁵⁶ San Perfecto de Córdoba, presbítero, nació en la ciudad de Córdoba, Andalucía, en España. Entre el santoral se le considera mártir por haber defendido la fe cristiana y combatido la doctrina del islam durante la ocupación de los Omeya. Fue degollado por los sarracenos en el año 850 d.C. En “Perfecto de Córdoba, santo”, en <<http://es.catholic.net/op/articulos/32109/perfecto-de-crdoba-santo.html>>, consultado el 10 de octubre de 2017.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abrahán: 93
Adán: 54, 118, 123
Álvarez de Abreu, Domingo Pantaleón: 128
Álvarez de Abreu, Miguel Anselmo: 128
Anás: 62
Barrabás: 67
Bautista: 98
Betania: 57
Buendelmonto, María Magdalena: 117, n. 53
Caifás: 63
Catalina: 117, n. 53
Convento Máximo Doctor Gerónimo: 128
Córdoba-Andalucía: 131, n. 56
Cristos: 123
David: 96, 97, 99, 100
De Asuera, Ester: 85, 85, n. 27, 116
De Jesús, Teresa: 110
De los Ángeles, Santa María: 117, n. 53
De Pазis, María Magdalena: 117
De Pazzi, Camilo de Gen: 117, n. 53
De Pazzi, Sor Maria Magdalena: 117, n. 53
Egipto: 27, 120, 121
España: 131, n. 56
Espíritu santo: 34, 36, 52, 84, 114, 128, 130
Florencia: 117, n. 53
Fray Luis de León: 96, n. 31, n. 32, 116, n. 52
Gedeón: 116
Herodes: 64

Holofernes: 116
Isaías: 84
Italia: 117, n. 53
Jerusalén: 30, 68, 96, 96, n. 31
Jesús: 24, 26, 27, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43,
45, 46, 47, 49, 54, 55, 56, 57, 57, n. 21, 58, 59, 61, 63, 64, 65,
67, 68, 70, 72, 76, 77, 78, 81, 82, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92,
94, 97, 98, 99, 102, 103, 104, 108, 110, 111, 112, 113, 114, 115,
116, 117, 118, 119, 120, 121, 124, 125, 127.
Amado dueño: 61
Amantísimo hijo: 45
Amorosísimo dueño: 58
Cristo: 65, 75, 80, 84, 85, 88, 89, 90, 92, 97, 99, 102, 106, 107, 108,
111, 112, 113, 117, 118, 119, 121, 125, 126.
Dios verdadero: 66
Dios y señor: 63, 55
Divinismo señor: 115
Divino cordero: 63
Divino crucificado: 69
Divino dueño: 61, 70, 65
Divino señor: 76
Dueño y señor: 75
Dulce niño Jesús: 55
Dulcísimo hijo: 72
Excelsa majestad: 66
Fortísimo señor: 43
Hermoso entre los hombres: 71
Hijo benditísimo: 50
Hijo clementísimo: 127
Hijo de Dios: 72, 119, 121, 123
Hijo del eterno padre: 87
Hijo inocentísimo y santísimo: 71, 73
Hijo sacratísimo: 55
Hijo Santísimo: 122

Hijo santísimo: 35, 52, 61, 63, 71, 73, 112
Hijo: 57, 64, 65, 71, 74, 75, 76, 77, 92, 118, 123, 126
Hombre verdadero: 50
Hombre y Dios: 89
Inmaculado cordero: 67
Inocente cordero: 65
Jesucristo: 24, 26, 29, 34, 36, 37, 51, 52, 54, 59, 72, 73, 74, 76, 77,
78, 79, 80, 81, 82, 85, 87, 89, 91, 93, 98, 102, 103, 108, 110,
112, 113, 119, 128
Jesús de Nazaret: 29
Jesús Nazareno: 62, 67
Maestro: 59, 96, 99, 123
Majestad divina: 58, 62, 64, 84, 104, 115, 124
Majestad Santísima: 59, 65
Majestad: 58, 60, 63, 64, 66, 73, 74, 84, 89, 99, 111, 114, 119
Mansísimo cordero: 63, 65
Nuestro señor: 66, 74, 75, 76, 130, 131
Profeta: 98
Redentor: 46, 51, 75, 99
Redentor: 69, 72, 74, 77, 93
Rey de los cielos: 54, 64, 72, 85
Rey de Reyes: 65
Rey supremo: 66
Rey y señor de todo lo criado: 87
Santísimo Hijo: 53, 54, 55, 56, 60, 72
Sapientísimo maestro: 43
Señor del cielo y tierra: 67
Señor mío: 42, 80, 81, 82, 83, 89, 95, 99, 102, 106, 108, 109, 110,
111, 115, 117, 124
Señor y criador: 62, 65
Soberana majestad: 86
Soberano señor: 64
Suprema majestad: 62
Suprema y divina majestad: 66

Unigénito hijo: 51, 77
Verbo divino: 77
Josué: 121
Judas: 59, 62, 79, 121
Judith: 116
Lázaro: 99
López, Francisco: 100, n. 42
Magdalena: 99
Mardoqueo: 85
María: 25, 26, 27, 28, 32, 35, 36, 38, 50, 52, 54, 55, 56, 63, 67, 68,
70, 72, 73, 74, 76, 77, 81, 86.
Afligida y desconsolada madre: 72
 Afligidísima madre: 42, 45, 48, 51, 67, 71
 Amabilísima madre: 52
Amantísima de los pecadores: 56
 Amantísima madre: 44, 66, 70
Atormentada y desconsolada reyna: 75
Beatísima madre: 65
Bendita madre: 75
 Benigna madre: 53.
Desconsolada madre: 68
Dignísima madre de Dios: 56
Divina reina: 105, 112
Dolorosa y afligida madre: 64
 Dolorosísima madre: 38, 51, 66, 71, 74
 Dulce madre: 52
Esclava del señor: 78
 Gran reina: 53
 Inmaculada: 54
 Madre de Dios: 54, 107
 Madre de pecadores: 53
 Madre de todas las criaturas: 53
Madre del amor hermoso y del santo temor: 86
Madre del amor hermoso: 86

Madre mía: 56
Madre piadosa: 55, 56, 71
 Madre purísima: 26, 41, 43, 55
Madre sacratísima: 55
Madre y finísima esposa: 92
Madre y maestra: 109
Madre y señora: 72
Madre: 112, 127
 Madre: 57, 71, 76, 92
Maestra: 127
 María Virgen: 26, 39, 47, 51, 52, 54
Nuestra madre: 74
Nuestra señora: 72, 73, 74, 76
 Piadosa madre: 118
Piadosísima madre: 73
Princesa de los cielos y la tierra: 72
Reina soberana: 72, 75
Reina y señora: 57, 90
Sacratísima reina: 127
 Santísima madre: 38, 39, 40, 45, 46, 47, 48, 49, 53, 69, 75, 76,
 128
Santísima señora: 77
Santísima virgen: 56, 60
Señora Benignísima: 56
Señora: 75, 101, 122
 Serenísima reina de los Ángeles: 52
 Soberana madre: 53
 Soberana señora: 56, 71, 130
 Virgen admirable y fecundísima: 54
Virgen llena de gracia y hermosura: 77
Virgen sacratísima: 56
Marías: 70, 71, 76
Moisés: 58
Monasterio Santa Rosa de Santa María: 23, 23, n. 8, 56

Monte Calvario: 68
Nain: 99
Nazaret: 28
Persia: 85 n.27
Pilatos: 64, 65, 66, 67
Puebla de los Ángeles: 23, n. 8, 128
Purgatorio: 31, 35
Rebeca: 85
Rey Asuero: 85, n. 27
Rey David: 24
Rey Salomón: 82
Río Jordán: 29
Salomón: 89, 107
Samuel: 98
Santísimo trinidad: 36, 54, 128
 Beatísima trinidad: 36, 128
 Trisagio divino: 107
San Agustín: 82
San Bernardo: 53
San Dimas: 75
San Ignacio, María Ana Águeda: 23, 23, n. 8, 96, n. 31, 128, 131
San Joaquín: 128
San José: 28, 128
San Juan: 64, 70, 71, 98
San Pablo: 113, 125
San Pedro: 63, 96
San Perfecto: 131, 131, n. 56.
Santa Ana: 128
Santo Simeón: 27
Satanás: 89, 90
 Demonio: 40, 96, 111, 114, 117, 119, 121, 123
 Lucifer: 88
Thirsá: 96, n. 31
Verónica: 68